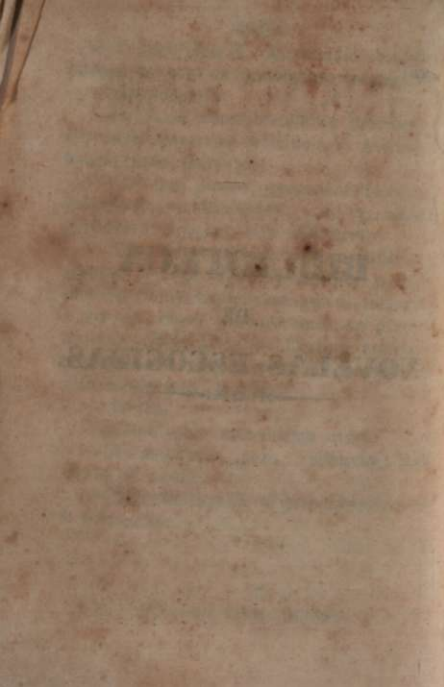


BIBLIOTECA
DE
NOVELAS ESCOGIDAS.





DOS
CUARENTA Y CINCO,

novela escrita en francés

por

ALEJANDRO DUMAS,

y traducida al castellano.

TOMO VI.

CADIZ:—1847.

**Imprenta de José María Ruiz,
PLAZA DE LAS VIUDAS NUMERO 100.**

LIBRERIA DE LA UNIV.

novela escrita por el autor

ALFONSO DEL VAL

novela escrita por el autor

1790

1790

Imprenta de José María Ruiz
EN LA CALLE DE LAS FLORES NÚMERO 108



CAPITULO I.

UN RECUERDO DEL DUQUE DE ANJOU.

L volver el jóven oyó la funesta carcajada del príncipe, pero no le dió importancia alguna, porque no había vivido en compañía de S. A. el tiempo suficiente para conocer todas las amenazas que encerraba una manifestacion alegre del duque de Anjou.

Tambien hubiera podido observar por la turbacion de algunas fisonomías que du-

rante su ausencia el duque habia hablado en términos hostiles, y que solo su regreso habia interrumpido su conversacion; pero como Enrique no era muy desconfiado, no pudo adivinar de que se trataba, y por otra parte, nadie era tan amigo suyo que pudiera decirselo en presencia del duque.

Además, Auvilly cumplia demasiado bien con su obligacion, y no era fácil burlar su vigilancia, y el duque que sin duda alguna tenia ya casi arreglado su plan, retuvo á Enrique á su lado hasta que se marcharon todos los oficiales que habian presenciado la conversacion.

Debemos decir tambien que el duque habia hecho algunas variaciones en la distribucion de los puestos. Cuando Enrique mandaba el destacamento juzgó conveniente, en calidad de gefe superior, establecer su cuartel general en la casa de Diana, enviando al oficial al puesto mas importante despues de aquel, es decir, el del rio; pero el duque, al relevar á Enrique en el mando, se quedó en la casa en lugar de este, y le envió á encargarse del

puesto que debia ocupar el oficial.

Enrique no se admiró de esta determinacion, pues nada más natural que el principe le confiára aquel puesto luego que se apercibió de que era el mas importante.

Juzgando conveniente hacer un encargo al oficial de gendarmes, se aproximó á él, puesto que era tambien muy natural que pusiera bajo su proteccion á las dos personas sobre cuya seguridad velaba, y á las cuales tenia que abandonar, á lo ménos momentáneamente; pero á las primeras palabras que dirigió Enrique al oficial intervino el duque, y dijo con su habitual sonrisa:

—¡Hola, secretitos tenemos!

El oficial comprendió, pero demasiado tarde, la indiscrecion que habia cometido; por lo que arrepentido, y queriendo sacar al conde de su apurado trance, respondió:

—No, monseñor, no es ningún secreto; pregúntame solamente el señor conde cuántas libras de pólvora seca me quedan en estado de servir.

Esta respuesta tenia dos objetos, ya que

no dos resultados; el primero desvanecer las sospechas del duque, si es que las tenía, y el segundo indicar al conde que tenía un auxiliar de quien disponer.

—¡Ah! eso es diferente, respondió el duque, obligado á dar crédito á estas palabras, so pena de comprometer con el papel de espía su dignidad de príncipe; y en tanto que se dirigía hacia la puerta, dijo el oficial á Enrique en voz baja:

—S. A. sabe que acompañais á algunas personas.

Du-Bouchage tembló; pero era demasiado tarde, y aun este mismo temblor no pasó desapercibido para el duque, el cual, como para asegurarse por sí mismo de que habían sido ejecutadas sus órdenes en todos los puntos, propuso al conde que le acompañara hasta su puesto, proposición que el conde se vió obligado á aceptar. Enrique hubiera querido avisar á Remigio para que estuviese en guardia y preparase de antemano alguna respuesta; pero ya no había medio, y lo único que pudo hacer fué despedir al oficial con estas palabras:

—Tened mucho cuidado con la pólvora. ¿No es verdad que cuidareis de ella como yo mismo?

—Está bien, señor conde, contestó el jóven.

En el camino preguntó el duque á Du-Bouchage.

—¿Donde está esa pólvora que recomendais tanto á nuestro jóven oficial?

—En la casa donde habia colocado el cuartel general.

—Pues estad tranquilo, Du-Bouchage, respondió el duque: conozco demasiado bien la importancia de semejante depósito en la situacion en que nos hallamos para no emplear en él toda mi atencion. Asi pues, no será nuestro jóven oficial quien lo vigilará, sino yo mismo.

Tal era el estado de su conversacion cuando llegaron á la confluencia de los dos rios, y alli el duque encargó mucho á Du-Bouchage que no abandonase su puesto, y se retiró en seguida, encontrando á Auvilly en la sala donde habia cenado, tendido sobre un banco, que dormia envuelto en la capa de un oficial.

El duque le dió una palmada en el hombro y le despertó.

Frotándose Auvilly los ojos, se puso á mirar al principe.

—¿Has oído? le preguntó este.

—Sí, monseñor, respondió Auvilly.

—¿Sabes de quién quiero hablar?

—¡Pardiez! De la dama desconocida, de la parienta del Sr. conde Du-Bouchage.

—Bien: veo que el vino de Bruselas y la cerveza de Lovaina no te han entorpecido demasiado los sentidos.

—Hablad, monseñor, ó haced cualquiera seña y verá V. A. que soy mas ingenioso que nunca.

—Pues bien, llama en tu auxilio á toda tu imaginacion, y adivina.

—Adivino, monseñor, que V. A. es curioso.

—¡Bah! eso consiste en mi temperamento, y aquí solamente se trata de que me digas que es lo que escita mi curiosidad en estos momentos.

—Deseais saber qué criatura es esa que sigue á los dos hermanos Joyeuse por entre el fuego y el agua.

—*Per mille pericula Martir*, como diria mi hermana Margarita si estuviese aqui: has puesto el dedo en la llaga, Auvilly. A propósito, ¿le has escrito?

—¿A quién monseñor?

—A mi hermana Margarita.

—¿Tenia que escribir yo á S. M.?

—Sin duda.

—¿Y que habia de decirle?

—Que nos hemos batido y nos hallamos arruinados, y que debe estar prevenida.

—¿Para qué ocasion, monseñor?

—Para cuando la España, que ya se ha desembarazado de mí en el Norte, caiga sobre su espalda por el Medio-dia.

—¡Ah! es verdad.

—¿No has escrito?

—No, monseñor.

—¿Cómo habias de escribir si estabas dormido!

—Si, lo confieso, pero aun cuando me hubiera ocurrido la idea de escribir, ¿con qué lo hubiera hecho, monseñor, no teniendo aqui tinta, papel ni pluma?

—Pues busca. *Quære et invenies*, dice el Evangelio.

—¿Cómo diablo quiere V. A. que encuentre todo eso en la cabaña de un campesino que estoy seguro no sabe escribir?

—Pues, busca, sin embargo, imbécil, y sino encuentras eso...

—¿Qué?

—Encontrarás otra cosa.

—¡Qué torpe soy! exclamó Auvilly golpeándose la frente; es verdad: V. A. tiene razón; mi cabeza está perdida, lo cual consiste en que tengo muchas ganas de dormir.

—Bien, bien, quiero creerte; procura despavilarte por un instante, y puesto que no has escrito, yo escribiré; búscame solamente todo lo necesario para escribir; busca, Auvilly, busca, y no vuelvas hasta que no lo hayas encontrado; aquí te espero.

—Voy al punto, monseñor.

—Y si mientras buscas, oye bien lo que voy á decirte, y si mientras buscas observas que la casa es de género pintoresco... Ya sabes cuanto me gustan los interiores flamencos, Auvilly.

—Sí, monseñor.

—En ese caso me llamarás.

—Al instante, monseñor, os lo prometo.

Auvilly se adelantó, y ligero como un pájaro, se dirigió hacia la pieza contigua que daba paso á la escalera; sus pisadas resonaron apenas, y nadie pudo sospechar su intencion.

Al cabo de cinco minutos volvió al lado del príncipe, que se habia instalado, segun habia dicho, en la sala principal.

—¿Qué hay? preguntó este.

—Si he de atenerme á las apariencias, la casa debe ser endemoniadamente pintoresca.

—¿Por qué?

—Porque no entra uno en ella como quisiera.

—¿Qué dices?

—Digo que la guarda un dragon.

—¿Qué chanza tan necia, Auvilly!

—¡Oh! monseñor, desgraciadamente no es una chanza, sino una triste verdad. El tesoro está el en piso principal en una habitacion, detrás de una puerta, por debajo de la cual se vé brillar una luz.

—¿Y qué mas?

—Delante de esa puerta, monseñor, hay un hombre tendido en el mismo umbral envuelto en una capa gris.

—¡Oh! ¡oh! ¿Se habría permitido Du-Bouchage poner un gendarme á la puerta del cuarto de su querida?

—No es un gendarme, monseñor, sino algun criado de la dama ó del conde.

—¿Pero qué clase de criado?

—Monseñor, es imposible ver su figura, pero lo que se ve perfectamente es un ancho cuchillo flamenco sujeto á su cinturón, y sobre el cual apoya una mano vigorosa.

—Es curioso lo que me cuentas, dijo el duque: despierta á ese maton, Auvilly.

—¡Oh! no por cierto, monseñor.

—¿Por qué?

—Porque prescindiendo de lo que pudiera acontecerme con respecto al cuchillo flamenco, no me parece conveniente hacerme enemigo mortal de los señores de Joyeuse, que están muy bien en la corte. Si hubiésemos sido reyes de los Países-Bajos, era disculpable; pero convenid en que no podemos hacernos los graciosos,

especialmente con los que nos han salvado; porque bien sabeis, monseñor, que los Joyeuse nos han salvado, y si vos no lo decís, ellos lo dirán.

—Tienes razon, Auvilly, dijo el duque golpeando fuertemente el suelo con el pié; tienes razon, y sin embargo...

—Si, comprendo; y sin embargo, V. A. no ha visto la cara de una sola muger hace quince dias mortales. No hablo de esa especie de animales que pueblan los bosques, que no merecen siquiera el nombre de hombres y mugeres, sino solamente el de machos y hembras.

—Quiero ver á la querida de Du-Bouchage, Auvilly, quiero verla ¿lo entiendes?

—Entiendo, monseñor.

—En ese caso, respóndeme.

—Respondo monseñor, que acaso la vereis, pero no por la puerta.

—Sea, dijo el principe, pero sino puedo verla por la puerta, la veré á lo menos por la ventana.

—Me parece muy buena idea, monseñor, y en prueba de que la considero escelente, voy á buscaros una escala.

Auvilly salió al patio de la casa y tropezó con el poste de un cobertizo, debajo del cual habian puesto los gendarmes sus caballos para resguardarlos de la intemperie.

Despues de algunos momentos de investigacion, halló Auvilly lo que casi siempre se encuentra debajo de un cobertizo, es decir, una escalera, y cargado con ella, tuvo la suficiente destreza para deslizarse por entre los hombres y vestias sin despertar á aquellos ni recibir las coces de estos, y saliendo á la calle, la arrimó á la pared de la casa.

Preciso era ser príncipe y desdeñar altamente los escrúpulos vulgares, como acontece en general á los despotas de derecho divino, para atreverse en presencia de un centinela que se pasea por delante de la puerta donde estaban encerrados los prisioneros á cometer una accion tan insultante contra Du-Bouchage como la que el príncipe iba á cometer.

Auvilly comprendió esta dificultad, llamó la atencion del príncipe sobre el centinela, que no sabiendo quienes eran aquellos dos hombres, se disponia á gritarles: *quién vive!*

Francisco se encogió de hombros, y marchó en derecha al soldado, siguiéndole Auvilly.

—Amigo mio, dijo el principe, ¿no es este el punto mas elevado del pueblo?

—Si monseñor, contestó el centinela, que reconociendo á Francisco, le hizo el saludo de honor, y sino fuera por esos tilos que interceptan la vista, se descubriría á la luz de la luna parte del campo.

—Ya me lo presumia, dijo el principe; así es que he hecho traer á prevencion esta escalera para mirar desde arriba. Sube, pues, Auvilly, ó sino, déjalo, yo subiré; un principe debe verlo todo por si mismo.

—¿A donde debo arrimar la escalera, monseñor, preguntó hipócritamente el criado.

—En cualquiera parte; aqui contra esta tapia.

Apenas soltó el criado la escalera subió el duque.

Sea que el centinela sospechára el proyecto del principe, sea por discrecion na-

tural, volvió la cabeza hácia el lado opuesto al príncipe.

El príncipe llegó á lo alto de la escalera, mientras Auvilly quedaba al pié de ella.

La habitacion en que Enrique habia encerrado á Diana estaba esterada y amueblada con una gran cama de nogal, cortinas de sarga, una mesa y algunas sillas.

La jóven, cuyo corazon parecia aliviado de un peso enorme desde que supo en el campamento de los gendarmes de Aunis la falsa noticia de la muerte del príncipe, habia pedido á Remigio un poco de alimento, que este le habia subido al punto con una alegría indecible.

Aquella fué la primera vez en que Diana, desde que supo la muerte de su padre, habia probado un manjar mas sustancioso que el pau; aquella era tambien la vez primera que habia bebido algunas gotas de vino del Rhin, que los gendarmes habian encontrado en la bodega, y puesto á disposicion de Du-Bouchage.

Concluida aquella cena frugal, la sangre de Diana, agitada por tantas emociones violentas y fatigas inauditas, afluyó mas im-

petuosa á su corazón, cuyo camino parecía haber olvidado; Remigio vió que sus ojos se cerraban y que su cabeza se inclinaba sobre su hombro. Retiróse, pues, discretamente, y como ya hemos visto, se acostó sobre el umbral de la puerta, no porque abrigase la menor desconfianza, sino porque tal era su costumbre desde que salió de París.

Después de tomadas estas disposiciones, que aseguraban la tranquilidad de la noche, fué cuando subió Auvilly y halló a Remigio acostado en el corredor.

Diana, por su parte, dormía con el codo apoyado sobre la mesa y la cabeza en la mano.

Su cuerpo esbelto y delicado estaba graciosamente inclinado hacia un lado sobre su silla de alto respaldo; la lámpara de hierro colocada sobre la mesa, cerca del plato, medio cubierto todavía, alumbraba el interior de aquel aposento, que á primera vista parecía tan tranquilo, y en el cual, sin embargo, acababa de apagarse una tempestad que pronto iba á encenderse de nuevo.

En el cristal reflejaba, puro como el diamante en fusion, el vino del Rhin, apenas tocado por los labios de Diana: aquella gran copa que tenia la forma de un caliz colocada entre la lámpara de Diana, amortiguaba mucho mas la luz, y atenuaba las tintas del rostro de la dama dormida. Cerrados los ojos, aquellos ojos de párpados vetados de azul, la boca suavemente entreabierta y los cabellos sueltos y echados hácia atrás por encima del capuchon del tosco vestido de hombre que llevaba, debia aparecer Diana como una vision sublime á las miradas que se disponian á violar el secreto de su retiro.

Al verla el duque no pudo contener un movimiento de admiracion, se apoyó en el antepecho de la ventana, y devoró con la vista hasta los mas insignificantes pormenores de aquella ideal hermosura; pero de improviso, en medio de su contemplacion, se fruncieron sus cejas, y bajó dos escalones con una especie de precipitacion nerviosa.

En esta situacion no se veia ya espuesto á los luminosos reflejos de la ventana

de los cuales parecia huir, recostóse pues, contra la pared, se cruzó de brazos y empezó á meditar.

Auvilly, que no le perdía de vista, pudo contemplarle sumergido en vagos pensamientos, como todo el que llama en su ayuda sus recuerdos mas antiguos y fugaces.

Despues de diez minutos de meditacion é inmovilidad, volvió á subir el duque hasta la ventana, dirigió de nuevo sus miradas al traves de los vidrios; pero no llegó sin duda á obtener el descubrimiento que deseaba, porque la misma nube sombría cubrió su rostro y la misma incertidumbre su mirada.

Aquí llegaba en sus investigaciones, cuando Auvilly se acercó con viveza al pié de la escalera.

—Pronto, pronto, monseñor, le dijo; bajad, pues oigo ruido de pasos en la calle inmediata.

El duque, como si nada hubiera oído, bajo lentamente sin dejar de inquirir sus recuerdos en la profundidad de su alma.

—Ya era tiempo, dijo Auvilly.

—¿Hacia qué lado se oyen las pisadas?
le preguntó el duque.

—Hacia ese, respondió Auvilly estendiendo el brazo y señalando la entrada de una callejuela oscura.

El príncipe se puso á escuchar y dijo:

—Nada oigo.

—Se habrán detenido: tal vez será algun espia.

—Pues bien, llévate la escala.

Obedeció Auvilly, y el príncipe entre tanto se sentó en el banco de piedra que habia junto á la puerta de la casa.

Ningun ruido habia vuelto á repetirse, nadie aparecia al extremo de la calle, y únicamente se presentó de nuevo el criado.

—¿Qué tal os ha parecido monseñor, preguntó al príncipe. ¿Es bella?

—Bellísima, respondió aquel con voz sombría.

—¿Pues entonces por qué estais triste?
¿Os ha visto?

—No: está dormida.

—¿Entonces en qué pensais?

El duque no contestó.

—¿Es morena....rubia?...preguntó Auvilly.

—Lo singular, lo raro, Auvilly, es que yo he visto á esa muger en otra parte.

—Es decir, que la habeis reconocido.

—No, porque me es imposible en este momento aplicarle un nombre, aunque su vista ha conmovido profundamente mi razon.

Auvilly contempló admirado al príncipe, y dijo sonriéndose irónicamente:

—¡Tambien es casualidad!

—No os riais, caballero, cuando veais que padezco, murmuró Francisco con sequedad.

—¿Será cierto, monseñor? exclamó Auvilly.

—Sí; no dudes de lo que te estoy diciendo: ignoro lo que es; no sé lo que siento interiormente, pero se me figura que he hecho mal en dirigir mis miradas á ese aposento.

—Pues bien; atendiendo á ese mismo efecto que la dama ha producido en vos, debemos hacer lo posible para saber quién es.

—Sí, si; ya veo que es preciso.

—Recordad bien, monseñor. ¿La habreis visto por ventura en la corte?

—No; paréceme que no.

—¿En Francia tal vez? ¿En Navarra?
¿En Flandes?

—No.

—¿Será española?

—No lo creo.

—¿Inglesa? ¿Alguna dama de la reina Isabel?

—No, no; debe adherirse á mi vida de una manera mas íntima. Creo que se me ha aparecido en alguna circunstancia terrible.

—En ese caso la reconoceréis fácilmente, porque, á Dios gracias, monseñor, pocas circunstancias de esas habeis experimentado en vuestra vida.

—¿Lo crees así? replicó Francisco con fatídica sonrisa.

Auvilly le saludó con respeto.

—Ahora, prosiguió el duque, soy bastante dueño de mí mismo para poder analizar mis sensaciones: esa muger es hermosa, pero hermosa como una muerta, hermosa como una sombra, hermosa como esas imágenes que se nos presentan en sueños. Por eso se me figura que la he visto en

un sueño, y ¡por cierto que he tenido en mi vida dos ó tres sueños terribles que han dejado helado mi corazon. Sí, sí; estoy seguro de haber visto en uno de esos sueños á la dama que duerme allí arriba.

—¡Monseñor! ¡monseñor! exclamó Auvilly: V. A. me permitirá decirle que rara vez le he oido esplicarse con tanta tristeza respecto á los sueños: vuestro corazon está templado á prueba del mas duro acero, y creo que tanto pueden contra él las sombras como los vivos. Os digo, monseñor, que sino fuera porque recelo que algun indiscreto nos está observando desde esa callejuela, subiría á la ventana, y me la pagarian á un tiempo vuestro sueño, vuestra sombra y vuestros temores.

—A fñ mia, Auvilly, que tienes razon; vuelve á traer la escala y sube. ¿Qué importa que te acechen? ¿No estás conmigo? Vamos, vamos: haz lo que te digo.

Auvilly habia dado ya algunos pasos para obedecer á su amo, cuando resonaron en la plaza precipitados pasos, y Enrique se presentó delante del duque gritando:

—¡A las armas, monseñor! ¡A las armas.

Auvilly se puso al lado del príncipe:

—¡Vos aquí, conde! dijo este. ¿Por qué motivo habeis abandonado vuestro puesto.

—Monseñor, contestó Enrique con entereza, si creéis que debo ser castigado, castigadme como os plazca: por lo demas, mi deber me manda venir, y este es mi puesto ahora.

El duque miró á la ventana haciendo un gesto significativo y diciendo:

—¡Vuestro deber, conde! Explicadme eso.

—Monseñor, se la presentado caballería por la parte del Escalda, é ignoro si son amigos ó enemigos.

—¿Son muchos? preguntó el duque con inquietud.

—Muchos, monseñor.

Pues bien conde: no nos hagamos los valientes sin necesidad; apruebo el que hayais venido á avisarme, y ahora despertad á vuestros gendarmes. Costearemos el rio, porque ese es el camino mas corto, y nos retiraremos, porque es el partido mas prudente.

—Sin duda, monseñor, sin duda; pero creo que urge prevenir á mi hermano.

—Para eso bastan dos hombres.

—Si bastan dos hombres, monseñor, dijo Enrique iré con un gendarme.

—No, pardiez, dijo vivamente Francisco: vos me acompañareis, porque en estas circunstancias no me conviene separarme de un defensor como vos.

—¿V. A. piensa llevar toda la fuerza?

—Toda.

—Muy bien, monseñor, replicó Enrique saludándole. ¿Cuándo quiere partir V. A?

—Ahora mismo.

Enrique dió una voz, y al punto salió el oficial de la callejuela, como si solo hubiese estado esperando la orden de su jefe para presentarse.

Enrique le dió sus órdenes, y poco después aparecieron los gendarmes replegándose hácia la plaza, abandonando los puntos que ocupaban, y disponiéndose para la marcha.

El duque estaba ya en medio de ellos conversando con los oficiales.

—Señores, les decia, parece que el prin-

cipe de Orange me persigue; pero no conviene que un hijo de Francia sea hecho prisionero sin que se dé una batalla como la de Poitiers ó Pavia. Cedamos al número retirándonos sobre Bruselas, pues me contemplo seguro mientras me balle entre vosotros.

Volviéndose despues hácia Auvilly, le dijo:

—Tu te quedarás aquí, porque esa mujer no puede seguarnos, y por otra parte, conozco bastante á los Joyeuse para saber que Enrique no se atreverá á presentarse delante de mí con su querida. Además, nosotros no vamos á un baile, y las marchas que hacemos fatigarán á la dama.

—¿A dónde piensa ir monseñor?

—A Francia, porque creo que nada ganan aquí mis asuntos.

—¿Pero á qué parte de Francia? ¿Cree monseñor que es prudente para él volver á la córte?

—No por cierto, y por lo mismo es probable que me detenga en el camino en cualquiera de mis posesiones, por ejemplo, en el castillo de Thierry.

—¿Es esa la resolución definitiva de V. A.

—Sí, el castillo de Thierry me conviene bajo todos aspectos, porque está situado á una distancia conveniente de Paris, á veinte y cuatro leguas, y desde allí puedo vigilar á los señores de Guisa, que pasan la mitad del año en Soissons. Así pues, llevarás á la bella desconocida al castillo de Thierry.

—¿Y si no se deja llevar?

—¿Estás loco? Puesto que Du-Bouchage me acompaña al castillo de Thierry, y ella sigue á Du-Bouchage, las cosas marcharán por sí solas.

—¿Y si quiere marcharse por otro lado? ¿Si conoce mi empeño de llevarla á vuestro lado?

—Te repito que no es á mi lado á donde vas á llevarla, sino al lado del conde. ¡Bah! Cualquiera diría que es la primera vez que me ayudas en semejante empresa. ¿Tienes dinero?

—Tengo los dos cartuchos de oro que V. A. me dió al salir del campo de los *Polders*.

—Pues marcha adelante, y por todos los medios posibles, lo entiendes, por todos los medios posibles lleva á mi bella desconocida al castillo de Thierry; acaso mirándola de cerca pueda reconocerla.

—¿Y al criado tambien?

—Si no me estorba.

—¿Y si te estorba?

—Haz con él lo que con una piedra que encuentras en el camino; arrójalo en un foso.

—Está bien, monseñor.

En tanto que los dos conspiradores arreglaban su plan en la oscuridad, subió Enrique al piso principal y despertó á Remigio.

Este, avisado de antemano, llamó á la puerta de cierta manera, y casi al mismo tiempo abrió la dama la puerta, viendo detrás de Remigio á Du-Bouchage.

—Buenas noches, caballero, dijo con una sonrisa que hacia tiempo no animaba su rostro.

—¡Oh! perdonadme, señora, se apresuró á decir el conde: no vengo á importunaros: vengo solo á despedirme de vos.

—¡A despediros! ¿Conque partís, señor conde?

—Para Francia, sí, señora.

—¿Y nos dejáis?

—Bien á pesar mio; mi primer deber es obedecer al príncipe.

—¿Al príncipe? ¿Hay aquí algun príncipe? dijo Remigio.

—¿Qué príncipe? preguntó Diana poniéndose pálida.

—El duque de Anjou, que todos creían muerto, y que milagrosamente se ha salvado, está con nosotros.

Diana lanzó un grito terrible, y Remigio se quedó tan pálido que parecía acometido de una muerte repentina.

—Repetidme, dijo Diana con voz trémula, repetidme que el duque de Anjou está vivo, que el duque de Anjou se halla aquí.

—Si no estuviese aquí, señora, y no me mandara seguirle, os acompañaría hasta el convento, á donde, segun me habeis dicho, pensais retiraros.

—Sí, sí; dijo Remigio, el convento, señora, el convento.

Y apoyó un dedo sobre sus labios.

Un movimiento de cabeza de Diana le manifestó que habia comprendido aquella señal.

—Os acompañaria con tanto mas gusto, señora, continuó Enrique, cuanto que podiais ser inquietada aqui por los criados del principe.

—¿Qué decís?

—Sí, todo me hace creer que el principe sabe que una muger habita en esta casa, y sin duda piensa que esa muger es una amiga mia.

—¿Y en qué fundais esa creencia?

—Nuestro jóven oficial le ha visto arrimar una escalera á la pared y mirar por esa ventana.

—¡Oh! exclamó Diana! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

—Tranquilizaos, señora, pues le he oido decir á su compañero que no os conocia.

—No importa, no importa, dijo la jóven mirando á Remigio.

—Todo lo que querais, señora, todo, dijo Remigio armándose de una suprema resolucion.

No os alarmeis, señora, dijo Enrique: el duque vá á marchar ahora mismo; un cuarto de hora no mas, y os vereis ya libre. Permitidme, pues, que os salude respetuosamente y que os diga por última vez que hasta exhalar mi suspiro de muerte latirá mi corazón para vos y por vos. ¡Adios señora, adios!

Diciendo así el conde, se inclinó tan religiosamente como hubiera hecho delante de una imagen, y dió dos pasos hacia atrás.

—No, no, exclamó Diana con el delirio de la fiebre. No, Dios no ha querido eso; no, Dios habia muerto á ese hombre: no puede haberlo resucitado; no, no, señor, os engañais; él ha muerto.

En aquel mismo momento, y como para responder á aquella dolorosa invocación á la misericordia celeste, resonó la voz del príncipe en la calle.

—Conde, decia, nos haceis esperar.

—Ya lo ois, señora, dijo Enrique. Por última vez, adios.

—Y estrechando la mano de Remigio, se dirigió corriendo hacia la escalera.

Diana se aproximó á la ventana trémula y convulsiva, como el pájaro fascinado por la serpiente de las Antillas, y vió al duque á caballo, enrojecido su rostro por la luz de las antorchas que llevaban dos gendarmes.

— ¡Oh! vive, vive el demonio, murmuró Diana al oído de Remigio con acento tan terrible, que el fiel criado no pudo menos de estremecerse; pero si él vive, nosotros tambien vivimos; parte para Francia. Sea: Remigio, tambien nosotros iremos á Francia.



CAPITULO II.

SEDUCCION.

Los preparativos de marcha de los gendarmes habian puesto en movimiento á todo el pueblo, pero luego que marcharon sucedió el silencio mas profundo al ruido de las armas y de las voces.

Remigio dejó extinguirse este poco á poco y perderse enteramente, y cuando creyó que la casa quedaba completamente desierta, bajó á la sala inferior á fin de preparar su marcha y la de Diana; pero al abrir la puerta quedó sorprendido al ver un hombre sentado al lado del fuego vuelto de espaldas.

Evidentemente aquel hombre acechaba la salida de Remigio, no obstante el aire de indiferencia que tomó al divisarle.

Remigio se acercó, según su costumbre, con paso lento y mesurado, descubriendo su frente calva y semejante á la de un anciano abrumado de años.

El hombre hácia quien se acercaba estaba sentado de espaldas á la luz, de suerte que Remigio no pudo distinguir sus facciones.

—Perdonad, dijo: creí hallarme aquí solo ó casi solo.

—Yo también, respondió el otro, pero veo con placer que tendré acompañeros.

—Sí, triste compañía, señor, se apresuró á decir Remigio, porque á escepcion de un jóven enfermo que llevo á Francia....

—¡Ah! exclamó de repente Auvilly y aparentando toda la bondad de un labriego compasivo, ya sé lo que quiere decir.

—¿De veras? preguntó Remigio.

—Sí, quereis hablar de la dama jóven.

—¿De qué dama jóven? exclamó Remigio, poniéndose en guardia.

—¡Bah! no os incomodeis, mi buen a-

migo, respondió Auvilly; 'soy el administrador de la casa de Joyeuse, y he venido en busca de mi joven amo por orden de su hermano; al marcharse el conde me dejó recomendados una dama joven y un criado viejo, que tienen intencion de volverse á Francia, despues de haberle seguido á Flandes...

—Aquel hombre hablaba así aproximándose á Remigio con rostro risueño y afectuoso, colocándose de frente á la lámpara, de suerte que toda la claridad que esta despedía le daba en el rostro.

Entonces pudo verle Remigio; pero en vez de avanzar hácia su interlocutor, dió un paso hácia atrás, y un sentimiento semejante al del horror se pintó al punto en su rostro mutilado.

—¿No respondeis? cualquiera diria que os causo miedo, dijo Auvilly con la sonrisa en los labios.

—Señor, contestó Remigio afectando una voz cascada, perdonad á un pobre anciano á quien sus desgracias y sus heridas han hecho tímido y desconfiado.

—Una razon más, amigo mio, respon-

dió Auvilly, para que acepteis el socorro y el apoyo de un buen compañero; además, como acabo de deciros, vengo de orden de un amo que debe inspiraros confianza.

—Seguramente, contestó Remigio dando un paso hácia atrás.

—¿Qué es eso? ¿Me dejais?

—Voy á consultar con mi señora: como comprendéis, nada puedo resolver por mí solo.

—¡Oh! es muy natural; pero permitidme que yo mismo me presente y le explique mi comision con todos sus pormenores..

—No, no, gracias; acaso esté durmiendo todavía la señora, y debo respetar su sueño.

—Como gustéis. Por otra parte, nada mas tengo que deciros que lo que mi amo me ha encargado que os comunique.

—¿A mí?

—A vos y á la dama jóven.

—¿Vuestro amo es el conde Du-Bouchage, no es verdad?

—El mismo.

—Gracias, señor.

Apenas cerró la puerta, desaparecieron todas las apariencias del anciano, á escepcion de la frente calva y el rostro arrugado, y subió la escalera con tal precipitacion y con un vigor tan extraordinario, que nadie hubiera creído mayor de veinte y cinco años al hombre que poco antes parecia tener lo menos sesenta.

—¡Señora! ¡señora! gritó Remigio con voz alterada, apenas vió á Diana.

—¿Qué hay, Remigio? ¿No ha marchado el duque?

—Sí: señora; pero hay aqui un demonio mil veces peor y mas terrible que él; un demonio sobre cuya cabeza, dia por dia, en el transcurso de seis años, he estado llamando la venganza del Cielo, como vos la llamais sobre la de su amo.

—¿Auvilly tal vez? preguntó Diana.

—El mismo: el infame está abajo olvidado, como una serpiente fuera del nido, por su infernal cómplice.

—¡Olvidado dices, Remigio! ¡Oh! te equivocas; bien sabes tú, que conoces al duque, que jamás deja á la casualidad el cuidado de hacer el mal, cuando él mismo

puede hacer este mal. ¡No, no, Remigio! Auvilly no ha quedado aquí olvidado; lo han dejado espresamente para algun designio, para la realizacion de alguna trama.

—¡Oh! estoy dispuesto á creer todo cuanto me digais de ese hombre.

—¿Me ha visto?

—Creo que nó.

—¿Te ha reconocido?

—¡A mí, señora respondió Remigio con triste sonrisa, á mi ya nadie me conoce!

—Tal vez sospecha quien soy.

—Se me figura que no, puesto que desea veros.

—Remigio, te digo que si no me ha visto, sospecha quien soy.

—En tal caso, nada hay mas sencillo, respondió Remigio con aire sombrío, y doy gracias á Dios por que nos traza tan francamente el camino que debemos seguir: el pueblo está desierto, y el infame se encuentra solo como yo... he visto un puñal en su cinturón... y yo tengo un cuchillo en el mío..

—Aguardad un momento, Remigio, dijo Diana, no os disputo la vida de ese miserable, pero antes de matarle es preciso saber

lo que pretende de nosotros, y si en la situación en que nos encontramos hay algún medio de utilizar el mal que quiere hacernos. ¿Cómo se ha presentado á vos, Remigio?

—Como administrador del conde Dubouchage, señora.

—Ya ves que miente; luego tiene interés en mentir. Sepamos, pues, lo que quiere, ocultándole nuestros deseos.

—Haré lo que me mandais, señora.

—¿Que es lo que desea por el pronto?

—Acompañaros.

—¿Bajo qué título?

—Como administrador del conde.

—Dile que acepto.

—¡Oh! señora.

—Añade que debo pasar á Inglaterra donde tengo parientes, y que sin embargo vacilo; miente como él; para vencer, Remigio, es necesario por lo menos luchar con armas iguales.

—¿Y si os vé?

—¿Y mi careta? Por otra parte, sospecho que ya me conoce, Remigio.

—Pues si os conoce, os tiende un lazo.

—Con todo...

—¿Vamos, qué temes? ¿Conoces alguna cosa peor que la muerte?

—No.

—Pues bien; ¿no estás ya decidido á morir por el cumplimiento de nuestro voto?

—Si por cierto: pero no quiero morir sin venganza.

—Remigio, Remigio, dijo Diana brillando en sus ojos una exaltacion salvaje, nos vengaremos, yo te lo aseguro; tu te vengarás del criado y yo del amo.

—Sea como decís, señora: estoy resuelto á todo.

—Vete, amigo mio, vete.

Remigio bajó, aunque con recelo, pues al ver á Auvilly habia experimentado, á pasar suyo, ese estremecimiento nervioso lleno de sombrío terror que sentimos al tropezar con un reptil; queria matar, porque habia tenido miedo, y sin embargo, segun iba bajando la escalera, volvia la resolucion á su alma tan fuertemente templada de modo que al abrir la puerta estaba ya decidido, á pesar de las órdenes de Diana, á interrogar á Auvilly, á confundirle, y á coserle á puñadas si descubria en él las

malas intenciones que sospechaba.

De este modo entendia Remigio la diplomacia.

Esperábale Auvilly con impaciencia, y habia habierto la ventana á fin de abarcar de un solo golpe de vista todas las salidas.

Remigio se acercó á él firmemente resuelto á aclarar el misterio, así es que sus palabras fueron dulces y tranquilas.

—Señor, le dijo, mi ama no puede aceptar lo que le proponeis.

—¿Y por qué no?

—Porque no sois el administrador del conde Du-Bouchage.

Auvilly se puso pálido y preguntó:

—¿Quién os ha dicho eso?

—La cosa es muy sencilla: el conde se ha separado de mí recomendándome la dama que está en mi compañía y nada me ha dicho respecto de vos.

—Eso consiste en que no me ha visto hasta despues de haberos hablado.

—Mentira, señor, mentira.

Auvilly se enojó, porque el aspecto de Remigio le prestaba toda la apariencia de un viejo.

—Cuidado con ese tono, le dijo arrugando el entrecejo: vos sois viejo y yo joven; sois débil y yo fuerte.

Remigio nada contestó, contentándose con sonreírse.

—Si yo os quisiera mal á vos ó á esa dama, no tendria mas que levantar la mano.

—¡Oh! ¡oh! murmuró Remigio: acaso me equivoque, y lejos de ofenderla querais favorecerla.

—Sin duda.

—Esplicadme, pues, lo que deseais.

—Amigo mio, deseo hacer vuestra fortuna, si quereis servirme.

—¿Y sino quiero?

—En tal caso.... Ya que me hablais con franqueza voy á corresponderos del mismo modo.... en tal caso, quiero mataros.

—¡Matarme! ¡Ah! exclamó Remigio.

—Si, tengo amplios poderes para hacerlo.

—El resultado es que para que yo os sirva necesito conocer vuestros proyectos.

—Nada mas justo. Habeis adivinado; no pertenezco al servicio del conde Du-Bouchage.

—¡Ab! ¿Pues á quién perteneceis.

—A otro señor mas poderoso.

—Cuidado con lo que decís, pues se me figura que vais a mentir de nuevo.

—¿Por qué?

—Porque no conozco mucha casas que sean mas poderosas que la de Joyeuse.

—¿Y la casa de Francia?

—¡Oh! ¡oh!!!

—Hè aquí cómo paga esa casa, añadió Auvilly deslizando en la mano de Remigo uno de los cartuchos de oro del duque de Anjou.

Remigio se estremeció al tocar aquella mano, y dió un paso atrás.

—¿Conque servís en la casa del rey? preguntó en seguida con una sencillez que hubiera hecho honor á otro hombre mas astuto que él.

—No por cierto: sirvo á su hermano, al duque de Anjou, respondió Auvilly.

—¡Ab! muy bien: yo respeto humildemente á S. A.

—Perfectamente.

—¿Y qué mas?

—¡Como! No os entiendo.

—¿Qué desea monseñor?

— Monseñor, dijo Auvilly acercándose á Remigio y procurando meterle segunda vez en la mano el cartucho de oro, monseñor está enamorado de esa dama.

— ¿La conoce?

— La ha visto.

— ¡La ha visto! exclamó Remigio, cuya crispada mano se apoyó en el mango de su cuchillo. ¿Y cuando la ha visto?

— Esta misma noche.

— Imposible: mi señora no ha salido de mi aposento.

— ¿Qué importa? El principe se ha conducido como un verdadero estudiante, lo cual prueba que en efecto esta enamorado.

— ¿Como se ha conducido? Decid.

— Ha trepado hasta la ventana con auxilio de una escalera.

— ¡Ah! exclamó Remigio comprimiendo las tumultuosas palpitaciones de su corazón. ¿Conque ha hecho eso?

— Parece que es bellísima, añadió Auvilly.

— Y vos... ¿no la habeis visto?

— No; pero en consecuencia de lo que monseñor me ha dicho, tengo vivísimos de-

seos de verla, aun cuando no sea mas que para juzgar de la exajeracion que produce el amor en una cabeza sensata. Pero lo principal es que estamos ya corrientes y que sois nuestro; ¿no es verdad?

—Auvilly trató por tercera vez de que Remigio aceptase el oro.

—Soy vuestro indudablemente, dijo este rechazando la mano de Auvilly, pero necesito saber qué papel voy á desempeñar en los acontecimientos que preparais.

—Contestadme primero á una pregunta. ¿Esa dama es la querida del conde Du-Bouchage ó de su hermano?

Toda la sangre de Remigio se agolpó á su rostro.

—Ni del uno ni del otro, respondió contentiéndose; esa dama no tiene amante.

—¡No tiene amante! ¡Diablo! ¡Una mujer sin amante! ¡Cuánto va á alegrarse monseñor! Eso es haber encontrado la piedra filosófica.

—¿Conque... segun habeis dicho, murmuró Remigio, el señor duque de Anjou está enamorado de mi señora?

—Sí.

—¿Y qué quiere en resumidas cuentas?

—Poseerla en el castillo de Thierry, á donde se dirige á marchas forzadas.

—Hé ahí una pasion repentinamente adquirida.

—Siempre adquiere así las pasiones monseñor.

—No veo en todo eso mas que un inconveniente.

—¿Cuál?

—Que mi señora piensa embarcarse con direccion á Inglaterra.

—¡Demonio! Pues ya ha llegado la ocasion de que podais serme útil. Decididla.

—¿A qué?

—A tomar el camino opuesto.

—No conoceis á mi señora; es muger sumamente apegada á sus propias ideas, y tampoco se adelanta nada conque vaya á Francia en vez de ir á Lóndres. ¿Creeis que despues que llegue al castillo de Thierry cederá á los deseos del duque?

—¿Por qué no?

—Porque no ama al duque de Anjou.

—¡Bah! Todas aman á un principe.

—¿Pero cómo es que el duque, ya que

supone que mi señora es la querida del conde Du-Bouchage ó del duque Joyeuse, se ha propuesto robarla á su amante?

—Buen hombre, replicó Auvilly, abrigas ideas muy triviales, y veo que nos hemos de entender con bastante trabajo. Así pues, no discutiré contigo: he preferido hasta ahora la dulzura á la violencia, pero si me obligas á cambiar de conducta, cambiaré.

—¿Qué hareis?

—Ya te he dicho que tengo plenos poderes del principe: te mataré en cualquier parte y robaré la dama.

—Confiais en la impunidad.

—Confio en todas las promesas de mi amo el duque. Ea, ¿te comprometes á decidir á tu señora á que se ponga en camino para Francia?

—Pondré todos los medios, pero no puedo responder del éxito.

—¿Y cuando me traerás la respuesta?

—En cuanto suba á su cuarto y la hable cuatro palabras.

—Pues bien: sube; aquí te aguardo.

—Os obedezco.

—Una palabra, buen hombre: ya sabes que tu vida y tu fortuna dependen de mí.

—Lo sé.

—Basta; yo entre tanto dispondré los caballos.

—No os deis demasiada prisa.

—¡Bah! estoy seguro de la respuesta que vais á traerme. ¿Hallan por ventura los príncipes mugeres ingratas?

—Me parece que algunas veces suele suceder eso.

—Sí, contestó Auvilly, pero sucede raras veces.

Mientras subia Remigio al aposento de la dama, Auvilly se dirigió en efecto á la cuadra, como si realmente estuviese seguro de la realizacion de sus esperanzas.

—¿Qué hay? preguntó Diana á Remigio.

—Que el duque os ha visto, señora.

—Y...

—Y que os ama.

—¡El duque me ha visto! ¡El duque me ama! ¿Estás delirando, Remigio?

—No, os digo lo que sé.

—¿Pero quién te ha informado?

— Ese hombre, ese infame...Auvilly.

— Pero si me ha visto, me habrá reconocido.

— Y si os hubiese reconocido, ¿creeis que Auvilly se atreveria á presentarse á vos y á hablaros de amor en nombre del principe? No, el duque no os ha reconocido.

— Si, sí, ya veo que tienes razon, Remigio: pues han cruzado por ese espíritu infernal tantas cosas por espacio de seis años, que me ha olvidado. Sigamos á ese hombre.

— Temo que ese hombre os reconozca.

— ¿Por qué le supones mas memoria que á su amo?

— Porque tiene interés en acordarse, al paso que su amo lo tiene en olvidar: que el duque, hombre inmoral, estragado, asesino, todo lo olvide, se concibe facilmente. ¿Ni cómo podria vivir si no olvidase? Pero Auvilly no habrá olvidado, y si vé vuestro rostro, creerà que se le aparece una sombra vengadora, y os denunciará.

— Remigio, creia haberte dicho que llevo una careta; creia haberte oido decir que tienes un cuchillo.

—Es cierto, señora, y ahora empiezo á creer que Dios está de inteligencia con nosotros para castigar á los malvados.

Entonces, llamando á Auvilly desde lo alto de la escalera, dijo:

—Mi señora agradece mucho al conde Du-Bouchage el cuidado que ha tenido por su seguridad, y acepta con reconocimiento vuestra generosa oferta.

—Muy bien, muy bien, contestó Auvilly; podeis decirle que los caballos están prontos.

—Venid, señora, venid, dijo Remigio ofreciendo el brazo á Diana.

Auvilly los esperaba al pié de la escalera con un farolillo en la mano, pues anhelaba examinar el rostro de la desconocida.

—¡Demonio! murmuró, tiene una careta... No importa: antes de que lleguemos al castillo de Thierry se romperán esos cordones de seda... ó serán cortados.



CAPITULO III.

EL VIAJE.

PUSIERONSE en marcha, y en el camino no cesó Auvilly de emplear para con Remigio el tono de la mas absoluta igualdad, ni de tributar á Diana el mas profundo respeto; pero á la perspicacia del leal criado no pudo escaparse el interés que encerraban aquellos miramientos guardados con su señora; porque en efecto, tener el estribo á una dama cuando monta á caballo ó se apea, velar sobre cada uno de sus movimientos con la mayor solici-

tud, y no desperdiciar jamás una ocasion de recoger su guante ó de abrochar su capa, es el papel de un amante, de un criado ó de un curioso.

Al tocar el guante Auvilly veia la mano; al abrochar la capa miraba por debajo de la careta; al tener el estribo acechaba la ocasion que le dejase entrever aquel rostro que el principe en sus recuerdos confusos no habia reconocido, pero que él pensaba reconocer, contando con su fiel memoria. Sin embargo, el músico no habia contado con la huésped, es decir, no habia contado con que Remigio, celoso de aquellas atenciones, reclamaria sus derechos á servir esclusivamente á su señora.

La misma Diana, sin sospechar al parecer las causas de semejante atencion, apoyó la demanda de aquel, á quien Auvilly miraba como un criado viejo, y á quien por lo mismo queria aliviar de parte de su trabajo, y suplicó á Auvilly que dejara á Remigio desempeñar solo las funciones á que estaba acostumbrado.

Vióse, pues, reducido Auvilly á esperar las sombras de la noche y la lluvia du-

rante las largas jornadas y á desear las horas de comer cuando hacian alto en una posada. Sus esperanzas, no obstante, quedaron frustradas, porque ora lloviese, ora estuviese el cielo despejado, la careta seguía como siempre ocultando el rostro de Diana, y por lo que hace á las comidas, eran estas servidas á la dama en un aposento separado; de modo que Auvilly llegó á comprender que si no conocía á la dama, esta le conocia á él; así pues, trató de observar por las cerraduras, pero la dama volvía constantemente la espalda á las puertas; quiso ver por las ventanas, pero siempre las hallaba tapadas con gruesas cortinas, y á falta de ellas, con las capas de los viajeros.

Ni preguntas, ni tentativas de corrupcion pudieron vencer la fidelidad de Remigio, el cual contestaba siempre que tal era la voluntad de su ama y por consiguiente la suya.

—¿Pero se toman todas esas precauciones por mi solo? le preguntó Auvilly.

—Se toman por todo el mundo.

—¿Y por qué no se ocultaba cuando la vió el duque de Anjou?

—Fuè una casualidad, una pura casualidad, respondió Remigio, y precisamente porque ha sido vista, á pesar suyo, por el duque de Anjou, toma sus precauciones para que nadie vuelva á verla.

Entre tanto corrian los dias y se aproximaba el término del viaje sin que Auvilly pudiera satisfacer su curiosidad, gracias á las precauciones de Remigio y de su ama.

Presentábase ya la Picardia á los ojos de los viajeros, y Auvilly, que hacia tres ó cuatro dias ensayaba todos los medios, así la amabilidad como el enojo, así los cuidados tiernos como las amenazas, comenzaba á perder la paciencia, y los malos instintos de su natural carácter se iban apoderando poco á poco de su corazon. Hubiérase dicho que bajo el velo de aquella muger comprendia y adibinaba algun fatal secreto.

Cierto dia se quedó algo atras con Remigio para renovar sus tentativas de seducción, que fueron rechazadas por Remigio, segun costumbre.

—Preciso es sin embargo, dijo Auvilly, que un dia ú otro vea á tu ama.

—Sin duda, contestò Remigio, pero se-

ra el dia que ella quiera y no cuando se os antoje.

—¿Y si empleara la fuerza? dijo Auvilly.

Un relámpago brilló por un momento en los ojos de Remigio, el cual se contentó con decir:

—¡Haced la prueba!

Auvilly vió aquella mirada terrible y conoció toda la energia que abrigaba el alma del hombre á quien tenia por anciano.

—¡Qué loco soy! dijo riéndose. ¿Qué me importa á mí saber quien es ella? ¿No es la misma que ha visto el duque de Anjou?

—Ciertamente.

—¿Y la que, segun sus órdenes, debo acompañar al castillo de Thierry?

—Sin duda.

—Pues bien, eso es lo único que necesito saber; yo no estoy enamorado de ella, sino monseñor, y con tal que no trateis de escaparos....

—¿Os parece que tenemos esa intencion? dijo Remigio.

—No.

—Tan lejos estamos de abrigar esa in-

tencion, que aun cuando no estuvieseis aquí, continuariamos nuestro camino para el castillo de Thierry; si el duque desea vernos, nosotros tambien deseamos verle.

—En ese caso, dijo Auvilly, no hay mas que desear.

Y como si hubiese querido asegurarse de que Remigio y su compañera deseaban efectivamente no variar de camino, añadió, señalando una especie de hospederia que habia en el camino.

—¿Querrá vuestra ama detenerse aqui algunos instantes?

—Bien sabeis, le dijo Remigio, que mi ama solo se detiene en las poblaciones.

—En efecto, asi ha sucedido, repuso Auvilly, pero no habia fijado mi atencion en esa circunstancia.

—Pues ya lo sabeis, amigo mio.

—Enhorabuena: yo, que no tengo hecho voto alguno, voy á detenerme un instante; continuad vuestro camino, pues yo os alcanzaré.

Y Auvilly indicó el camino á Remigio, se apéo y se aproximó al huesped, que salió á recibirle con las mayores mues-

tras de cordialidad, como si de antemano le conociera.

Remigio alcanzó á Diana, y esta le preguntó;

—¿Qué os ha dicho?

—Me ha manifestado su deseo acostumbrado.

—¿El de verme?

—Sí.

Diana se sonrió.

—Mirad, señora, dijo Remigio, que está furioso.

—Pues no me verá, no quiero, y esto es decirte que no lo conseguirá.

—Pero cuando esteis en el castillo de Thierry, ¿no será preciso que os vea con la cara descubierta?

—¿Qué importa si el descubrimiento llega demasiado tarde para ellos? Además, su amo no me ha reconocido.

—Sí, pero el criado os reconocerá.

—Ya ves que hasta ahora ni mi voz, ni el aire de mi cuerpo han llamado su atención.

—No importa, señora, contestó Remigio: todos esos misterios que existen ha-

ce' ocho dias para Auvilly no habian existido para el principe, ni escitado su curiosidad, ni despertado sus recuerdos, al paso que de ocho dias á esta parte Auvilly busca, calcula, computa. Vuestra vista despertará completamente su memoria, demasiado alarmada ya, y os reconocerá, si no os ha reconocido.

En aquel momento fueron interrumpidos por Auvilly, el cual habia tomado un atajo, y habiéndolos seguido sin perderlos de vista, se apareció de repente creyendo atrapar algunas palabras de su conversacion.

El silencio súbito con que fué acogida su llegada le probó de una manera evidente que estorbaba, y por lo tanto se contentó con seguirlos á retaguardia, como hacia algunas veces.

Desde aquel momento tomó Auvilly su partido. Como habia dicho muy bien Remigio, desconfiaba realmente de alguna cosa; pero desconfiaba solo por instinto, pues vacilando su espíritu de congetura en congetura, ni un instante siquiera se habia fijado en la realidad, no pu-

diendo explicarse á si mismo por qué le ocultaban con tanto teson aquel rostro que debia ver tarde ó temprano.

Para llevar mejor á cabo su proyecto, fingió haber renunciado á él completamente desde aquel momento, mostrándose el compañero mas franco y alegre del mundo durante toda la jornada, cambio notable que no dejó de causar cierta inquietud á Remigio. Llegaron á una ciudad y se acostaron, segun costumbre.

Al dia siguiente, bajo pretesto de que la jornada era larga, se pusieron en camino al amanecer.

A las doce del dia fué preciso hacer alto para dejar descansar á los caballos.

A las dos de la tarde volvieron á ponerse en camino, y siguieron marchando hasta las cuatro, á cuya hora descubrieron á lo lejos un gran bosque, el de la Fere, el cual presentaba ese aspecto sombrío y misterioso de los bosques del norte de Francia; pero este aspecto, tan imponente para los habitantes del mediodia, que ante todas cosas necesitan la luz del dia y el calor del sol, ningun efecto cau-

saba en el ánimo de Remigio y de Diana, habituados á los intricado bosques del Anjou y de la Soloña.

Dirigiéndose solamente una mirada, como si ambos hubiesen comprendido que allí era donde los esperaba ese acontecimiento que desde el momento de su partida amenazaba sus cabezas.

Las seis de la tarde serian cuando entraron en el bosque, y al cabo de media hora de marcha llegó el sol á su ocaso.

Un viento furioso arrancaba y llevaba las ojas hasta un estanque inmenso, perdido entre la espesura de los árboles como otro mar muerto, y que costeaba el camino que se extendia delante de los viajeros.

Hacia dos horas que la lluvia caia á torrentes encharcando el terreno arcilloso por donde caminaban: pero como Diana tenia demasiada confianza en su caballo, y por otra parte se cuidaba muy poco de su propia seguridad, lo dejaba andar sin contenerlo. Auvilly marchaba á la derecha y Remigio á la izquierda, este por la mitad del camino y aquel por la orilla del estanque.

Ni una criatura humana aparecía bajo las sombras de verdura y en la larga extensión que se alcanzaba á ver del camino; hubiérase dicho que el bosque era una de esas selvas encantadas, á cuya sombra nada puede vivir, á no oírse de vez en cuando los roncós ahullidos de los lobos, á los cuales despertaba la proximidad de la noche. De repente sintió Diana que la silla de su caballo, la cual acostumbraba á poner siempre Auvilly, se meneaba y caía hácia un lado; llamó á Remigio, este se apeó y se puso á apretar las correas.

Aprovechando Auvilly este momento de distracción, se acercó á Diana y cortó con su puñal la presilla de seda que sujetaba la careta, y antes que aquella hubiese tenido tiempo de llevar la mano á la cara, le arraucó la máscara, encontrándose entonces terribles é iracundas las miradas de aquellas dos criaturas, sin que fuera fácil conocer cuál de las dos estaba mas pálida y amenazadora.

Un sudor frío baña la frente de Auvilly, deja caer la máscara y el puñal, y jun-

tando las dos manos con desesperacion, exclamó:

—¡Cielos! ¡La dama de Monsoreau!!!

—Ese es un nombre que no volverás á repetir... dijo Remigio cogiendo á Auvilly por la cintura y arrancándolo de su caballo.

Ambos rodaron por el suelo.

Auvilly alargó la mano para coger su puñal; pero al observar Remigio este movimiento, le dijo apoyando una rodilla sobre su pecho.

—No, Auvilly, no; vas á quedar aquí.

Y desgarróse el último velo que parecía estendido sobre la memoria de Auvilly.

—¡Atrevido! exclamó. ¡Estoy muerto!

—Todavía no es verdad, dijo Remigio poniendo su mano izquierda sobre la boca del miserable que forceaba debajo de él; pero no tardará mucho.

Y con su mano derecha desenvainó su cuchillo.

—Ahora Auvilly, tienes razon, dijo: ahora si estás bien muerto.

Y el acero desapareció en la garganta

del músico, que lanzó un ronquido inarticulado.

Diana, atónita, medio vuelta sobre su silla, apoyada en el arzon, trémula, pero implacable, no habia apartado la vista de aquel terrible espectáculo; sin embargo, cuando vió brotar la sangre á lo largo del puñal, se echó hácia atrás y cayó de su caballo, tiesa como si estuviese muerta.

Remigio no se cuidó de ella en aquel terrible momento, registró á Auvilly, le quitó los dos cartuchos de oro, despues ató una piedra al cuello del cadáver, y lo arrojó en el estanque.

La lluvia continuaba cayendo á torrentes.

—¡Borra, oh Dios mio, dijo, borra la huella de tu justicia, porque aun le quedan otros culpables que castigar!

En seguida se lavó las manos en el agua sombría y dormida, cojió en sus brazos á Diana, todavia desmayada, la puso sobre su caballo, y montó despues en el suyo sosteniendo á su compañera.

El caballo de Auvilly, asustado por los ahullidos de los lobos, que se aproxima-

ban como si los hubiera llamado aquella escena, desapareció entre la espesura del bosque.

Cuando Diana volvió en sí, ambos viajeros, sin dirigirse una sola palabra, continuaron su camino hasta el castillo de Thierry.



CAPITULO IV.

EL REY ENRIQUE III NO TIENE A BIEN
CONVIDAR A ALMOZAR A CRILLON, Y CHICOT
SE CONVIDA A SI MISMO.

EN la mañana siguiente al día en que ocurrieron los sucesos del bosque de la Fere, de los cuales hemos dado cuenta á nuestros lectores en el capítulo precedente, el rey de Francia salia del baño, y su ayuda de cámara, despues de cubrirlo con una manta de finisima tela y de haber enjugado su cuerpo con dos magnificas tohallas de Persia, abandonó el puesto á los

peluqueros y perfumistas, los cuales lo cedieron á los cortesanos.

Luego que estos salieron á su vez de la real cámara, el rey Enrique mandó llamar á su mayordomo para decirle que sentía algun apetito, y que por lo tanto queria tomar alguna cosa mas comfortable que la taza de caldo con que se desayunaba todas las mañanas.

Esta buena noticia, que circulò en el interior del Louvre con la mayor rapidez, produjo en los habitantes de él una verdadera alegría. Poco despues de haber sido comunicada por el rey á su mayordomo, y cuando principiaba á salir de las cocinas el grato olor de las viandas que habian de servir para el almuerzo del rey, el coronel de guardias, M. Crillon, se presentó en la cámara de Enrique para recibir sus órdenes.

—A sè mia, buen Crillon, le dijo, el rey, que por esta mañana podrás cuidar de la seguridad de nuestra persona del modo que mejor te plazca; pero te ruego que por cuanto hay en el mundo no me obligues á dictar la mas insignificante provi-

dencia, porque me he levantado hoy de buen humor, y además, tengo hambre, amigo mio; una hambre deliciosa, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo, señor, contestó el coronel de guardias, lo entiendo tanto mejor, cuanto que por mi parte siento tambien apetito un mas que regular.

—¡Oh! eso no es nuevo en ti, Crillon, dijo el rey soltando una carcajada: tú siempre tienes hambre.

—No siempre, señor: V: M. exagera algun tanto; yo no tengo gana de comer mas que tres veces al dia. ¿Y V. M?

—¡Ah! yo solo una vez al año, y sobre todo, cuando recibo buenas noticias.

—¿Segun eso, habeis recibido buenas noticias? Me alegro tanto mas, cuanto que si no me equivoco, escaseaban mucho de algun tiempo á esta parte.

—Así es la verdad, Crillon; pero ya sabes aquel proverbio:

—¡Ah! sí: "Cuando escasean las noticias señal de buenas noticias" ¿No es esto? Yo confio poco en los proverbios, señor, y en este menos que en otro alguno. ¿No sa-

beis nada de Navarra?

—Nada.

—¿Nada?

—Absolutamente nada, lo cual me prueba que aquello está tranquilo.

—¿Y de Flandes?

—Tampoco sé nada.

—¿Nada? Eso prueba que allí se batien perfectamente. ¿Y de Paris?

—Tampoco.

—Lo cual quiere decir que se conspira á las mil maravillas.

—¡Ba! niñadas, Crillon, niñadas; y á propósito de niños, ¿sabes que creo que voy á tener uno?

—¡Vos, señor! exclamó Crillon lleno de sorpresa.

—Sí, la reina ha soñado esta noche que estaba en cinta.

—De todos modos, señor....

—¿Qué?

—Me llena de satisfacion el saber que os habeis levantado hoy con buen apetito, y con permiso de V. M. voy á retirarme.

—Adios, Crillon, adios.

—¡Diantre, bien podía V. M. convidarme á almorzar, ya que los sentís tan bien dispuesto!

—¿Por qué, Crillon?

—Porque dicen que V. M. se mantiene del aire del tiempo, lo cual le hace enflaquecer, porque el aire no es bueno, á lo menos así á secas, y yo quiero poder contestarles: "¡Cuerpo de Cristo! Esas son puras calumnias: el rey come ni mas ni menos que todo fiel cristiano."

—No, Crillon, no, al contrario; deja que crean lo que les acomode; á la verdad, mas vergüenza me daría el comer como un cualquiera delante de mis súbditos; porque has de tener entendido, Crillon, que un rey debe conservarse siempre en una situación poética, y solo debe aparecer con magnificencia y aparato. Y sino, te citaré un ejemplo.

—Ya escucho, señor.

—Acuérdate del rey *Alexander*.

—¿De qué rey *Alexander*?

—De *Alexander Magnus*. Es verdad, que tu no sabes latin. Pues como iba diciendo, Alejandro gustaba mucho de bañar-

se delante de sus soldados, porque Alejandro era hermoso y bien formado, lo que hacia que le comparasen con Apolo y hasta con el mismo Antinoo.

—¡Ah! señor, exclamó Crillon, hariais el mayor desatino en imitarle bañándoos delante de los vuestros porque estais muy flaco.

—Anda, anda, Crillon, le dijo Enrique dándole una palmada en el hombro: eres un excelente animal; tu no me adulas, no; no eres como los cortesanos, amigo mio.

—Es que tampoco me convidais á almorzar, dijo Crillon, riendo con sinceridad y despidiéndose del rey, mas bien contento que disgustado, porque el golpe-cillo en el hombro habia sustituido á la falta de desayuno.

Crillon se marchó, y pusieron la mesa al momento.

El repostero se habia escedido á si mismo: cierta pepitoria de perdices con puré de trufas llamó la atención del rey, cuyo apetito se habia estimulado ya con algunas docenas de riquisimas ostras.

Por esta vez se habia olvidado el caldo

de costumbre conque el monarca solia confortarse. En vano dirigió sus grandes ojos á su taza de oro; sus ojos mendicantes, como hubiera dicho Teófilo, no obtuvieron nada de S. M.

El rey comenzó el ataque por la pepitoria de perdices.

Llegaba al cuarto bocado de este esquisito plato, cuando sintió pasos que se deslizaban ligeramente sobre el pavimento; una silla rechinó rodando, y una voz har-to conocida para S. M. pidió con acento brusco.

—Un cubierto,

El rey volvió la cabeza esclamando:

—¡Hola, Chicot!

—El mismo.

Y Chicot, volviendo á sus mañas de costumbre, tomó asiento francamente, cojió un tenedor, y echando limon en la misma fuente de las ostras, comenzó á engullirse las mejores sin añadir una sola palabra.

—¡Tú aquí ya de vuelta! esclamó Enrique.

—¡Chit! contestó Chicot con la boca lle-

na y haciendo una señal con la mano.

Y se aprovechó de esta exclamacion del rey para atraer hácia su plato la pepitoria de perdices.

—¡Alto ahí! Chicot, ¡Ese es mi plato! exclamó Enrique alargando la mano para detener el movimiento usurpador.

Chicot y su principe partieron como hermanos, llevándose cada uno la mitad.

Luego se sirvió una buena dosis de vino; de la pepitoria se pasó á una empanada de atum, del atum á unos cangrejos rellenos, engulléndose al fin, y como en desquite, una gran taza de caldo real. Luego, dando un suspiro de plenitud, exclamó.

—Ya no tengo hambre.

—¡Ya lo creo! Pardiez, amigo Chicot!..

—¡Hola!... Buenos dias, mi rey: ¿cómo te vá? Te encuentro hoy de un semblante un poco alegre.

—No hay tal cosa, Chicot.

—Y admirables colores.

—¡Hem!

—¿Estás en ti?

—¡Diablo!

—Entonces te haré mi cumplimiento.

—Lo cierto es que me encuentro dispuesto como nunca.

—Tanto mejor, rey mio.

—¡Es verdad! Pero tu desayuno no debia concluir en eso: te faltan aun algunas golosinas.

—Aquí hay cerezas confitadas por las señoras de Montmartre.

—Tienen demasiada azúcar.

—Nueces rellenas de vino de Corinto.

—¡Quita allá! ¿Donde han dejado los pepinos en vino?

—Nunca te contentas con nada.

—Es que á fè de hombre de honor, veo que todo se va adulterando, hasta el arte culinario, y que en tu corte se vive cada vez peor.

—¿Se vive mejor en la del rey de Navarra? preguntó Enrique riéndose.

—No diré que no.

—Entonces debe haber habido gran mudanza.

—¡Oh! En cuanto á eso no creo poder decir otro tanto, amado Enrique.

—Háblame un poco de tu expedicion,

que con eso me distraeré algun tanto.

—De buena gana: precisamente no he venido con otro objeto. ¿Por dónde quieres que dé principio?

—Por el principio. ¿Cómo has echo el viaje.

—¡O! Fué un verdadero paseo.

—¿No has tenido alguna incomodidad en el camino?

—Hice un viaje de dama.

—¿Y malos encuentros?

—¡Vaya, vaya! ¿Por ventura se atravesaría nadie á mirar al soslayo á un embajador de S. M. Cristianísima? Tú calumnias á tus súbditos, hijo mio.

—Decia esto, añadió el rey lisonjeado de la tranquilidad que reinaba en sus dominios, porque no llevando el caracter oficial ni siquiera aparente podias correr algun peligro.

—Pues yo te digo, Enrique, que tienes el reino mas encantador de todos los reinos: á los viajeros se les mantiene gratis: se les hospeda por amor de Dios; no caminan sino sobre flores, y las carretas están alfombradas de terciopelo con fran-

jas de oro: parece increíble, pero es así

—En fin, tú estás contento, ¿no es verdad, Chicot?

—Encantado.

—Sí, sí, mi policía está muy bien montada,

—¡Perfectamente! Es preciso hacerte esa justicia.

—¿Y los caminos seguros?

—Como el del cielo: no se encuentran mas que ángeles que pasan cantando las alabanzas del rey.

—Chicot, volvamos á Virgilio.

—¿A qué pasage de Virgilio?

—A las Bucólicas. *¡O fortunatos nimium!*

—¡Ah! muy bien. ¿Y por qué esa escepcion en favor de los labradores, hijo mio?

—¡Válgame Dios! Porque no sucede lo mismo en las ciudades.

—Lo cierto es, Enrique, que las ciudades son unos centros de corrupcion.

—Apelo á tu testimonio: tú andes quinientas leguas sin tropiezo.

—Si por cierto, pero en andas.

—Y yo voy solamente á Vicennes, que son tres cuartos de legua.

—¿Y qué?

—¡Y qué! Que á poco mas me asesinan en el camino.

—¡Bah, bah, bah! exclamó Chicot.

—Yo te lo contaré, amigo mio; estoy tentado á mandar imprimir la relacion circunstanciada de este suceso; sin mis Cuarenta y Cinco, á estas horas estaba tan muerto como mi abuelo.

—¡De veras! ¿Y dónde ha sucedido eso?

—Querrás decir dónde debia suceder.

—Sí.

—En Bel-Esbat.

—¿Cerca del convento de nuestro amigo Gorenflot?

—Justamente.

—¿Y cómo se ha portado nuestro amigo en esa ocasion?

—Admirablemente, Chicot: como de costumbre; yo no sé si por su parte habria oido decir alguna cosa; pero en vez de roncar como hacen á esa hora todos mis frailes holgazanes, estaba de centinela en su balcon, mientras que toda la comunidad guarnecia la carretera.

—¿Y no ha hecho nada mas?

—¿Quién?

—Don Modesto.

—Me ha bendecido con esa magestad que le es característica, Chicot.

—¿Y sus frailes?

—Dieron un viva el rey á grito herido.

—¿Y tú no has advertido ninguna otra cosa?

—¿Qué habia de advertir?

—Que llevasen alguna arma debajo de su coraza.

—Iban perfectamente armados, amigo Chicot. Y hé ahí donde yo reconozco la prevision del digno prior: hé ahí por qué yo he calculado: este hombre lo sabia todo, y sin embargo, este hombre no ha dicho una palabra ni me ha preguntado nada: no ha venido, como Epernon, al dia siguiente á saquearme todos mis bolsillos diciéndome: Señor, por haber salvado al rey.

—¡Oh! En cuanto á eso, era incapaz de hacerlo; además de que sus manos no entrarían en tus bolsillos.

—Chicot, no hay que burlarse con D. Modesto, que es uno de los grandes hombres que honrarán mi reinado; y maste digo, que en la primera ocasion le haré obispo.

—Y harás muy bien

—Observa una cosa, Chicot, dijo el rey tomando su aire pensativo: cuando sale de las filas del pueblo un hombre sobresaliente es completo: nosotros los caballeros adquirimos ciertas virtudes y ciertos vicios de familia ó de raza que nos colocan en la clase de esencialidades históricas. Así, por ejemplo, los Valois son finos y sutiles; valientes pero desidiosos; los Loreneses son ambiciosos y avaros, con ideas de intriga y de movimiento; los Borbones son sensuales y circunspectos, pero sin ideas propias, ni fuerza, ni voluntad; vé mas bien á Enrique; cuando la naturaleza por el contrario forma de primera mano á un hombre nacido de la nada, no emplea mas que su finísimo barro; así ves que tu Gorenflot es completo.

—¿Te parece á ti?

—Sí; sabio, modesto, valiente, astuto, materia apta para cualquier cosa; lo mismo se podía hacer de él un general de ejército, que un ministro ó un papa.

—¡Ta, ta, ta! ¿A dónde vais á parar, señor; si el bravo os oyese, no cabria en

si de hueco, pues por mas que digais, es muy orgulloso el prior. D. Modesto.

—¡Eres envidioso, Chicot!

—¡Yo, señor! ¡Dios me libre! ¡Envidia!... ¡Vaderetro! No hay pasion mas villana.

—¡Oh! yo soy muy justo: la nobleza de sangre no me fascina: *¿stemmata, quid faciunt?*

—¡Muy bien! ¿y eres tu el que decias, rey mio, que por poco te hubieran asesinado?

—Sí.

—¿Y quiénes?

—¿Quiénes habian de ser? Los de la liga.

—¿Y cómo va la liga?

—Siempre lo mismo.

—Lo cual quiere decir cada vez mejor; ¿engorda, engorda, amado Enrique?

—¡Oh! los cuerpos políticos que engordan demasiado siendo jóvenes, no viven mucho; hacen como los niños, Chicot.

--¿Conque tú estás contento, hijo mio?

--Así, así.

—¿Te encuentras en el paraíso?

--Sí, Chicot: esta mañana cuando te he

visto entrar he sentido un esceso de gozo.

--*Habemus cónsulem facetum*, como decía Catón.

--¿Tú traes buenas noticias, no es verdad, hijo mío?

--Ya lo creo.

--¡Y me estás fastidiando con esa calma!

--¿Por dónde quieres que principie, rey mío?

--Ya te lo he dicho: por el principio; pero no haces mas que divagar.

--¿Quieres que empiese desde mi salida?

--No: ya me has dicho que el viaje fué de lo mejor, ¿no es verdad?

--Ya ves que vuelvo como si tal cosa; á lo menos así lo presumo.

--Sí, pero veamos la llegada á Navarra;

--Ya estamos.

--¿Qué hacia Enrique cuando llegaste?

--Hacia el amor.

--¿A quién? ¿A Margarita?

--¡Ah! No.

--Eso me hubiera admirado. ¿Conque continua siendo infiel á su muger, el muy

ladino, infiel á una princesa de Francia? Afortunadamente ella sabe corresponderle, y cuando tú llegaste, ¿cómo se llamaba la rival de Margarita?

—Fosseuse.

—Una de Montmorency. Vamos, no estan mala para ese oso bearnes. Aquí se hablaba de una labradora, de una jardinera, de una aldeana.

—¡Oh! todo eso es muy viejo.

—¿Conque Margarita vive engañada?

—Cuanto puede serlo una muger.

—¿Y está furiosa?

—Rabiosa.

—¿Y trata de vengarse?

—Ya lo creo.

Enrique se frotó las manos con un gozo singular.

—¿Y qué piensa hacer? exclamó riéndose. ¿Vá á revolver el cielo y la tierra, á echar España sobre Navarra, Artois y Flandes sobre España? ¿O vá á llamar á su hermano Enrique contra su marido Henriot, eh?

—Es posible.

—¿Tú la has visto?

—Sí.

—¿Y qué hacia cuando la dejaste?

—¡Oh! eso sí que no lo adivinarás nunca.

—¿Se disponia á tomar otro amante?

—Se disponia á ser partera.

—¡Cómo! ¿Qué significa esa palabra, ó es tal vez una version anti-francesa? ¿Equivoco tenemos, Chicot? ¡Cuidado con los equivococ!

—No por cierto, rey mio. ¡Qué diablo! Sabemos demasiada gramática para hacer equivococ, tenemos demasiada delicadeza para decir despropósitos, y demasiado amor á la exactitud para haber querido expresar otra idea. No, rey mio: bien he dicho, partera.

—¿*Obstritix*?

—*Obstritix*, sí, rey mio; *Juno Lucina*, si te agrada mas.

—¡Señor Chicot!

—¡Oh! mueve tus ojos cuanto quieras; te digo y te repito que tu hermana Margarita estaba disponiéndose para asistir á un parto cuando yo sali de Nerac.

—¿Por su cuenta? exclamó Enrique poniéndose pálido. ¿Margarita tendrá hijos?

—No, no, por cuenta de su marido; tu

bien sabes que los últimos Valois no tienen la virtud prolífica; no son como los Borbones.

—Así; Margarita partea, verbo activo.

—Todo lo mas activo que puede ser.

—¿Y á quién partea?

—A la señorita Fosseuse.

—A fé mia no entiendo una palabra, dijo el rey.

—Ni yo tampoco, dijo Chicot, pero yo no me he comprometido á hacerte comprender; yo solo te ofrecí decirte lo que hay.

—Pero solo á la fuerza puede ella haber consentido en semejante humillacion.

—Ciertamente ha habido lucha; pero desde el momento en que hay lucha hay inferioridad de una parte ó de otra: mira á Hércules con Anteo, mira á Jacob con el ángel; pues bien, todo consiste en que tu hermana ha sido ménos fuerte que Enrique.

—¡Pardiez que me agrada de veras!

—¡Mal hermano!

—¿Y se aborrecerán de muerte?

—Creo que en el fondo no se adoran.

—¿Y en la apariencia?

—Son los mejores amigos del mundo, Enrique.

—Sí; pero el mejor día vendrá algun nuevo amor á indisponerlo completamente.

—¡Pues bien! Ese nuevo amor ya ha venido, Enrique.

—¡Bah! ¡bah!

—Sí, formalmente; ¿pero quieres que te diga el recelo que tengo?

—Sí.

—Pues recelo que ese nuevo amor, en lugar de indisponerlos, los reconcilie.

—¿Conque hay en efecto un nuevo amor?

—Sí, por cierto.

—¿Del bearnés?

—Del bearnés.

—¿Por quién?

—Espera; tú quieres saberlo todo, ¿no es verdad?

—Sí; cuenta, cuenta, Chicot, y cuéntamelo todo.

—Gracias, hijo mio; pues si quieres saberlo todo, es menester que volvamos al principio.

—Vuelve enhorabuena, pero di pronto.

—Tu habias escrito una carta feroz al bearnés.

—¿Y cómo sabes eso?

—¡Toma! porque la he leído.

—¿Y qué te parece?

—Que si no era un paso delicado el mandarla, por lo menos se habia necesitado astucia para escribirla.

—Debia indisponerlos.

—Sí, en el caso en que Enrique y Margarita hubiesen sido cónyuges ordinarios, esposos de buena fe.

--¿Qué quieres decir?

--Quiero decir que el bearnés no es ningún bruto.

--¡Oh!

--Y que ha adivinado.

--¿Qué ha adivinado?

--Que tu querias malquistarle con su muger.

--Eso estaba claro.

--Sí, pero lo que no estaba tan claro era el fin con que querias malquistarlos.

--¡Ay, diablo, el fin!

--¡Sí! ¿Pues no fué á creer ese bearnés condenado que al indisponerle con su

muger no tenias mas objeto que el no pagar á tu hermana la dote que le debes?

--¿Sí, eh?

--Sí, ahí tienes lo que se le ha metido en la cabeza á ese bearnés del diablo.

--Prosigue, Chicot, dijo el rey aturrido: ¿Y qué mas?

--Apenas hubo adivinado esto, se puso como tú estás ahora: triste y melancólico.

--¿Qué mas, Chicot, qué mas?

--Entonces, se distrajo de su distraccion, y casi dejó de amar á Fosseuse.

--¡Bah!

--Como te lo digo; entonces ha cedido á ese otro amor de que te hablaba.

--¿Luego ese hombre es un persa, un pagano, un turco que practica la poligamia? ¿Y qué ha dicho Margarita?

--Esta vez, hijo mio, vas á quedarte admirado; Margarita se alegró infinito.

--De la desgracia de Fosseuse: lo concibo muy bien.

--No por cierto, se ha alegrado por su propia cuenta.

--¡Hola! ¿Conque ha tomado el gusto al oficio de partera?

--¡Ah! esta vez no será partera. ¿?

--¿Pues qué será?

--Será madrina; su marido se lo ha prometido, y aun á estas horas se han repartido ya los dulces.

--Pero no los habrá pagado de su peculio

--¿Lo crees así rey mio?

--Sin duda, porque por mí no tendrá ese peculio. ¿Pero cuál es el nombre de la nueva querida?

--¡Oh! es una persona muy hermosa y muy fuerte, muy capaz de defenderse si la atacan.

--¿Y se ha defendido?

--¡Cáspita, si se ha defendido!

--¿De suerte que Henriot ha sido rechazado con pérdida?

--Al principio.

--¡Ah! ¡ah! ¿Y luego?

--Enrique se obstinó y volvió á la carga.

--¿Y qué sucedió?

--Que la tomó.

--¿Cómo?

--A la fuerza.

--¿A la fuerza?

—Sí, con petardos.

—Con petardos. ¿Y quién es esa bella que es tomada con petardos?

—Es la señorita Cahors.

—¿La señorita Cahors?

—Sí; una joven hermosa y grande, que pasaba por doncella como Perona, la cual tiene un pié sobre el Lot y el otro sobre la montaña, y cuyo tutor es, ó mas bien, era M. de Vesins, uno de tus buenos amigos.

—¡Pardiez! exclamó Enrique furioso. ¡Mi ciudad, mi ciudad ha sido tomada!

—Como no quisiste dársela despues de habérsela prometido, se ha decidido á tomarla. Pero á propósito: aquí tienes una carta que me ha encargado ponga en tu propia mano.

Y sacando Chicot una carta de su bolsillo la entregó al rey.

Enrique la habia escrito despues de la toma de Cahors, y terminaba con estas palabras:

Quod mihi dixisti profuit; multum cognosco meos devotos; nosce tuos; Chicotus cætera expediet.

Lo cual significaba.

"Me ha sido muy útil lo que me digis-
te; conozco bien á mis amigos, conoce á
los tuyos; Chicot te dirá lo demás."



CAPITULO V.

COMO DESPUES DE HABER RECIBIDO ENRIQUE
NOTICIAS DEL MEDIODIA, LAS RECIBIÓ
DEL NORTE.

EL rey, montado en cólera, apenas pudo leer la carta que Chicot acababa de entregarle.

Mientras que descifraba el latin del bearnés con crispaciones de impaciencia que hacian temblar el pavimento, Chicot, delante de un magnifico espejo de Venecia, admiraba su continente y las gracias infinitas que su persona habia tomado desde que vestia el uniforme militar. Y de-

cimos infinitas, porque jamás Chicot habia parecido tan grande; su cabeza, algo calva, estaba cubierta con un yelmo cónico á la manera de esos capacetes alemanes que con tanta curiosidad se cincelaban en Tréveris y en Maguncia, y hallábase á la sazón ocupado en ponerse sobre su casaca, bastante sucia y deteriorada por el sudor y el roce de las armas, una semi-coraza de viaje que se habia quitado para almorzar y colocado sobre una mesa; además, al mismo tiempo que se ponía la coraza, hacia sonar sobre el pavimento unas espuelas, mas capaces de destripar que de picar á un caballo.

--¡Oh! ¡Esto! ¡vendido! exclamó Enrique cuando hubo acabado la lectura; el bearnés tenia un plan, y yo no lo habia sospechado.

--Hijo mio, replicó Chicot, ya sabes el proverbio que dice: libre Dios del agua mansa.

--Anda al diablo con tus proverbios. Chicot se dirigió hacia la puerta.

--No, quédate.

Chicot se paró.

--¡Ha sido tomado Cahors! continuó Enrique.

--Y de buena manera, contestó Chicot.

--¿Luego tiene generales é ingenieros?

--¡Bah! ¡bah! exclamó Chicot, el bearnés es demasiado pobre. ¿Con qué los había de paga? Nada de eso; él lo hace todo por sí mismo.

--Y... se bate, dijo Enrique con cierto desden.

--No me atreveré á decirte que se mete desde luego en la refriega y lleno de entusiasmo, ¡no, pardiez! porque se asemeja mucho á esas gentes que meten la mano en el agua antes de bañarse: se moja las yemas de los dedos en un ligero sudor de mal agüero, se prepara el pecho con algunos *mea culpa* y la frente con algunas reflexiones filosóficas; esto le ocupa los diez primeros minutos que siguen al primer cañonazo; despues de lo cual se echa de cabeza en la accion, y nada en el plo-mo derretido y en el fuego como una salamandra.

--¡Diablo! exclamó Enrique.

--Y te aseguro, Enrique, que hacia calor abajo.

El rey se levantó y se puso á pasear por la sala precipitadamente.

--Esa es una derrota para mí, exclamó terminando en voz alta su pensamiento comenzado en silencio: se reirán de mí, seré la rechilla de todo el mundo. Esos pícaros de gascones son caústicos, y ya los veo reírse, les oigo cantarme coplas horribles acompañadas de sus malditas gaitas. ¡Pero, tate! Por fortuna he tenido la idea de enviar á Francisco ese socorro pedido con tanta urgencia, y Amberes me compensará la pérdida de Cahors; el Norte borrará las faltas del Mediodía.

--Amen, dijo Chicot metiendo delicadamente, para acabar sus postres, las puntas de sus dedos en las cajas de dulces y en las compoteras del rey.

En aquel momento se abrió la puerta y el ugier anunció:

--¡El señor conde Du-Bouchage!

--¡Ah! exclamó Enrique, bien te lo decía, Chicot: ahí tienes la noticia que esperaba. Entrad, conde, entrad.

El ugier se hizo á un lado y se vió aparecer en el umbral de la puerta al joven

que acababa de ser anunciado semejante á un retrato de cuerpo entero hecho por Holbein ó el Ticiano.

Avanzó lentamente y al llegar al medio de la sala bincó una rodilla en el suelo.

—Siempre pálido, le dijo el rey, siempre lúgubre. Ea, amigo mio, toma por un momento tu cara de pascua, y no me digas con tan mal gesto cosas buenas; habla pronto, Du-Bouchage, porque deseo con ansia oír tu relación. ¿Vienes de Flandes, hijo mio?

—Sí, señor.

—Y apresuradamente, según veo.

—Señor, tan pronto como un hombre puede marchar por la tierra.

—Seas bien venido. ¿Qué hay de Amberes?

—Amberes pertenece al príncipe de Orange.

—¿Qué significa eso?

—A Guillermo, si os parece mejor.

—Y mi hermano no marchaba sobre Amberes?

—Sí, señor, pero ahora no marcha sobre Amberes, sino sobre el castillo de Tierry.

--¿Ha abandonado el ejército?

—No existe ya el ejército, señor.

--¡Oh! exclamó el rey dejándose caer en un sillón: ¿y Joyeuse?

—Señor, mi hermano, después de haber hecho prodigios con sus marineros, después de haber sostenido toda la retirada, se unió á los pocos hombres que habían escapado del desastre, y ha formado con ellos una escolta para el duque de Anjou.

—¡Una derrota! murmuró el rey.

Y lanzando una mirada siniestra, añadió:

—¿Conque mi hermano ha perdido á Flandes?

—Absolutamente, señor.

—¿Sin remedio?

—Así lo temo.

La frente del príncipe se despojó gradualmente como á la luz de un pensamiento interior.

—Ese pobre Francisco, dijo sonriendo, es desgraciado en punto á coronas. Se le ha escapado la de Navarra: ha alargado la mano á la de Inglaterra; ha tocado la de

Flandes: ¿cuánto apostamos, Du-Bouchage, á que jamás reinara mi pobre hermano, y que se quedará con las ganas de ser monarca?

—Eso nos sucede siempre que tenemos ganas de alguna cosa, dijo Chicot con tono solemne.

—¿Y cuantos prisioneros? preguntó el rey.

—Dos mil, sobre poco mas ó menos.

—¿Cuántos muertos?

—Igual número por lo menos, entre ellos M. de Saint-Aignan.

—¿Cómo! ¿ha muerto el pobre Saint-Aignan?

—Sí, señor, ahogado.

—¡Ahogado! Pues que, ¿os habeis arrojado al Escalda?

—No por cierto: el Escalda ha sido el que se ha arrojado sobre nosotros.

El conde hizo entonces al rey una relacion exacta de la batalla y de la inundacion.

Enrique la escuchó desde el principio hasta el fin con pausa, silencio y fisonomía que no carecian de magestad.

Luego que terminó la relacion, se levantó, se dirigió á su oratorio, hizo oracion de rodillas, y un momento despues volvió con el rostro enteramente tranquilo.

—Allí, dijo, espero tomar las cosas como rey. Un monarca sostenido por el señor es realmente mas que un hombre. Vamos, conde, imítadme, y puesto que vuestro hermano se ha salvado como el mio, á Dios gracias, decidámonos un poco.

—Estoy á vuestras órdenes, señor.

—¿Qué quieres por premio de tus servicios, Du-Bouchage? Habla.

—Señor, dijo el jóven meneando la cabeza, yo no he hecho ningun servicio.

—Lo dudo: pero en todo caso tu hermano los ha prestado:

—Inmensos, señor.

—¿Dices que ha salvado al ejército, ó mas bien, los restos del ejército?

—Entre los que quedan, no hay un solo hombre que no os diga que debe la vida á mi hermano.

—Bien, Du-Bouchage; mi voluntad es estender mi beneficio sobre vosotros dos,

y en esto no haré mas que imitar al señor omnipotente que os ha protegido de una manera tan visible haciéndoos á los dos iguales, es decir, ricos, valientes y hermosos; ademas; imitaré á esos grandes políticos, tan bien inspirados siempre, los cuales tenian por costumbre recompensar á los mensajeros de malas nuevas.

—Y yo conozco, dijo Chicot, algunos ejemplares de mensajeros ahorcados por haber sido portadores de malas nuevas.

—Es muy posible, dijo magestuosamente Enrique, pero hubo un senado que dió la gracia á Varron.

—¡Hola! ¿me citas republicanos? Valois, Valois, la desgracia te hace humilde.

—Vamos, Du-Bouchage, ¿qué quieres? ¿qué deseas?

—Puesto que V. M. me dispensa el honor de hablarme magestuosamente, me atreveré á usar de su benevolencia; estoy cansado de la vida, señor, y sin embargo, tengo repugnancia á abreviarla porque Dios la defiende; todos los subterfugios que un hombre de honor emplea en semejantes casos son pecados mortales; ir á la guer-

ra con ánimo de que le maten, dejarse morir de hambre, no querer nadar cuando se atraviesa un río, son otras tantas tentativas mal disfrazadas de suicidio, en medio de las cuales vé Dios perfectamente claro, porque bien sabeis señor, que Dios penetra nuestros pensamientos mas secretos; renuncio, pues, á morir antes del término que Dios ha fijado á mi vida; pero me cansa el mundo, y quiero abandonarlo.

—¡Amigo mío! esclamo el rey.

Chicot levantó la cabeza y miró con interés á aquel jóven, tan hermoso, tan valiente y tan rico, y que sin embargo, hablaba en tono de tanta desesperacion.

—Señor, continuó el conde con el acento de la conviccion mas profunda, todo lo que me sucede de algun tiempo á esta parte fortifica en mí este deseo; quiero arrojarme en los brazos de Dios, soberano consolador de los afligidos, como es al mismo tiempo soberano dueño de los venturosos de la tierra; dignaos, pues, señor, facilitarme los medios de entrar pronto en un convento, porque, como dice el poeta,

mi corazon está triste como la muerte.

Chicot, el chocarrero Chicot, interrumpió por un momento la gimnástica incessante de sus brazos y de su fisonomía para escuchar aquel dolor magestuoso que hablaba tan noble y sinceramente por la voz mas dulce y persuasiva que jamás concediera Dios á la juventud y á la hermosura, y concluyó por participar de aquel desaliento y postracion profunda que parecia haber roto cada fibra del cuerpo de Du-Bouchage. El rey tambien sintió oprimido su corazon al oír aquella súplica dolorosa.

— ¡Ah! comprendo, amigo mio, dijo: quieres entrar en un convento, pero conoces que eres hombre y temes las pruebas.

— No temo las austeridades, señor, sino por el tiempo que dejan á la indecision; no, no es para hacer mas tolerables las pruebas que me sean impuestas, pues estoy decidido á no perdonar á mi cuerpo un solo padecimiento fisico y á mi alma una sola privacion moral; sino para quitar al uno ó á la otra todo pretesto de volver

á lo pasado, y finalmente, para hacer brotar de la tierra esa reja que debe separarme para siempre del mundo, y que, segun las reglas eclesiásticas, brota comunemente con lentitud como un vallado de espinas.

—¡Pobre jóven! dijo el rey, que habia seguido el discurso de Du-Bouchage midiendo, por decirlo así, cada una de las palabras, ¡pobre jóven!: creo que hará un buen predicador: ¿no es verdad Chicot?

Chicot no contestó y Du-Bouchage continuó:

—Ya comprendéis, señor, que en el seno de mi misma familia será donde se enpeña la lucha, y que en mis parientes mas próximos hallaré la mas dura oposicion; mi hermano el cardenal, tan bueno al mismo tiempo que es mundano, buscará mil razones para hacerme variar de parecer, y si no logra persuadirme, como no lo logrará, apelará á las imposibilidades materiales, y me alegará á Roma, que establece plazos para cada grado de las órdenes: allí V. M. es omnipotente: allí reconoceré la fuerza del brazo que V. M.

quiera estender sobre mi cabeza. Me habeis preguntado lo que yo deseaba, señor, me habeis prometido satisfacer mi deseo; este se cifra solo en Dios; alcanzadme de Roma la dispensa del noviciado.

El rey, poco antes tan pensativo, se levantó sonriéndose, y tomando al conde por la mano, le dijo:

—Haré lo que me pides, hijo mio; quieres ser de Dios: haces bien, porque Dios es mejor amo que yo.

—¡Vaya un cumplimiento que le haces! dijo Chicot en voz baja.

—En fin, continuó el rey, te ordenarás según desees, querido conde: te lo prometo.

—Y V. M. me colma de alegría, exclamó el joven besando la mano de Enrique con tanto júbilo como si le hubiera hecho duque, par ó mariscal de Francia. ¿Conque es cosa decidida?

—Te doy mi palabra de rey y de caballero, dijo Enrique.

El semblante de Du-Bouchage se animó de repente, brillando en sus labios cierta sonrisa de éstasis; en seguida se reti-

ró, despues de haber saludado al rey respetuosamente.

—¡Ahí tienes un jóven feliz! exclamó Enrique.

—¡Pardiez! exclamó Chicot, me parece que no tienes nada que envidiarle; no es digno de lástima que tú.

—Pero, Chicot, tú te olvidas de que vá á ser fraile, que vá á consagrarse al cielo.

—¿Y quién diablo te impide hacer otro tanto? Si él pide sus dispensas á su hermano el cardenal, yo conozco otro cardenal que te dará todas las dispensas necesarias, y que se halla en mejores relaciones con Roma que tú. ¿No le conoces? Es el cardenal de Guisa.

—¡Chicot!

—Y si te incomoda la tonsura, porque al fin es una operacion delicada la de tonsura, las mas lindas manos del mundo y las tijeras mas bonitas de la cuchilleria, unas tijeras de oro, pardiez te barán ese precioso simbolo, que bará subir al número de tres las coronas que has llevado, y que justificará la divisa: *Manet última cælo*.

—¿Lindas manos dices?

—¿Y qué, te atreverás á hablar mal de las manos de Mme. la duquesa de Montpensier como has hablado de sus espaldas? ¡Qué rey tan particular eres, y cuánta severidad gastas con tus súbditos!

El rey frunció el ceño y se pasó por la frente una mano tan blanca como aquellas de las cuales se hablaba, pero mucho mas trémula seguramente.

—Ea, ea, dijo Chicot, dejemos todo eso, pues veo que la conversacion te enfada, y hablemos de cosas que me interesan personalmente.

El rey hizo un gesto entre indiferente y aprobativo.

Chicot miró á su alrededor, y arrimando su sillón al del rey dijo en voz baja:

—Vamos. re-póndeme, hijo mio, ¿esos señores de Joyeuse han partido para Flandes *de esa manera*?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que son gentes tan particulares cuando se entregan, el uno al placer y el otro á la tristeza, que me parece sorprendente hayan dejado á Paris sin

armar alguna zambra, el uno por mera diversion y el otro para aturdirse en medio de sus pesares.

—Bien, ¿y qué?

—Que como tu eres del número de sus mejores amigos, debes saber cómo se han ido.

—Sin duda que lo sé.

—Pues entonces, dime, ¿has oído decir?....

Chicot se detuvo.

—¿Qué?

—¿Qué hayan atacado á alguna persona notable?

—No he oído nada de eso.

—¿O si han robado alguna muger por medio de fractura y pistoletazos?

—No sé palabra.

—¿O si por ventura han quemado alguna cosa?

—¿Qué habian de quemar?

—¿Qué sé yo? Lo que se quema para distraerse cuando uno es gran señor, la casa de un pobre diablo por ejemplo.

—¿Estas loco, Chicot? ¿Quemar una casa en mi ciudad de París! ¿Se atreveria

nadie á cometer semejante atentado?

—¿Por qué no?

—¡Chicot!...

—En fin ¿no has oído el ruido ni visto el humo de nada de lo que han hecho?

—Pardiez, no.

—Tanto mejor, dijo Chicot respirando con cierta facilidad que no habia experimentado durante todo el interrogatorio que acababa de hacer sufrir á Enrique.

—¿Sabes una cosa, Chicot? dijo Enrique.

—No, no lo sé.

—Que te vas haciendo malo.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—La mansion de la tumba me habia dulzorado, gran rey, pero tu presencia me avinagra. *Omnia letho putrescunt.*

—Es decir, que estoy enmohecido, dijo el rey.

—Un poco, hijo mio, un poco.

—Os haceis insoportable, Chicot, y os atribuyo proyectos de intriga y de ambicion que suponía muy distantes de vuestro carácter.

—¡Proyectos de ambicion á mi! ¡Chicot ambicioso! Enriquillo, hijo mio, antes no eras mas que niño, pero ahora eres loco, lo cual es un progreso.

--Y yo os digo, señor Chicot, que quereis alejar de mi á todos mis servidores, suponiéndoles intenciones que no tienen, crímenes en que no han pensado; digo, en fin, que quereis secuestrarme.

—¡Secuestrarte yo! exclamó Chicot: ¡secuestrarte! ¿Y para qué? Dios me libre de semejante cosa; eres un ente demasiado molesto, *bone Deus*, sin contar lo difícil que eres de alimentar. ¡Oh! no, no en mis dias.

—¡Hum! dijo el rey.

—Vamos, esplicame por qué se te ha ocurrido esa idea diabólica.

—Habeis comenzado por escuchar friamente mis elogios respecto de vuestro antiguo amigo D. Modesto, á quien debeis mucho.

—¿Yo, yo debo mucho á D. Modesto? Bueno, bueno: ¿y qué mas?

—¿Qué mas? Habeis tratado de calumniarme á mis Jouyeuse, que son dos ver-

daderos amigos.

—No digo que no.

—Despues habeis echado vuestra zarpa á los Guisas.

—¡Hola! ¿Ahora los amas? Parece que hoy estás de humor de amar á todo el mundo.

—No, no los amo; pero como en estos momentos permanecen quietos y tranquilos; como en estos momentos no me hacen ningun daño, como no los pierdo de vista un instante, y lo único que observo en ellos es siempre la misma frialdad de mármol, y yo no acostumbro á tener miedo á las estatuas, por amenazadoras que sean, refiérome á aquellas cuya fisonomía y actitud conbzo, porque bien sabes, Chizot, que un fantasma, cuando ha llegado á ser familiar, no es mas que un compañero insoportable, todos esos Guisas, con sus miradas feroces y sus largas espadas, son los súbditos de mi reino que hasta el dia me han hecho menos daño: ¿y sabes con qué los comparo?

—Sí, dimelo, por tu vida, Enriquillo, pues bien sabes que eres muy sutil en las comparaciones.

—Los comparo con esas percas que se sueltan en los estanques para dar caza a los pescados gordos é impedir que engorden demasiado; pero supón por un momento que los pescados gordos no les tengan miedo.

—¿Qué?

—Que las percas no tienen buenos dientes para hincárselos en las escamas.

—¡Oh, Enrique, hijo mío, que sutil eres?

—Al paso que tu bearnés...

—¿Tienes también una comparacion para el bearnés?

—Al paso que tu bearnés maulla como un gato y muerde como un tigre.

—Por vida mía, dijo Chicot, hé ahí á un Valois que acaricia á un Guisa. Vamos, vamos, hijo mío, te hallas en muy buen camino para detenerte. Divórciate desde luego y cástate con Mme. de Montpensier; á lo ménos tendrás una probabilidad con ello. ¿No ha estado enamorada de ti en otro tiempo?

Enrique tomó cierta actitud de engreimiento y vanidad satisfecha.

—Sí, dijo, pero estaba ocupado en otra parte: hé ahí la fuente de todas sus amenazas. Chicot, has puesto el dedo en la llaga; ella abriga contra mí un odio de muger y me halaga de vez en cuando, pero afortunadamente soy hombre y no debo hacer mas que reirme de ella.

Al acabar Enrique de pronunciar estas palabras, el ugiar Nambu gritó desde el umbral de la puerta.

—Un mensajero del señor duque de Guisa para S. M.

—¿Es un correo ó un gentil-hombre? preguntó el rey.

—Es un capitan, señor.

—Que entre y sea bien venido.

Al mismo tiempo entró un capitan de gendarmes con el uniforme de campaña, é hizo el saludo acostumbrado.



CAPITULO VI.

LOS DOS COMPADRES.

L oir Chicot semejante anuncio volvió á sentarse, y siguiendo su loable costumbre, se puso de espaldas á la puerta, mientras que con los ojos medio cerrados se entregaba á una de esas meditaciones interiores que le eran tan habituales, cuando vinieron á sacarle de su estupor las primeras palabras pronunciadas por el mensajero de Guisa.

En consecuencia abrió enteramente los ojos; pero por fortuna ó por desgracia, entretenido el rey con el recién llegado

no advirtió esa manifestacion, que en Chicot solia ser siempre significativa.

El mensajero se hallaba á diez pasos del sillón en que Chicot estaba sumergido, y como el perfil de Chicot apenas pasaba de los adornos del sillón, su ojo perspicaz veia perfectamente todo el cuerpo del mensajero, mientras que este solo podia ver el ojo de Chicot.

—¿Venís de la Lorena? preguntó el rey al mensajero, cuyo continente era muy noble y su rostro marcial en extremo.

—No, señor, sino de Soissons, donde el señor duque, que hace un mes no ha salido de allí, me ha entregado esta carta que tengo el honor de poner á los pies de V. M.

El ojo de Chicot centelleaba y no perdía un solo gesto del recién venido, así como sus oídos no perdían una sola palabra.

El mensajero abrió su colete, cerrado con broches de plata, y sacó de un bolsillo de badana, forrada de seda, que llevaba en el costado izquierdo, no una carta sino dos, pues la una estaba unida á

la otra por la oblea, de suerte que como el capitán no creía sacar mas que una, cayeron ambas sobre la alfombra.

Chicot siguió con la vista esta carta al vuelo, así como el ojo del gato sigue el vuelo del pájaro.

Vió también que á la caída inesperada de esta carta las mejillas del mensajero se cubrieron de un sonrosado carmin, y se vió muy embarazado al tener que recogerla, así como para entregar al rey la primera.

Pero Enrique nada vió: Enrique, modelo de confianza, á lo menos en aquella hora, no atendió á nada. Unicamente abrió una de aquellas dos cartas, la que quisieron darle, y la leyó.

El mensajero, por su parte, viendo al rey absorto en esta lectura, se quedó también absorto contemplando la fisonomía del rey, en la cual buscaba un reflejo de todos los pensamientos que tan interesante lectura debía suscitarle.

—¡Ah, maese Borrromeo! ¡maese Borrromeo! murmuró Chicot siguiendo con la vista hasta los menores movimientos del

servidor leal de M. de Guisa. ¡Ab! tu eres capitan, y no das al rey sino una carta cuando traes dos en el bolsillo; aguarda querido, aguarda.

—¡Está bien, está bien! exclamó el rey leyendo de nuevo la carta del duque de Guisa con visible satisfaccion; capitan, podreis decir á M. de Guisa que estoy sumamente agradecido al ofrecimiento que me hace.

—¿No se digna honrarme V. M. con una respuesta por escrito? preguntó el mensajero.

—No, pienso verle dentro de un mes ó de seis semanas; por consiguiente, le daré yo mismo las gracias: idos.

El capitan hizo un saludo y salió de la habitacion.

—Ahora conocerás, mi buen Chicot, dijo el rey dirigiéndose hácia su compañero, á quien suponía abismado en su sillón, ahora verás que M. de Guisa es ageno á toda clase de maquinaciones. Este valiente duque ha sabido el asunto de Navarra, teme que los hugonotes se envalentonen y levanten la cabeza, pues tiene noticias

de que los alemanes quieren ya enviar refuerzos al rey de Navarra. Pero, ¿qué hace? A ver si lo adivinas.

Chicot no respondió: Enrique se figuró que aguardaba la esplicacion.

—¡Pues bien! continuó, me ofrece el ejército que acaba de levantar en Lorena para estar en observacion de Flandes, y me previene que dentro de seis semanas todo este ejército hasta con su mismo general estará a mi disposicion. ¿Qué te parece de esto, Chicot?

Ni una palabra obtuvo por respuesta.

—En verdad te digo, mi querido Chicot, continuó el rey, que tienes algo de absurdo, mi buen amigo; eres terco como una mula castellana, y cuando tiene uno la desgracia de convencerte de algun error, lo que sucede con harta frecuencia, te pones mohino y enfadado ¿eh?.... Sí, muy mohino, como muy tonto que eres.

Ni un soplo vino á contradecir á Enrique en la opinion que acababa de manifestar de una manera tan franca acerca del carácter de su amigo.

Y este silencio era una cosa que disgustaba á Enrique mucho mas que la misma contradiccion.

—Creo, dijo, que el muy tonto ha tenido el descaro de quedarse dormido. Chicot, tu rey te habla, ¿quieres contestar? añadió encaminándose hacia el sillón.

Pero Chicot no podia contestar, atendiendo á que ya no estaba allí, y Enrique encontró el sillón vacío. Sus ojos recorrieron toda la habitacion. El gazcon tampoco estaba en el cuarto. Su casco habia desaparecido como él y con él.

El rey fué acometido de una especie de estremecimiento supersticioso; pasábale á veces por la mente que Chicot era un espíritu, una encarnacion diabólica, de buena especie, es verdad, pero diabólica al fin.

llamó á Nambu.

Nambu no tenia nada de comun con Enrique. Era, por el contrario, un espíritu fuerte, como lo son por lo general todos los que custodian las antecámaras de los reyes. Creia maliciosamente en las apariciones y desapariciones, él, que tantas ha-

bia visto; pero en las de personas vivientes y no en las de espíritus diabólicos.

Nambu aseguró al rey haber visto salir á Chicot como unos cinco minutos antes de que saliese el enviado de monseñor el duque de Guisa.

Y solo advirtió que salia con la ligereza y con las precauciones de un hombre que no queria que se le viese salir.

—Decididamente, exclamó Enrique [pasando á su oratorio, Chicot se ha amostazado de no tener razon. ¿Qué miserables son los hombres, Dios mio! Y esto sucede generalmente hasta con los de mas talento.

Maese Nambu tenia razon; Chicot, cubierto con su selada y armado de su largatizona, habia atravesado las antesalas sin meter mucho ruido; pero por muchas precauciones que tomase, no habia podido evitar que sonasen las espuelas al bajar las escaleras que conducian desde las habitaciones á la puertecilla del Louvre, ruido que habia llamado la atencion de mucha jente y que habia valido á Chicot innumerables salutaciones, porque nadie ig-

noraba la posicion que ocupaba cerca del rey, y muchos saludaban á Chicot con mas espresion que hubieran saludado al mismo duque de Anjou.

Al llegar Chicot á la puerta se paró como para atarse bien una espuela.

Ya hemos dicho que el capitan (de M. Guisa habia salido como unos cinco minutos despues de Chicot, en el cual no habia fijado su atencion. Habia bajado las escaleras y atravesado los patios orgulloso y encantado á la vez; orgulloso, porque al fin no era soldado de mala traza, y gustaba de hacer ostentacion de sus gracias delante de los suizos y de la guardia de S. M. Cristianisima; encantado, porque el rey le habia recibido de un modo que probaba que no tenia sospecha alguna contra el duque de Guisa.

En el momento en que salia del umbral de la puertecilla del Louvre, y atravesando el puente levadizo, sintió un traqueteo de espuelas que le parecia como el eco de las suyas.

Volvió la cabeza creyendo que el rey habria mandado que le siguieran, y no pu-

do menos de quedar sorprendido al descubrir por la rejilla de su celada el rostro apacible y la fisonomía gasmoña del ciudadano Roberto Briquet.

Nuestro lectores conocerán muy bien que el primer movimiento de estos dos hombres no debia ser precisamente muy simpático.

Borromeo abrió una boca de medio pié caudrado, como dice Rabelais, y suponiendo que el que le seguia deseaba hablar con él, suspendió su marcha, de suerte que Chicot le alcanzó en dos zancadas.

Sabido es lo que alcanza las zancas de Chicot.

—¡Cáspita! dijo Borromeo.

—¡Diantre! exclamó Chicot.

—¡Mi buen ciudadano!

—¡Reverendo padre!

—¡Con esa selada!

—¡Con ese colete!

—¡Maravillome mucho de veros!

—¡Es una gran satisfaccion para mí el alcanzaros!

Y ambos se miraron por espacio de algunos segundos con el aspecto hostil de

dos gallos que se disponen á la pelea, y que para intimidarse el uno al otro se levanta sobre sus espolones.

Borromeo fué el que primero pasó de lo grave á lo dulce.

Los músculos de su rostro perdieron su tencion, y con cierto aire de marcial tranquilidad y de amable urbanidad exclamó:

—¡Vive Dios, maese Roberto, que sois un compadre astuto!

—¡Yo, reverendo! respondió Chicot. ¿Y por qué motivo me decís semejante cosa?

—Por la jornada del convento de los dominicos, donde me habeis hecho creer que no érais mas que un simple ciudadano. Y á la verdad, es necesario que seais diez veces mas valiente y mas travieso que un procurador y un capitan, todo en una pieza.

Chicot conoció que el cumplimiento era de los labios y no de corazon.

—¡Ah, ah! respondió con buena fé. ¿Y qué deberemos decir de vos, señor Borromeo?

—¿De mí?

—Sí de vos.

—¿Y por qué?

—Por haberme hecho creer que no erais mas que un fraile. Se necesita quo seais diez veces mas redomado que el mismo papa, ciudadano, compadre, que yo no os desprecio al deciros esto, porque debeis convenir en que hoy el papa es el mas terrible promovedor de tramas.

—¿Sabeis lo que decís? preguntó Borromea.

—¡Diantre! ¿Por ventura miento yo alguna vez?

—Enhorabuena: tocad la mano, dijo presentándosela Chicot.

—¡Ah! vos me babeis llevado mal al convento, hermano capitan, dijo Chicot.

—Os tomé por un simple paisano, y ya sabeis el cuidado que nos dan los paisanos á nosotros, jentes de armas tomar.

—Es cierto, dijo Chicot riéndose, lo mismo que á los frailes; y sin embargo, me habeis cogido en la trampa.

—¿En la trampa?

—Sí por cierto, pues con ese disfraz me tendiais un lazo. Un capitan valiente como vos no cambia sin razones muy poderosa su coraza por un sayal.

—Con un hombre que ciñe espada yo no debo tener secretos. Os lo confieso: tengo ciertos intereses particulares en el convento de los dominicos; ¿pero y vos?

—Yo tambien, dijo Chicot, pero silencio.

—Hablemos de esas cosas. ¿Consentis en ello?

—No deseo otra cosa.

—¿Sois aficionado al buen vino?

—Sí, con tal que sea bueno.

—Pues bien, yo sé de una famosa taberna que no tiene rival en Paris,

—Tambien yo conozco otra, dijo Chicot. ¿Y cómo se llama la vuestra?

—*El Cuerno de la Abundancia.*

—¡Ah! ¡ah! exclamó Chicot estremeciéndose.

—¿Qué es eso, compadre?

—Nada.

—¿Teneis algo que decir contra mi taberna?

—No por cierto, todo lo contrario.

—¿Y la conoceis?

—Tampoco, y eso es lo que me admira.

—¿Quereis seguirme á ella?

—¿Por qué no? Ahora mismo, y con mucho gusto.

—Vamos, pues.

—Hacia la puerta de Bourdelle. El patron es un antiguo conocido que sabe apreciar perfectamente la diferencia que hay entre el paladar de un hombre como vos y el gazarate de un cualquiera.

—Es decir, que allí podremos hablar á nuestra satisfaccion.

—Y en la bodega si nos parece mejor.

—¿Sin que nadie nos incomode?

—Cerrarémos la puerta por dentro.

—Vamos, dijo, Chicot: ya veo que sois hombre de grandes recursos, y tan bien quisto en tabernas como en conventos.

—¿Os figurais que tengo relaciones con el tabernero?

—Creo que si.

—Pues lo que es ahora os equivocai de medio á medio. Bonhomet me vende su vino cuando se lo pide, y yo lo pago cuando quiero. Hé aqui todo el misterio.

—¡Bonhomet!.. dijo Chicot. ¡Pardiez! ese es un nombre que promete.

—Y que sabe cumplir. Venid, compadre, venid y nos alegraremos.

—¡Oh! ¡oh! dijo Chicot en vos baja siguiendo al fingido fraile; ahora es cuando necesitas recurrir á tus mejores muecas y contorciones, amigo Chicot, porque si Bonhommet te reconoce antes de que sea preciso, pobre de ti, necio entre todos los necios.



CAPITULO VII.

EL CUERNO DE LA ABUNDANCIA.

EL camino que Borromeo hacia seguir á Chicot, sin sospechar que Chicot lo conocia tanto como él, recordaba á nuestro gascon los mas felices tiempos de su juventud.

En efecto, ¿cuántas veces, con la cabeza vacia, las piernas ligeras y los brazos sueltos, aprovechando el tibio sol de inviernos ó la fresca sombra del estio, habia ido Chicot á la celebrada taberna del *Cuerno de la Abundancia*?

Entonces unas cuantas monedas de oro y una de plata sonando en su bolsillo le hacian mas dichoso que un rey, y se dejaba llevar del dulce placer de la holgazanería tanto como era de esperar de quien no tenia patrona en su alojamiento, ni hijo hambriento que lo esperara á la puerta, ni padres regañones que lo acecharan por detras de la ventana.

Entonces Chicot se sentaba con la mayor indiferencia del mundo en el banco de pino ó en el taburete de la taberna aguardando á Gorenflot, si ya no es que le encontraba puntual á los primeros vapores de la cena preparada.

Animábase visible mente Gorenflot, y Chicot, siempre inteligente, y anatómico estudiaba cada uno de los grados de su borrachera, examinando aquella curiosa naturaleza al través del vapor sutil de una emocion razonable, y bajo la influencia del buen vino, del calor y de la libertad, remontábase la juventud espléndida, y victoriosa consoladara al cerebro.

Al pasar Chicot por el callejon Bussy se levantó sobre las puntas de los pies pa-

ra distinguir la casa que habia recomendado á la vigilancia de Remigio, pero la calle era muy desnivelada, y el detenerse le pareció una demostracion impolitica: siguió, pues, al capitan Borrromeo, y este sacrificio le costó un suspiro.

No pasó mucho tiempo sin presentarse á su vista la gran calle de Santiago, en seguida el claustro de San Benito, y casi en frente la hostería del *Cuerno de la Abundancia*, algo vieja ya y deteriorada; pero sombreada siempre en la parte exterior por los plátanos y castaños, y amueblada en lo interior con sus vasijas de estaño relucientes y sus cacerolas brillantes, que son las ficciones del oro y de la plata para los gastrónomos y bebedores, pero que llenan de verdadero oro y de verdadera plata los bolsillos del tabernero por razones simpáticas de que es preciso pedir cuenta á la naturaleza.

Despues que Chicot dirigió su mirada escudriñadora desde el umbral de la puerta, tanto á la parte exterior como á la interior, se encogió todo lo que pudo, perdiendo lo menos seis pulgadas de estatura,

la cual habia disminuido ya en presenca del capitan, y añadió un gesto de satiro muy diferente del aire franco y jovial de su fisonomia, y se preparó á arrostrar la presencia de su antiguo huesped, maese Bonhomet.

Además, Borromeo pasó el primero para enseñarle el camino, y maese Bonhomet, al ver aquellos dos cascós, no se cuidó de averiguar quien era el que marchaba delante.

Si la fachada del *Cuerno de la Abundancia* estaba bastante deteriorada, la del digno tabernero por su parte habia sufrido tambien las injurias del tiempo.

Además de las arrugas, que en el rostro humano corresponden á las grietas que el tiempo abre en la fachada de los edificios, maese Bonhomet habia adquirido ciertos modales de hombre rico, que para otros cualesquiera, que no fueran soldados, le hacian de difícil acceso, y los cuales encogian, por decirlo así, su rostro; pero Bonhomet respetaba siempre la espada: este era su flaco, y habia contraído esta costumbre por vivir en un bar-

rio tan distante de toda vigilancia municipal bajo la influencia de los pacíficos benedictinos.

En efecto, si por desgracia se promovía una disputa en aquella gloriosa taberna, antes de que pudieran acudir los suizos ó los alguaciles habia tiempo sobrado para desenvainar las espadas y hacer crihas muchos coletos; este percance habia acontecido ya siete ú ocho veces á Bonhommet y le habia costado cien libras cada vez; por lo tanto respetaba la espada, segun el adagio «el miedo guarda la viña.»

En cuanto á los demás clientes del *Cuerno de la Abundancia*, estudiantes, frailes y mercaderes, Bonhommet se las arreglaba solo á las mil maravillas, pues habia adquirido cierta celebridad rompiendo unas cuantas botellas en las cabezas de los pagadores recalcitrantes y desleales, bazaña que ponía siempre de su parte á algunos abonados que habia escogido entre los manebos mas fuertes y vigorosos de las tiendas inmediatas.

Por lo demás, sabia tan bien y era tan puro el vino que cada uno tenia derecho

á ir á buscar por sí mismo á la bodega; era tan conocida su longanimidad respecto á ciertos parroquinos acreditados en su mostrador, que nadie murmuraba de su mal humor ó de sus rarezas.

Algunos parroquianos antiguos atribuían este mal humor á un fondo de pesar que maese Bonhomet habria tenido en su matrimonio.

Tales fueron, á lo menos, las esplicaciones que Borromeo creyó deber dar á Chicot sobre el carácter del huésped cuya hospitalidad iban á disfrutar juntos.

Esta misantropía de Bonhomet habia tenido mal resultado para el ornato y menaje de la hospedería. En efecto, considerándose el tabernero muy superior á sus parroquianos, no puso el menor cuidado en embellecer su taberna, resultando de aquí que Chicot, al entrar en la sala común, lo reconoció todo al primer golpe de vista; nada habia cambiado, á no ser el color fuliginoso del techo, que de pardo habia pasado á negro.

En aquellos tiempos venturosos aun no habian adquirido las posadas el horrible

olor acre é incómodo del tabaco quemado con que hoy se impregnan las ensambladuras y tapices de las salas, olor que absorbe y exhala todo lo que es poroso y esponjoso. Así es que, á pesar de su grasa venerable y de su tristeza aparente, la sala del *Cuerno de la Abundancia* no contrariaba con exhalaciones exóticas los miasmas vinosos profundamente impregnados en cada átomo del establecimiento, de suerte que, sea permitido decirlo, un verdadero bebedor hallaba placer en aquel templo del Dios Baco, por que allí respiraba el aroma y el incienso mas grato á la divinidad.

Chicot pasó, como hemos dicho, detrás de Borrromeo, y no fué visto, ó mas bien, conocido por el huesped del *Cuerno de la Abundancia*; en seguida se dirigió al ángulo mas oscuro de la sala comun, y ya iba á instalarse en ella, cuando deteniéndole Borrromeo, le dijo.

—Os advierto, amigo mio, que detrás del tabique hay un pequeño reducto, donde dos hombres pueden hablar cómodamente lo que quieran despues de beber,

y aun mientras beben.

— Pues vamos á él, dijo Chicot.

Borromeo hizo una seña á nuestro huésped, la cual queria decir:

— Compadre, ¿está libre el gabinete?

Bonhomet respondió con otra seña que queria decir.

— Lo está.

— Venid, dijo Borromeo y condujo á Chicot, que fingió tropezar en todos los ángulos del corredor, á aquel estrecho reducto que ya conocen los que han querido perder su tiempo en leer la *Dama de Monsoreau*.

— Esperadme aqui, dijo Borromeo, mientras voy á usar de un privilegio concedido á los parroquianos constantes del establecimiento, y del cual vos tambien participareis cuando seais mas conocido.

— ¿Qué privilegio? preguntó Chicot.

— El de ir yo mismo á la bodega á escoger el vino que vamos á beber.

— Que me place el privilegio, dijo Chicot. Id, aqui os espero.

Salió Borromeo, y Chicot le siguió con la vista: luego que aquel cerró la puer-

ta, se dirigió á la pared y quitó de ella una imágen del asesinato de Credit, muerto por los malos pagadores, la cual estaba en un cuadro de madera negra, y guardaba simetria con otro que representaba á una docena de pobres pelones tirando al diablo por la cola.

Detrás de aquella imágen habia un agujero, desde donde se podia ver la sala sin ser visto, agujero muy conocido de Chicot, como obra de sus manos.

—¡Ah! ¡ah! dijo, me traes á una taberna de que eres parroquiano; me metes en un callejon donde crees que no podré ser visto y desde donde piensas que no podré ver, y en este callejon hay un agujero, gracias al cual no harás un gesto que yo no vea. Vamos, vamos, mi capitan, poco astuto y previsor eres.

Y al pronunciar Chicot estas palabras con el aire de desprecio que le era habitual, aplicó el ojo al tabique artisticamente perforado.

Por este agujero vió á Borromeo apoyando primero prudentemente su dedo sobre los lábios, y hablando despues con

Bonhomet, que daba asentimiento á lo que le decia con graves inclinaciones de cabeza.

Por el movimiento de los lábios del capitán adivinó Chicot, muy esperto en semejantes materias, que la frase pronunciada queria decir:

—Servidnos en ese reducto, y no penetreis en él, cualquiera que sea el ruido que oigais.

Despues de lo cual tomó Borromeo una lamparilla que ardia constantemente encima de un arcon, levantó la trampa; y bajó él mismo á la bodega, usando el privilegio mas precioso concedido á los parroquianos del establecimiento.

En el acto Chicot dió un golpe en el tabique de una manera particular.

Al oir Bonhomet aquel modo de llamar, que debia despertar algun recuerdo profundamente arraigado en su corazon, se estremeció, miró al aire, y escucho.

Chicot volvió á llamar, y de un modo que probaba su estrañeza de no haber sido obedecido al primer llamamiento.

Bonhomet se dirigió entonces presuro-

so al reducto, y halló á Chicot de pié y con rostro amenazador.

Al verlo Bonhomet lanzó un grito, pues suponía á Chicot muerto, como todo el mundo, y creía hallarse enfrente de su espectro.

—¿Qué significa esto? dijo Chicot. ¿Desde cuando acostumbrais á hombres de mi temple á llamar dos veces?

—¡Oh! señor Chicot, dijo Bonhomet, ¿sois vos, ó solamente vuestra sombra?

—Sea yo ó mi sombra, desde el momento que me conocéis, creo que debéis obedecerme con los ojos vendados.

—¡Oh! ciertamente, señor: mandad lo que os guste.

—Cualquiera que sea el ruido que oigais en este gabinete, maese Bonhomet, y pase lo que quiera, espero que aguardareis á que os llame para venir.

—Lo cual me será tanto mas fácil, señor Chicot, cuanto que la recomendación que me hacéis es exactamente la misma que acaba de hacerme vuestro compañero.

—Si, pero no es él quien llamará, ¿lo entendéis, señor Bonhomet? sino yo, y si

llama, será lo mismo que si no llamára.

—Convenido, señor Chicot.

—Bien, y ahora alejad á todos vuestros clientes bajo cualquier pretesto, y que dentro de diez minutos estemos tan libres y solos en vuestra casa, como si hubiésemos venido para practicar en ella el ayuno de viernes santo.

—Dentro de diez minutos, señor Chicot, no habrá un gato en toda la casa, á escepcion de vuestro humilde servidor.

—Idos, Bonhomet: habeis conservado toda mi estimacion, dijo Chicot magestuosamente.

—¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio! dijo Bonhomet retirándose, ¿qué vá á pasar en mi pobre casa?

Y al retirarse encontró á Borromeo que subia de la bodega con unas botellas, y el cual le dijo:

—Lo has oido: dentro de diez minutos ni un alma en el establecimiento.

Bonhomet hizo con su cabeza, tan desdenosa habitualmente, una señal de obediencia, y se dirigió á su cocina á fin de meditar los medios de obedecer al doble

mandato de sus dos temibles clientes.

Al entrar Borromeo en el reducto halló á Chicot que le esperaba con la sonrisa en los labios.

Ignoramos cuales fueron los medios que discurrió Bonhomet para salir de su compromiso; pero es el resultado que á los dos minutos el último escolar atravesaba el umbral de la puerta dando el brazo al último mercader, y diciendo:

—¡Diablo! el tiempo está hoy borrasco-
so en casa de maese Bonhomet; pongá-
monos á buen recaudo si queremos evitar
la granizada.



CAPITULO VIII.

LO QUE PASÓ EN EL REDUCTO DE MAESE

BONHOMET.

CUANDO el capitan entró en el reducto con un canasto de doce botellas en la mano, Chicot le recibió con aire tan franco y risueño, que estuvo tentado Borromeo por creer tonto á Chicot.

Borromeo tenia mucha prisa de destapar las botellas que habia ido á buscar á la bodega; pero nada era en comparacion de la que Chicot tenia, y por lo tanto no fueron largos los preparativos. A fuer de bebedores experimentados, ambos com-

pañeros pidieron cosas saladas, con el loable objeto de no dejar apagar la sed. Bonhommet les presentó inmediatamente el plato que habian pedido, y uno y otro le dirigieron una mirada.

Bonhommet contestó á cada uno de ellos; pero si alguno hubiese podido juzgar aquellas dos miradas, habria hallado notable diferencia entre la destinada á Borromeo y la que iba dirigida á Chicot.

Bonhommet salió, y los dos compañeros empezaron á beber.

Antes de todas cosas, como la ocupacion era demasiado importante para que nada debiera interrumpirla, ambos bebedores se humedecieron bien las fauces con sendos vasos de vino sin hablarse una sola palabra, pues el único que lo habia hecho fué Chicot, y eso solo para decir:

—¡Pardiez! ¡qué buen Borgoña!... ¡Por mi ánima! ¡excelente jamon!

Habia despachado dos botellas, es decir, una botella por frase.

—¡Cáspita, decia para sí Borromeo, no lo hace mal! me alegro, así tendré una probabilidad mas de hacer mi negocio.

A la tercera botella levantó Chicot los ojos al cielo y dijo:

—En verdad que bebemos como si tratáramos de emborracharnos.

—¡Bueno! ¡Este salchichon está tan salado! dijo.

—¡Ah!

—Bien vá, dijo Chicot, continuemos, amigo: yo tengo la cabeza firme.

Y cada uno de ellos desocupó su botella, produciendo el vino en los dos compañeros un efecto enteramente opuesto, pues al mismo tiempo que desataba la lengua de Chicot, ataba la de Borromeo.

—¡Hola! murmuro Chicot, amigo mio, señal que dudas de tí.

—¡Hola! dijo para sí Borromeo, ¿hablas? Señal que te emborrachas.

—¿Cuántas botellas necesitais, compadre?

—¿Para qué? preguntó Chicot.

—Para estar alegre.

—Cuatro, segun mi cuenta.

—¿Y para achisparos?

—¿Y para emborracharos completamente?

—Doblemos la cantidad.

—Gascon al fin, dijo para sí Borromeo; ballucea, y aun está en la cuarta botella. Entonces tenemos bastante, añadió levantando la voz y sacando del cesto una botella para él y otra para Chicot, es decir, la quinta botella; pero Chicot advirtió que de las cinco botellas colocadas en filas á la derecha de Borromeo, unas estaban á la mitad, y otras á la tercera parte, y ninguna estaba vacia, todo lo cual le confirmó en el pensamiento que desde un principio le habia acometido, á saber; que el capitán tenia respecto de él muy malas intenciones.

Al levantarse para recibir la quinta botella que le presentaba Borromeo, oscilaron sus piernas y dijo:

—¿No habeis sentido?

—¿Qué?

—Un temblor de tierra.

—¡Bah!

—¡Sí, voto á cribas! por fortuna la hostería del *Cuerno de la Abundancia* es sólida, á pesar de estar construida sobre un eje.

—¿Está edificada sobre un eje? preguntó Borrromeo.

—Sin duda, puesto que dá vueltas.

—Es verdad, dijo Borrromeo apurando su vaso: yo sentia el efecto, pero no adivinaba la causa.

—Porque no sois latino, dijo Chicot, porque no habeis leído el tratado *de natura rerum*; si lo hubiéseis leído, sabriais que no hay efecto sin causa.

—Pues bien, mi querido camarada, dijo Borrromeo, porque al fin sois capitan como yo, ¿no es verdad?

—Capitan desde la planta de los pies hasta la punta de los cabellos, respondió Chicot.

—Pues bien, mi querido capitan, replicó Borrromeo, puesto que, segun asegurais, no hay efecto sin causa, decidme cual era la causa de vuestro disfraz.

—¿De qué disfraz?

—Del que llevábais cuando fuisteis á casa de D. Modesto.

—¿De qué estaba disfrazado?

—De paisano.

—¡Ah! es verdad.

—Decidme eso, y comenzareis mi educacion de filósofo.

—Con mucho gusto; pero en cambio me direis por qué estabais disfrazado de fraile; pagadme una confianza con otra.

—Que me place, dijo Borromeo.

—Tocad estos cinco, dijo Chicot, y alargó su mano al capitán.

Este dejó caer á plomo su mano sobre la de Chicot.

—Ahora yo, dijo Chicot, y apretó la de Borromeo.

—¡Bien! dijo Borromeo.

—¿Conque quereis saber por qué estaba yo disfrazado de paisano? preguntó Chicot con lengua que cada vez se hacia mas estropajosa.

—Si, me interesa.

—¿Y despues me lo contareis todo?

—Os doy mi palabra de honor.

—¿A fè de capitán, no es verdad? Por otra parte, ¿no es cosa ya convenida?

—Es cierto, lo habia olvidado. Pues bien, el motivo de mi disfraz es la cosa mas sencilla del mundo.

—En ese caso hablad.

—En dos palabras os pondré al corriente.

—Ya escucho.

—Espíaba por el rey.

—¿Cómo! ¿espiábais?

—Sí.

—¿Conque sois espia por oficio?

—No, por afición solamente.

—¿Que espiabais en casa de D. Modesto?

—Todo. En primer lugar á D. Modesto, despues al hermano Borrromeo, luego á Santiaguillo, y por último, á todo el convento.

—¿Y qué habeis descubierto, mi digno amigo?

—Desde luego he descubierto que D. Modesto es un gran bestia.

—No se necesita ser muy hábil para eso.

—Poco á poco, señor Borrromeo, que S. M. Enrique III no es un necio, y lo considera como la lumbrera de la iglesia, y aun piensa hacerle obispo.

—Sea: nada tengo que decir contra esa promocion; al contrario, me reiré mucho ese dia. ¿Y qué mas habeis descubierto?

—He descubierto que cierto hermano Borromeo no era fraile, sino capitán.

—¿De veras habeis descubierto eso?

—Desde el primer golpe de vista.

—¿Y despues?

—He descubierto que Santiaguillo se ejercitaba en tirar al florete, mientras pudiera hacerlo con espada, y que daba estocadas á un muñeco mientras llegaba la ocasion de poder hacerlo con un hombre.

—¡Ah! ¿has descubierto eso? dijo Borromeo frunciendo el ceño. ¿Y que mas has descubierto?

—¡Oh! dame de beber porque sino de nada me acordaré.

—Observarás que estás en la sesta hostella, dijo Borromeo riéndose.

—Asi es que empiezo á achisparme, dijo Chicot, no lo niego. ¿Hemos venido aqui para filosofar?

—No, hemos venido para beber.

—Pues entonces, bebamos.

Y Chicot llenó su vaso.

—Tienes razon, contestó Borromeo, y enseguida añadió: ¿te acuerdas Chicot?

—¿De que?

—De lo que has visto en el convento.

—¡Diablo! Si me acuerdo.

—¿Y que has visto?

—He visto que los frailes, en vez de ser tales, eran soldados, y en vez de obedecer á D. Modesto te obedecian á ti. He ahí lo que he visto.

—En efecto; pero no es eso todo lo que has visto.

—No; pero bebamos, bebamos, sino voy á perder la memoria.

Y como la botella de Chicot estaba vacía, presentó su vaso á Borromeo, que le echó vino de la suya.

—¡Que tal! Parece que nos acordamos de todo.

—¡Vaya si nos acordamos!

—¿Y qué mas has visto?

—He visto que habia una conjuracion.

—¡Una conjuracion! dijo Borromeo poniéndose pálido.

—Una conjuracion, si, respondió Chicot.

—¿Contra quién?

—Contra el rev.

—¿Con qué objeto?

—Con el de apoderarse de su persona.

—¿Y cuando?

—Cuando volviera de Vicennes.

—¡Mal rayo!

—¿Qué es eso?

—Nada. ¿Conque habeis visto eso?

—Si.

—¿Y habeis avisado al rey?

—Es claro; como que habia ido para eso.

—¿Entonces vos teneis la culpa de que se haya frustrado el golpe?

—Yo mismo; dijo Chicot.

—¡Los diablos te lleven! dijo Borromeo entre dientes.

—¿Qué dices? preguntó Chicot.

—Digo que teneis muy buenos ojos, amigo.

—¡Bah! respondió Chicot balbuceando; he visto otras muchas cosas. Dadme una de vuestras botellas, y os admirareis cuando os diga lo que he visto.

Borromeo se apresuró á satisfacer el deseo de Chicot.

—Veamos, dijo, decidme eso que me ha de asombrar.

—En primer lugar, dijo Chicot, he visto á M. de Mayenne herido.

—¡Bah!

—Despues he visto la toma de Cahors.

—¿La toma de Cahors? ¿Conque venis de Cahors?

—¡Ciertamente! ¡Ah! capitan, era cosa digna de verse, y un valiente como vos hubiera gozado con un semejante espectáculo.

—No lo dudo. ¿Segun eso estabais cerca del rey de Navarra?

—A su mismo lado, querido amigo, como estamos aqui.

—¿Y os separasteis de él?

—Para llevar esta nueva al rey de Francia.

—¿Y venis del Louvre?

—Llegué un cuarto de hora antes que vos.

—Entonces, como no nos hemos separado desde aquel momento, no os pregunto lo que habeis visto despues de nuestro encuentro en el Louvre.

—Al contrario, preguntad, preguntad, pues os aseguro que eso es lo mas curioso.

—Pues bien, hablad.

—Hablad, hablad, cuerpo de Baco. Es muy fácil decir: ¡hablad!

—Haced un esfuerzo.

—Venga otro vaso de vino para desatarme la lengua... lleno, así. He visto: camarada, que al sacar de tu bolsillo la carta de S. A. el duque de Guisa, dejaste caer otra.

—¿Otra? exclamó Borromeo botando sobre su asiento.

—Sí, dijo Chicot, y la tienes ahí.

Y después de haber oscilado su mano á uno y otro lado, apoyó un dedo sobre al colete de ante de Borromeo en el sitio mismo donde estaba la carta.

Borromeo tembló como si el dedo de Chicot hubiese sido un hierro encendido, y como si este hierro hubiese tocado su pecho en vez de tocar su colete.

—¡Oh, oh! dijo: ya no falta mas que una cosa.

—¿A qué?

—A todo lo que habeis visto.

—¿Cual?

—Que adivineis á quien esta dirigida esa carta.

—Poco tiene que adivinar eso, dijo Chicot dejando caer sus dos brazos sobre la mesa; está dirigida á la duquesa de Montpensier?

—¡Diablo! exclamó Borromeo; espero que nada de eso habreis dicho al rey.

—Ni una palabra, pero se lo diré.

—¿Cuándo?

—Cuando haya echado un sueño, contestó Chicot dejando caer la cabeza sobre sus brazos, como habia dejado caer los brazos sobre la mesa.

—¿Conque sabéis que tengo una carta para la duquesa? preguntó el capitán con voz ahogada.

—Lo sé, lo sé perfectamente, dijo Chicot.

—Y si pudieran sosteneros vuestras piernas, ¿iriais al Louvre?

—Iria al Louvre.

—¿Y me denunciariais?

—Os denunciaria.

—¿De modo que no os chantageais?

—¿Cómo?

—Que en cuanto echéis ese sueño...

—¿Qué?

—El rey lo sabrá todo.

—Pero, mi querido amigo, replicó Chicot levantando su cabeza y mirando á Borrromeo con aire lánguido, haceos cargo de una cosa: que vos sois conspirador y yo soy espía; si estais metido en una conjuración, os denuncio, y en esto no hacemos mas que cumplir cada uno con los deberes de su oficio. Ea, buenas noches.

Y diciendo estas palabras, no solo volvió á tomar su posición primitiva, sino que se acomodó en su asiento y sobre la mesa, de modo que, sepultada su cara entre las manos, y cubierta la parte posterior de la cabeza con su casco, no presentaba de superficie mas que la espalda, que, despojada de su coraza, la cual estaba sobre una silla, habia podido arquearse cómodamente.

—¡Hola! dijo Borrromeo fijando en su compañero sus ojos centellantes, ¿conque quieres delatarme?

—Tan luego como despierte, amigo mio, contestó Chicot.

—Pero falta saber si despertarás, exclamó Borrromeo descargando al mismo tiem-

po una furiosa puñalada sobre la espalda de su compañero de crápula, y creyendo atravesarle de parte á parte y clavarle en la mesa; pero Borromeo no habia contado con la cota de malla que tomó Chicot del gabinete de armas de D. Modesto.

La daga se rompió como vidrio contra aquella famosa cota á que por segunda vez debia Chicot la vida.

Además, antes de que el asesino hubiese vuelto de su estupor, el brazo derecho de Chicot, estirándose como un resorte, describió medio círculo, y vino á descargar un puñetazo, que pesaba lo ménos quinientas libras, sobre el rostro de Borromeo, el cual, ensangrentado y magullado, fué á caer contra la pared.

En un segundo se puso de pié Borromeo, y en otro segundo se le vió con la espada en la mano; pero estos dos segundos habian bastado á Chicot para levantarse y desenvainar la suya.

Todos los vapores del vino se habian disipado como por encanto; Chicot, con la pierna izquierda echada hácia adelante, la vista fija y el puño firme, se preparaba

á recibir á su enemigo.

La mesa, como un campo de batalla, sobre el cual estaban acostadas las botellas vacías, se interponía entre los dos adversarios, sirviendo de trinchera á cada uno de ellos; pero la vista de la sangre que caía de su nariz á la cara y de su cara al suelo, puso fuera de sí á Borromeo, que, perdiendo toda prudencia, se lanzó contra su enemigo, aproximándose á él todo lo que la mesa le permitía.

—¡Qué bruto eres! dijo Chicot: ya ves como eres tú el que estás borracho, pues de un lado á otro de la mesa no puedes alcanzarme, en tanto que mi brazo es seis pulgadas mas largo que el tuyo y mi espada tiene seis pulgadas mas larga que la tuya. Aquí tienes la prueba.

Y sin moverse siquiera alargó Chicot el brazo con la rapidéz del relámpago, y picó á Borromeo en medio de la frente.

Borromeo lanzó un grito mas de cólera que de dolor, y como al fin era de un valor extraordinario, redobló su encarnecimiento en el ataque.

Chicot, siempre del lado opuesto de la

mesa, tomó una silla y se sentó tranquilamente.

—¡Dios mio, que estúpidos son estos soldados! dijo encogiéndose de hombros. Creen que saben manejar una espada, y cualquier paisano puede, si quiere, matarlos como moscas. ¡Bravo! de esta hecha me vá á dejar tuerto. ¡Hola! ¿te subes sobre la mesa? ¡Bueno! No faltaba mas que eso; pero te advierto, asno enjalmado, que son terribles las estocadas de abajo á arriba, y si yo quisiera, te ensartaria como una cogujada.

Y le picó en la barriga como le habia picado en la frente.

Borromeo ruió de furor y saltó abajo de la mesa.

—Eahorabuena, dijo Chicot: ya estamos á pié llano y podemos hablar mientras nos tiremos estocadas. ¡Ah! Capitan, capitan, así asesinamos algunas veces en nuestros momentos perdidos entre dos conjuraciones.

—Yo hago por mi causa lo que vos haceis por la vuestra, dijo Borromeo, asustado á pesar, suyo del fuego sombrío que

brotaba de los ojos de Chicot.

—Eso es hablar, dijo Chicot, y sin embargo, amigo mio, veo con placer que valgo mas que vos. ¡Ah! no ha sido mala.

Borromeo acababa de tirar á Chicot una estocada que habia tocado su pecho.

—No ha sido mala, pero conozco el botonazo: es el mismo que enseñasteis á Santiaguillo; decia, pues, que valia mas que vos, amigo mio, porque yo no he comenzado la lucha, aunque no me han faltado ganas; hay mas, os he dejado realizar vuestro proyecto, dándoos toda latitud, y aun en este momento no hago mas que parar los golpes, y lo hago así porque tengo que proponeros un arreglo.

—¡Nada! ¡nada! exclamó Borromeo exasperado al ver la tranquilidad de Chicot.

Y le tiró otra estocada, que hubiera atravesado al gascon de parte á parte, si este, á favor de sus largas piernas, no hubiera dado un paso que le puso fuera del alcance de su adversario.

—Voy, sin embargo, á decirte en que consiste ese arreglo, para no tener nada de que reconvenirme.

—Calla, calla, dijo Borromeo: es inútil.

—Escucha, dijo Chicot, lo hago solo para tranquilizar tu conciencia; no estoy sediento de tu sangre, ¿lo entiendes? ni quiero matarte sino á último recurso.

—Mátame si puedes, exclamó Borromeo exasperado.

—No por cierto: ya he matado á otro espadachin como tú, y aun debo decir mas fuerte que tú. ¡Pardiez! tu le conoces; era tambien de la casa de Guisa: un abogado.

—¡Ah! ¡Nicolás David! murmuró Borromeo aterrado del precedente y poniéndose á la defensiva.

—Justamente.

—¡Ah! ¿Fuiste tú quien le mató?

—Sí, con una estocada muy linda que voy á enseñarte si no aceptas el arreglo.

—Bueno, veamos ese arreglo.

—Que pases del servicio del duque de Guisa al del rey, pero sin dejar el del duque.

—Es decir, ¿que me haga un espia como tú?

—No por cierto; hay una diferencia no-

lable; á mí, no me pagan, y á ti te pagarán: empezarás por manifestarme esa carta del duque de Guisa á la duquesa de Montpensier; me dejarás tomar una copia, y yo te dejaré tranquilo hasta nueva ocasión. ¿Qué tal? ¿Soy caballero?

—Toma, dijo Borromeo: esta es mi respuesta.

La respuesta de Borromeo era una estocada tan rápidamente dada, que la punta de la espada tocó en el hombro de Chicot.

—Vamos, vamos, dijo Chicot; veo que es absolutamente necesario que, te enseñe el botonazo que di á Nicolás David: es un botonazo muy bonito y sencillito.

Y Chicot, que hasta entonces habia permanecido á la defensiva, dió un paso adelante y atacó á su vez.

—Hè aquí el botonazo, dijo Chicot: hago una finta en cuarta baja.

Hizolo así, y Borromeo paró el golpe retrocediendo; pero al primer paso tuvo que pararse, porque tropezó con el tabique.

—¡Bien! eso es, para el círculo; haces

mal, porque mi puño es mejor que el tuyo, ligo, pues, mi espada, doy un tercio alto, me tiro á fondo y te loco, ó mas bien, te mato.

En efecto, el golpe habia seguido, ó mas bien acompañado á la demostracion, y la fina tizona, penetrando en el pecho de Borromeo, se habia deslizado como una aguja entre dos costillas, y picado profundamente y con un ruido sordo el tabique de madera.

Borromeo estiró los brazos y dejó caer su espada, dilatáronse sus ojos ensangrentados, abrióse su boca, apareció en sus labios una espuma rojiza, su cabeza se inclinó sobre su hombro lanzando un suspiro que parecia estertor, cesaron despues de sostenerle sus piernas, y aplomándose su cuerpo, ensanchó la herida que habia hecho la espada, pero no pudo separarla del tabique por estar sostenida por el puño infernal de Chicot, de suerte que el desgraciado, permaneció clavado á la pared, y sus pies golpeaban con sacudidas estrepitosas.

Chicot, frio é impasible como acostum-

braba á estarlo en las circunstancias solemnes, sobre todo cuando estaba convencido de haber hecho todo lo que su conciencia le prescribía, soltó la espada, que quedó clavada horizontalmente, desabrochó el cinturón del capitán, metió la mano en el bolsillo del colete, tomó la carta y leyó la firma, que decía:

Duquesa de Montpensier.

Entre tanto brotaba la sangre á borbotones de la herida, y el dolor de la agonia se pintaba en todas las facciones de Borromeo.

—Yo muero, espiro, murmuró; mi Dios y mi señor, tened compasion de mí.

Esta última apelacion á la misericordia divina, hecha por un hombre que sin duda hasta aquel momento supremo no habia pensado en ella, enterneció á Chicot.

—Seamos caritativos, dijo, y puesto que este hombre ha de morir, que muera á lo menos lo mas dulcemente posible.

Y aproximándose al tabique, retiró, haciendo un esfuerzo, su espada de la pared, y sosteniendo el cuerpo de Borromeo, impidió que cayera pesadamente al suelo; pe-

ro esta última precaucion era inútil, pues la muerte habia corrido rápida y fria, y paralizados ya los miembros del vencido, dobláronse sus piernas, se deslizó en los brazos de Chicot, y cayó rodando sobre el pavimento.

Este sacudimiento hizo brotar de la herida un chorro de sangre negra, con el cual huyó el resto de vida que animaba todavía á Borromeo.

Entonces Chicot fué á abrir la puerta de comunicacion y llamó á Bonhommet.

El tabernero, que habia estado escuchando á la puerta y oido sucesivamente el ruido de las mesas y de los bancos, el choque de las espadas y la caída del cuerpo pesado, no esperó á que le llamaran por segunda vez. Hombre de esperiencia, y teniendo muy presente la confianza que se le habia hecho y conociendo muy bien el carácter de los hombres de armas en general, y el de Chicot en particular, no podia menos de adivinar cuanto habia pasado.

La única cosa que ignoraba era cual de los adversarios habia sucumbido.

Necesario es decir, en elogio de mae-se Bonhomet, que su fisonomía tomó una espresion de verdadera alegría cuando oyó la voz de Chicot y vió que era el gascon, que sano y salvo abría la puerta.

Chicot, á cuya perspicacia nada se escapaba, notó esta espresion y la agradeció interiormente.

Bonhomet entró temblando en la salita, teatro de la catástrofe, y exclamó al ver el cuerpo del capitan bañado en su sangre:

—¡Oh! ¡mi buen Jesus!

—¡Oh! sí, mi pobre Bonhomet, dijo Chicot, hé ahí lo que somos; el buen capitan está muy enfermo, como ves.

—¡Oh! ¡señor Chicot, mi buen señor Chicot! exclamó Bonhomet casi consternado.

—¿Qué es eso? preguntó Chicot.

—Habeis hecho muy mal en escoger mi casa para esta ejecucion. ¡Un capitan tan bueno!...

—¡Cómo! ¿prefeririais ver á Chicot en tierra y de pié á Borromeo?

—¡Oh! no, no, exclamó el huesped con toda la sinceridad de su corazon.

—Pues bien, eso es, sin embargo, lo

que debia suceder, á no mediar un milagro de la Providencia.

—¿De veras?

—A fé de Chicot, y si no, mirame las espaldas, que te aseguro me duelen mas de lo que quisiera.

Diciendo así se inclinó delante del tabernero para que sus espaldas llegasen á la altura de su vista.

El colete estaba agujereado entre los dos homóplatos, y una mancha de sangre redonda y del tamaño de un escudo de plata enrojecia las orillas del agujero.

—¡Sangre, exclamó Bonhomet, sangre! ¡Ah! ¡Estais herido!

—Aguarda, aguarda.

Y Chicot se quitó el colete y en seguida la camisa.

—Mira ahora, dijo.

—¡Ah! ¡teneis una coraza! ¡ah! ¡qué felicidad, señor Chicot! ¿Y decís que el capitán queria asesinaros?

—¡Diablo! me parece que no es cosa para divertirme una puñalada en las espaldas. ¿Ahora qué ves?

—Una malla rota.

—El capitán no estuvo torpe; ¿y sangre?

—Sí, mucha sangre debajo de las mallas.

—En ese caso, quitémonos la coraza, dijo Chicot, y diciéndolo y haciendo presentó en un momento desnudo un dorso que parecía componerse solamente de huesos, de músculos pegados á los huesos y de piel pegada á los músculos.

—¡Ah! señor Chicot, exclamó Bonhomet, es tan ancha como un plato.

—Sí, eso es, la sangre está estravasada; es una equimosis, como dicen los médicos; dame un trapo blanco, echa en partes iguales en un vaso buen aceite de olivo y hez de vino, y lávame esa mancha, amigo mio.

—¿Y qué hago de ese cadáver señor Chicot?

—Eso no te importa á ti.

—¿Cómo que no me importa?

—No. Dame papel, pluma y tinta.

—Ahora mismo, señor Chicot.

Bonhomet salió corriendo del reducto.

Entre tanto Chicot, que probablement-

te no podia perder un minuto de tiempo, calentó á la luz de la lámpara la punta de un cuchillo y cortó por entre el lacre la seda que sostenia el sello de la carta. Hecha esta operacion, como ya nada sujetaba el pliego, lo sacó de su cubierta y lo leyó con vivas muestras de satisfaccion.

Al acabar esta lectura entró Bonhomet con el aceite, el vino, la tinta, el papel y la pluma.

Chicot colocó la pluma, el papel y la tinta delante de si, se sentó á la mesa, y presentó la espalda á Bonhomet con una calma estóica.

Bonhomet comprendió la pantomima y comenzó las fricciones, que sin duda debian causar fruicion á Chicot, en vez de irritarle la herida, puesto que no solo se puso á copiar con la mayor serenidad la carta del duque de Guisa á su hermana, sino que á cada palabra hacia sus comentarios.

La carta estaba concebida en los siguientes términos:

"Querida hermana, la expedicion de Amberes ha salido bien para todo el mundo, menos para nosotros; si os dicen que el

duque de Anjou ha muerto, no lo creais pues vive."

"Vive, ¿lo entiendes? Aqui está toda la cuestion."

"En esta sola palabra hay encerrada toda una dinastia; esta palabra separa la casa de Lorena del trono de Francia mucho mejor que pudiera hacerlo el mas profundo abismo."

"Sin embargo, no os alarmeis por esto, pues he descubierto que dos personas, á quienes suponias muertas, existen todavia, y la vida de estas dos personas nos ofrece una probabilidad de que morirá el principe."

"Pensad, pues, solamente en Paris: dentro de seis semanas será tiempo de que principie á trabajar la liga; por lo tanto, conviene que nuestros parciales sepan que se aproxima el momento á fin de que se hallen dispuestos."

"El ejercito se halla bajo buen pié de guerra, contamos con 12.000 hombre seguros y bien equipados; entraré con él en Francia, so pretesto de atraer á los hugonotes alemanes que van á socorrer á

Enrique de Navarra; batiré á los hugonotes, y luego que entre en Francia como amigo obraré como dueño y soberano."

—¡Eh! ¡eh! exclamó Chicot.

—¿Os hago mal, señor? dijo Bonhomet suspendiendo las fricciones.

—Sí, amigo mio.

—Tranquilizaos, os frotaré con mas suavidad.

Chicot continuó su operacion.

"P. S. Apruebo completamente vuestro plan respecto de los Cuarenta y Cinco; permitidme solamente que os diga, querida hermana mia, que bareis á esos pícaros mas honor del que se merecen..."

—¡Ah! diablo, murmuró Chicot, no veo muy claro este párrafo.

Y volvió á leer:

"Apruebo completamente vuestro plan respecto de los Cuarenta y Cinco..."

—¿Qué plan? se preguntó Chicot.

"Permitidme solamente que os diga, querida hermana mia, que bareis á esos pícaros mas honor del que se merecen."

—¿Qué honor?...

Chicot volvió á leer.

"Que se merecen.

"Vuestro querido hermano."

"E. DE LORENA."

—En fin, dijo Chicot, todo está claro menos la posdata. Tendremos cuidado con la posdata.

—Señor Chicot, se aventuró á decir Bonhomet viendo que Chicot habia cesado de escribir, ya que no de pensar, señor Chicot, no me habeis dicho lo que tengo que hacer con este cadáver.

—Una cosa muy sencilla.

—Para vos, que sois fecundo en recursos, sí; pero para mí...

—Supon, por ejemplo, que este desgraciado capitán se puso á reñir en la calle con unos soldados suizos ó alemanes, y que te le trajeron herido: ¿te habias de negar á recibirlo?

—No por cierto, á menos que me lo hubieseis prohibido, señor Chicot.

—Supon, también que, depositado en ese rincón, y á pesar de los cuidados que le prodigaste, se te ha muerto entre las manos. Esto sería una desgracia á lo sumo ¿no es verdad? Y en vez de incur-

rir en reconvencion alguna, merecerás elogios por tu humanidad. Supon, además, que al morir ese pobre capitán pronunció el nombre bien conocido para ti del prior de los dominicos de San Antonio.

—¡De D. Modesto Gorenflot! exclamó Bonhommet con sorpresa.

—Sí, de D. Modesto Gorenflot. Pues bien, vas á avisar á D. Modesto, este se apresurará á venir, y como al registrar al muerto encontrará su bolsillo del dinero, porque es importante que encuentre el bolsillo del dinero, y esto te lo digo solamente por via de aviso, y encontrará además esta carta, no concebirá sospecha alguna.

—Comprendo, señor Chicot

—Hay mas: recibirás una recompensa en lugar de sufrir un castigo.

—Sois un hombre grande, señor Chicot; corro al priorato de San Antonio.

—¡Aguarda! ¡Qué diablo! He dicho el bolsillo y la carta.

—¡Ah! sí; ¿y la carta la teneis?

—Justamente.

—¿Convendria no decir que ha sido leída y copiada?

—¡Pardiez! precisamente porque hallaren intacta esa carta recibirás una recompensa.

—¿Conque hay un secreto en esta carta?

—En los tiempos que corren, mi querido Bonhommet, hay secretos en todo.

Dada esta respuesta sentenciosa, se puso Chicot á atar de nuevo la seda del sello, empleando el mismo procedimiento, y en seguida unió el lacre tan artísticamente, que el ojo mas ejercitado no hubiera podido ver en él la menor separacion. Despues de lo cual guardó la carta en el bolsillo del muerto, mando á Chicot que aplicára á su herida el paño impregnado en aceite y hez de vino á manera de cataplasma, pùsose la cota de malla, su colete sobre su camisa, recogió su espada, la limpió, y envainándola, se dispuso á salir, pero volviéndose inmediatamente dijo:

—Si la fábula que he inventado no te parece buena, puedes decir que el mismo capitan se ha atravesado con su espada.

—¿Un suicidio?

— Ya comprendes que esto no compromete á nadie.

— Pero entonces no enterrarán á este desgraciado en el campo santo.

— ¡Bah! dijo Chicot: sin duda que le darán un gran placer con esto.

— Yo creo que sí.

— Entonces haz lo que quieras, mi buen Bonhomet: adios.

Volviendo por segunda vez, añadió:

— ¡Ah! se me olvidaba: quiero pagar puesto que él ha muerto.

Y arrojando tres escudos de oro sobre la mesa, acercó su dedo índice sobre sus labios en señal de silencio, y salió de la taberna.



CAPITULO IX.

EL MARIDO Y EL AMANTE.

No sin gran emocion volvió á ver Chicot la calle de los Agustinos, tan tranquila y desierta, el ángulo formado por el monton de casas que precedian á la suya, y en fin, su misma querida casa con su techo triangular, su balcon |carcomido y las canales de su tejado adornadas de gargolas.

Habia sido tal el miedo que le acometiera de no hallar mas que un vacío en el

sitio de su casa, y era tanto lo que habia temido ver obstruida la calle por el humo de un incendio, que calle y casa le parecieron prodigios de limpieza, de gracia y de esplendor.

Chicot habia ocultado en el hueco de una piedra que servia de base á una de las columnas de su balcon la llave de su casa querida, porque es de advertir que en aquellos tiempos cualquiera llave de cofre ó de otro mueble igualaba en peso y en volúmen á las llaves mas gordas de nuestras actuales casas, y por tanto, siguiendo esta proporcion, las llaves de las casas eran iguales á las de las ciudades modernas.

Calculando, pues, Chicot la dificultad que tendria su bolsillo en guardar la venturosa llave, habia tomado el partido de esconderla donde hemos dicho.

Preciso es confesar que Chicot experimentó al meter los dedos en la piedra un ligero estremecimiento, á que siguió una alegría indefinible cuando sintió la frialdad del hierro.

La llave estaba realmente en el mismo

sitio donde Chicot la habia colocado, y esto mismo sucedia respecto de los muebles de la primera pieza, respecto de la tablita clavada sobre el madero, y en fin, de los 1.000 escudos, que seguian reposando en su escondite.

Chicot no era avaro; todo lo contrario: muchas veces habia tirado el oro á manos llenas, sacrificando así lo material al triunfo de la idea, lo cual constituye la filosofía de todo hombre de cierto valor; pero cuando la idea habia cesado momentáneamente de mandar á la materia, es decir, cuando no habia necesidad de dinero, de sacrificio, cuando, en una palabra, la intermitencia sensual reinaba en el alma de Chicot, y esta alma permitia al cuerpo vivir y gozar, el oro, fuente primera, incesante, eterna de los goces animales, recobraba todo su valor á los ojos de nuestro filósofo, y nadie mejor que él sabia en cuántas particulas sabrosas se subdivi- de ese todo inestimable que se llama un escudo.

—Por mi ánima, murmuró Chicot, agachado en medio de un cuarto, levantada

la baldosa, con su tablita al lado y su tesoro á la vista, por mi ánima que tengo un vecino honrado como ninguno, puesto que ha hecho respetar y respetado el mismo mi dinero; en verdad que esta accion no tiene precio para los tiempos que corren. ¡Diablo! tengo que dar las gracias á ese hombre inestimable, no tardaré en dárselas.

Diciendo así volvió á colocar la tablita sobre la viga y la baldosa sobre la tablita, se aproximó á la ventana, y miró á la acera de enfrente.

La casa conservaba esa tinta gris y sombría que la imaginacion presta como color natural á los edificios cuyo caracter conoce.

—No debe ser todavía la hora de dormir, dijo Chicot, y por otra parte, estoy seguro de que esas gentes no son muy dormilonas. Veamos.

Bajó, y fué no sin preparar todas las gracias de su cara risueña para llamar á la puerta del vecino.

Oyó ruido de pasos en la escalera; pero sin embargo, quiso esperar el tiempo

necesario para creerse obligado á llamar de nuevo.

Al segundo aldavonazo se abrió la puerta y apareció un hombre en la sombra.

—Buenas noches, dijo Chicot alargando la mano; ya estoy de vuelta, y vengo á daros las gracias, mi querido vecino.

—¿De qué? dijo una voz cuyo acento sorprendió mucho á Chicot.

Al mismo tiempo el hombre que había venido á abrir la puerta daba un paso hacia atrás.

—¿Cómo! Me he engañado, dijo Chicot, no sois vos el que era vecino mio al tiempo de marcharme, y sin embargo, juraría que os conozco.

—Y yo tambien, dijo el jóven.

—Vos sois el vizeconde Ernauton de Carmainges.

—Y vos sois la Sombra.

—En verdad, dijo Chicot, que estoy por creer que he caído de las nubes.

—En fin, ¿qué deseais, señor? preguntó el jóven con alguna aspereza.

—Perdonad, acaso os incomodo.

—No, pero me permitireis que os pre-

gunte en qué puedo servirlos.

—Quisiera hablar al dueño de la casa.

—En ese caso, hablad.

—¿Cómo?

—Sí, porque el dueño de la casa soy yo.

—¿Vos? ¿Y desde cuando acá?

—¡Toma! hace tres días.

—¿Conque ha estado de venta la casa?

—Así parece, puesto que la he comprado.

—¿Y el antiguo propietario?

—Ya no la habita, como veis.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—Vamos, entendámonos, dijo Chicot.

—No deseo otra cosa, respondió Ernauton con visible impaciencia; solo quiero que nos entendamos pronto.

—El antiguo propietario era hombre de 25 á 30 años, que representaba 40.

—No; era un hombre de 65 á 66 años, que representaba su edad.

—Calvo.

—No, al contrario, con un monte de cabellos blancos.

—Tiene una cicatriz enorme en el lado izquierdo de la cabeza ¿no es verdad?

—No he visto tal cicatriz, sino muchas arrugas.

—Entonces no comprendo ni una palabra, dijo Chicot.

—En fin, replicó Ernauton despues de un instante de silencio, ¿a qué queriais ese hombre, mi querido Espectro?

Chicot iba á confesar lo que acababa de hacer; pero el misterio de la sorpresa de Ernauton le recordó de repente cierto proverbio entre las personas discretas.

—Quería, dijo, hacerle una visita, como se acostumbra entre vecinos y nada mas.

De esta manera Chicot no saltaba á la verdad y no decia nada.

—Amigo mio, dijo Ernauton con politica pero disminuyendo considerablemente el hueco de la puerta que tenia entreabierta; amigo mio, siento no poder daros noticias exactas.

—Gracias, señor, dijo Chicot: me informaré en otra parte.

—Pero esto no impide, añadió Ernau-

ton cerrando cada vez mas la puerta, que aplauda la casualidad que me pone en contacto con vos.

=Deseais que me lleve el diablo ¿no es verdad? murmuró Chicot devolviendo saludo por saludo.

Sin embargo, como á pesar de esta respuesta mental se olvidaba Chicot de retirarse, dijole Ernauton asomando la cara entre la puerta y la jamba:

=Hasta la vista.

=Esperad un instante, señor de Carmainges, dijo Chicot.

=Me es imposible; lo siento mucho, respondió Ernauton: espero á una persona que debe venir á llamar á esta misma puerta, y no me disimulará que no emplee toda la discrecion posible en recibirla.

--Basta, señor, comprendo, dijo Chicot; perdonadme que os haya importunado; ya me retiro.

--Adios, señor Espectro.

--Adios, señor Ernauton.

Y dando un paso hácia atrás, vió Chicot cerrarse la puerta dulcemente.

Escuchó para observar si el jóven des-

confiado acechaba su partida, pero lejos de eso, oyó á Ernauton subir la escalera; volvióse entonces tranquilo á su casa y se encerró en ella, resuelto á no turbar las costumbres de su nuevo vecino, pero segun su costumbre, á no perderle demasiado de vista.

En efecto, Chicot no era hombre que se dormia sobre un hecho que le parecia de alguna importancia sin haber calmado y disecado este hecho con la paciencia de un anatómico distinguido; á pesar suyo, y este era un privilegio ó una falta de su organizacion, á pesar suyo, toda forma incrustada en su cérebro se presentaba al análisis por sus lados mas salientes; de manera que las paredes cerebrales del pobre Chicot se encontraban heridas, abiertas é incitadas á un exámen inmediato.

Chicot, que hasta entonces habia estado preocupado de aquella frase de la carta del duque de Guisa "apruebo enteramente vuestro plan respecto á los Cuarenta y Cinco." abandonó esta frase, á cuyo exámen pensaba volver mas tarde, para sondear á fondo, en sesion permanente, la

preocupacion nueva que acababa de reemplazar á la antigua.

Chicot reflexionó que era la cosa mas extraña del mundo ver á Ernauton instalarse como dueño en aquella casa misteriosa, cuyos habitantes habian desaparecido de repente, y mucho mas considerando que á estos habitantes podia referirse una frase de la carta del duque de Guisa hablando del de Anjou.

Esta casualidad era digna de observacion, y Chicot tenia por costumbre creer en las casualidades providenciales, y aun desenvolvía sobre este particular, siempre que á ello se le instaba, teorías muy ingeniosas.

La base de estas teorías era una idea que, á juicio nuestro, vale lo que cualquiera otra.

Hé aquí la idea.

La casualidad es la reserva de Dios.

El Todopoderoso no da su reserva sino en circunstancias graves, sobre todo cuando ha visto á los hombres bastante sagaces para estudiar y preveer las probabilidades, segun la naturaleza y los ele-

mentos regularmente organizados.

Así pues, es natural que guste á Dios frustrar las combinaciones de esos orgullosos, cuya vanidad pasada ha castigado ya ahogandolos y cuya vanidad futura debe castigar quemándolos,

Decimos, pues, ó mas bien, dijo Chicot, que es natural guste á Dios frustrar las combinaciones con los elementos que le son desconocidos, y cuya intervencion no pueden concebir.

Como se vé, esta teoria encierra especiosos argumentos, y puede suministrar tesis brillantes; pero sin duda el lector, que tiene tanta prisa como Chicot de saber lo que Carmainges venia á hacer en aquella casa, nos agradecerá que no nos entretengamos en desenvolverla.

Así pues, nos limitaremos á decir que Chicot reflexionó que era muy extraño ver á Ernauton en aquella casa donde habia visto á Remigio, y esto por dos razones: la primera á causa de la absoluta ignorancia en que los dos hombres vivian el uno respecto del otro, lo que hacia suponer que debia haber entre ellos una persona inter-

media, desconocida á Chicot; y la segunda, porque la casa debia haber sido vendida á Ernauton, que no tenia dinero para comprarla.

—Verdad es, dijo Chicot instalándose lo mas cómodamente que pudo en su azotea, su observatorio ordinario, verdad es que el jóven dice que espera una visita, y que esta visita es la de una muger; hoy las mugeres son ricas y se permiten cualquier capricho. Ernauton es buen mozo, jóven, elegante; Ernauton ha agradado, le han dado cita, le han dicho que compre esa casa; ha comprado la casa y aceptado la cita.

Ernauton, continuó Chicot, vive en la corte, y sin duda debe ser una muger de la corte con quien tiene que habérselas. ¡Pobre muchacho! ¿La amará? ¡Dios le preserve de semejante cosa! Vá á caer en una sima de perdicion. ¡Bah! ¿Pues no me pongo á predicar sobre moral?

Moral dos veces inútil y mil veces estúpida. Inútil, porque no la oye, y aun cuando la oyera, no querria Escucharla. Estúpida, porque mejor haria en irme á

la cama y pensar un poco en ese pobre Borromeo.

A este propósito, continuó diciendo Chicot poniéndose algo sombrío, me apercibo de una cosa, y es que no existe el remordimiento, y que solo es un sentimiento relativo, porque el hecho es que yo no tengo remordimiento de haber matado á Borromeo, toda vez que la preocupacion en que me pone la situacion de M. de Carmainges me hace olvidar que le he matado; él por su parte, si me hubiera clavado contra la mesa como yo le he clavado contra el tabique, no hubiera tenido á estas horas mas remordimientos que yo.

Aquí llegaba Chicot de sus razonamientos, de sus inducciones y de su filosofía, en todo lo cual habia empleado cerca de hora y media, cuando le distrajo de su cavilacion la llegada de una litera que venia del lado de la posada del *Bravo Caballero*.

Una dama tapada bajó de ella y desapareció repentinamente por la puerta que Ernauton tenia entornada.

— ¡Pobre mozo! murmuró Chicot. No me habia equivocado; era una muger á quien esperaba, y supuesto que es así, me voy á dormir.

Diciendo así se levantó Chicot, pero permaneció inmóvil de pié.

— Me engaño, dijo, no dormiré; pero sostengo lo que he dicho: si no duermo, no será remordimiento el que me impedirá dormir, sino la curiosidad, y es tan cierto lo que digo, que si permanezco en mi observatorio, no pensaré mas que en una cosa: en averiguar qué noble dama es la que honra al bello Ernauton con su amor.

Así pues, vale mas que me quede en mi observatorio, porque si fuera á acostarme, no tardaria en dejar la cama para volver á este sitio.

Y apenas hizo Chicot esta reflexion, volvió á sentarse.

Una hora habria pasado sobre poco mas ó ménos sin que podamos decir si Chicot pensaba en la dama desconocida ó en Borromeo, si estaba aguijoneado por la curiosidad ó atormentado por el remordimiento, cuando creyó oír al fin de la calle el galope de un caballo.

En efecto, pronto se dejó ver un hombre á caballo embozado en su capa. Al llegar á la mitad de la calle se paró como si tratase de reconocer el sitio en que se hallaba; pero luego que distinguió el grupo que formaban la litera y sus conductores, se dirigió hácia ellos, conociéndose que iba armado por el ruido que hacia su espada al chocar con el suelo.

Los conductores quisieron oponerse á su paso; pero les dirigió algunas palabras en voz baja, y no solo se separaron respetuosamente, sino que uno de ellos, apenas le vió apearse, se apresuró á tomar las bridas de su caballo.

El desconocido marchó hácia la puerta, y llamó estrepitosamente.

—¡Cáspita, exclamó Chicot, qué bien he hecho en quedarme! Mis presentimientos, que me anunciaban que iba á pasar alguna cosa, no me han engañado. ¡Allá vá el marido! ¡Pobre Ernauton! No hay remedio, vamos á asistir ahora mismo á una catástrofe. Si es el marido, no se puede negar que es demasiado bueno al anunciar con tanto estrépito su llegada.

Sin embargo, á pesar de la manera magistral conque habia llamado el desconocido, parecia que vacilaban en abrirle.

—Abrid, gritó el que llamaba.

—Abrid abrid, repitieron los conductores.

—No hay duda, es el marido, dijo Chicot; ha amenazado á los conductores con azotarlos ó ahorcarlos, y están de su parte. ¡Pobre Ernauton! ¡Vá á ser desollado vivo! ¡Ob! ¡oh! Y sin embargo, yo lo sufro, añadió Chicot; porque al fin me ha socorrido, y por consiguiente en caso de necesidad debo yo socorrerle. Por otra parte, yo creo que ha llegado ese caso, ó no llegará jamás.

Chicot era resuelto y generoso, y curioso por añadidura; descolgó su larga espada, se la metió debajo del brazo, y bajó precipitadamente la escalera, y como sabia abrir la puerta sin hacer el menor ruido, ciencia indispensable á todo el que quiere escuchar con provecho, salió sin ser de nadie observado, se deslizó por debajo del balcon, y se puso en acecho detrás de una columna.

Apenas se habia instalado, cuando se abrió la puerta á una sola palabra que el desconocido pronunció por el agujero de la cerradura; quedóse, no obstante, en el umbral, y un momento despues apareció la dama.

Esta tomó el brazo del caballero, quien la acompañó hasta la litera, cerró la portezuela y montó á caballo.

—No hay duda, era el marido, dijo Chicot, pero despues de todo, marido de muy buena pasta, puesto que no ha querido entrar en la casa para no verse en el compromiso de escuchar á mi amigo Carmainges.

La litera se puso en camino, marchando el caballero á la portezuela.

—¡Pardiez! se dijo Chicot: es preciso seguir á esas gentes; es menester saber quiénes son y á dónde van; seguramente sacaré de mi descubrimiento algun sólido consejo para mi amigo Carmainges.

Chicot siguió, en efecto, á la comitiva, observando la precaucion de caminar siempre por la sombra y á distancia que sus pasos se perdieran entre el ruido de

los de los hombres y de los caballos.

¡Cuál sería la sorpresa de Chicot al ver pararse la litera delante de la posada del *Bravo Caballero*!

Casi en el mismo acto, como si alguno hubiese estado vigilando, se abrió la puerta.

La dama, siempre tapada, bajó de la litera, entró y subió á la torrecilla, en la que se veía luz por la ventana del primer piso.

Detrás de ella subió el marido, precediendo á ambos la respetable señora Fournichon, que llevaba en la mano una bujía.

—¡Decididamente, dijo Chicot cruzándose de brazos, no comprendo ya ni una palabra!...



CAPITULO X.

CÓMO COMENZÓ CHICOT A VER CLARO EN LA CARTA DEL DUQUE DE GUISA.

Chicot creia haber visto en alguna parte el continente de aquel caballero tan cumplido; pero como su memoria se habia embrollado algun tanto durante aquel viaje á Navarra, en que habia visto tantas fisonomias diferentes, le era imposible acordarse con la facilidad acostumbrada del nombre que deseaba pronunciar.

Mientras que oculto en las sombras se preguntaba á sí mismo, sin apartar la vis-

ta de la ventana iluminada, lo que aquel hombre y aquella mujer habían venido á hacer en la posada del *Bravo Caballero*, dejando á Ernauton en la casa misteriosa, nuestro digno gascon vió abrirse la puerta de la posada, y en el rayo de luz que se escapó por la abertura percibió como una silueta negra de fraile,

Esta silueta se detuvo un instante para mirar á la misma ventana que Chicot miraba.

—¡Oh! ¡oh! murmuró, apostaría cualquier cosa á que es un fraile dominico. ¿Tan relajada está la disciplina monástica, que permite Gorenflot á sus corderos salir á vagar á semejantes horas de la noche y á tal distancia del priorato?

Siguió Chicot con los ojos á aquel dominico mientras bajaba la calle de los Agustinos, y cierto instinto particular le dijo que en aquel fraile iba á hallar la solución del enigma que había buscado hasta entonces inútilmente.

Además, así como Chicot había creído reconocer el continente del caballero, creía reconocer en el fraile cierto movimiento

de hombros, cierto aire derrengado de militar, que solo pertenece á los que frecuentan las salas de armas y los gimnasios.

—Pese á mi ánima, dijo, si ese hábito no oculta á ese diablillo de impío que querian darme por compañero de viaje, y que maneja con igual habilidad el arcabuz y el florete.

Apenas acometió á Chicot esta idea, cuando para asegurarse de su exactitud, abrió sus largas zancas, y en diez pasos logró alcanzar al fraile, que marchaba arremangándose su hábito sobre sus piernas secas y nerviosas para ir mas ligero. Por otra parte, no era muy difícil darle alcance, puesto que el buen fraile se paraba de vez en cuando para dirigir una mirada hácia atras, como quien se aleja con trabajo y harto sentimiento de su posada.

Esta mirada era constantemente dirigida hácia la ventana iluminada de la fonda.

Aun no habia andado Chicot dos pasos, cuando adquirió la certidumbre de sus conjeturas.

—¡Hola, compadre! dijo, ¡hola Santia-

guito. Alto ahí, señor Clemente.

Y pronunció esta última palabra de una manera tan militar, que el fraile no pudo menos de estremecerse.

—¿Quién me llama? preguntó el joven con acento mas provocador que político.

—¡Yo! replicó Chicot irguiendo cuanto pudo su cabeza delante del dominico. ¿No me conoces?

—¡Oh, señor Roberto Briquet! exclamó el fraile.

—Yo mismo. ¿Y adónde vas tan tarde, hijo mio?

—Al priorato, señor Briquet.

—Enhorabuena. ¿Pero de dónde vienes?

—¿Yo?

—Sí, vos, señor libertino.

El joven tembló y dijo:

—No soy lo que decís, señor Briquet; todo lo contrario; he venido á una comision importante de D. Modesto, y él mismo puede informaros, si quereis.

—¡Hola! ¡hola! ¿Parece que nos amostazamos?

—¿Creeis que no hay motivo para ello cuando se oye decir lo que decís?

—No lo estrañes, hijo mio, porque cuando se vé salir á un hombre con hábitos como tú de una taberna á semejantes horas...

—¿De una taberna yo!

—¿Por ventura esa casa de donde sales no es la del *Bravo Caballero*?

—Teneis razon en decir que he salido de esa casa, respondió Clemente, pero yo digo y sostengo que no he salido de una taberna.

—¿Cómo! exclamó Chicot, ¿la posada del *Bravo Caballero* no es una taberna?

—Una taberna es una casa donde se bebe, es así que yo no he bebido en esa casa, luego esa casa no es una taberna para mí.

—¡Diablo! la distincion es sutil, y me equivoco mucho, ó con el tiempo vas á ser un teólogo terrible; pero en fin, si no ibas á esa casa á beber, ¿á qué ibas?

Clemente no respondió nada, y Chicot pudo leer en su rostro, á pesar de la oscuridad, una voluntad firme y decidida de no decir una palabra, resolucion que no pudo menos de disgustar á nuestro ami-

go, que habia tomado la costumbre de averiguarlo todo; y por cierto que Clemente no habia usado de acritud en su silencio; todo lo contrario, pues se habia mostrado contento de encontrar tan inesperadamente á su sabio profesor de armas, reciéndolo de la manera afectuosa que no podia esperarse de un hombre de caracter naturalmente áspero é intratable.

La conversacion estaba completamente concluida, pero queriendo Chicot anudarla, estuvo á punto de pronunciar el nombre del hermano Borromeo; sin embargo, aunque Chicot no sentia el aguijon de los remordimientos, ó creyese por lo menos no sentirlo, aquel nombre espiró en sus labios.

Aunque el jóven fraile continuaba mudo é impasible, cualquiera hubiera dicho que esperaba algo, y que consideraba como una felicidad permanecer el mayor tiempo posible en las inmediaciones de la posada del *Bravo Caballero*.

Roberto Briquet intentó hablarle de aquel viaje que el jóven habia esperado por un momento hacer con él, y los ojos de San-

tiago Clemente brillaron al oír las palabras de espacio y libertad.

Roberto Briquet contó que en los países que acababa de recorrer estaba muy en boga la esgrima, añadiendo negligentemente que había aprendido allí algunas estocadas maravillosas, lo cual equivalía á colocar al pobre Santiago sobre un terreno volcánico; así es que se apresuró á preguntar á Chicot cómo eran esas estocadas, y este, accediendo al punto, marcó con su largo brazo algunas en el hrazo del hermano Santiago.

Nada de esto pudo vencer la obstinación de Clemente, y mientras trataba de parar aquellos golpes desconocidos que le enseñaba su amigo maese Roberto Briquet, guardaba un silencio obstinado respecto á lo que había venido á hacer en el barrio.

Despechado, pero dueño de sí mismo, resolvió entonces Chicot apelar á la injusticia, porque la injusticia es una de las provocaciones mas poderosas que se han inventado para hacer hablar á las mugeres, á los niños, y á los hombres débiles de cualquier clase que sean.

—No importa, no importa, dijo como si volviese á su primera idea, no importa, eres muy santo y muy bueno; pero vas á las posadas, ¡y á qué posadas, Dios mío! á posadas donde se encuentran damas hermosas, y te paras estasiado delante de la ventana donde se puede ver su sombra. ¡Ah, niño, niño, yo lo diré á D. Modesto!

Chicot habia puesto el dedo en la llaga mucho mas de lo que pensaba, pues no podia imaginarse al empezar que era tan profunda la herida.

Volvióse Santiago semejante á una serpiente pisada.

—Eso no es verdad, exclamó encendido de vergüenza y de cólera: yo no miro á las mujeres.

—Si tal, si tal, prosiguió Chicot: habia una dama muy hermosa en la posada del *Bravo Caballero* cuando saliste de ella, y has vuelto la cara para volverla á ver, y sé que la esperabas en la torrecilla, y sé que la has hablado.

Chicot procedia por induccion.

No pudiendo contenerse Santiago exclamó:

—Ya se ve que la he hablado.? Por ventura es pecado hablar á las mujeres?

—No, cuando no se les habla de motu propio y arrastrado por la tentacion de Satanás.

—Satanás nada tiene que ver en todo esto, y ha sido preciso que yo hable á esa dama, puesto que tenia encargo de entregarle una carta.

—¿De parte de D. Modesto? exclamó Chicot.

—Si; podeis ir ahora á quejaros delante de él.

Chicot, un momento aturdido y palpan-do en medio de las tinieblas, sintió á estas palabras atravesar un rayo de luz la os-curidad de su cerebro.

—¡Ah! dijo: ya sabia yo eso.

—¿Qué sabiais?

—Lo que no queriais decirme.

—Yo no digo mis secretos: con me-nos razon diré los de otros.

—Si, pero á mí...

—¿Y por qué á vos?

—Porque soy amigo de D. Modesto, y ademas...

—¿Qué?

—Sé de antemano todo lo que podrias decirme.

El jóven Santiago miró á Chicot con sonrisa de incredulidad.

—Y bien, dijo Chicot, ¿quieres que te cuente lo que tu no quieres contarme?

—Con mucho gusto, dijo Santiago.

Chicot hizo un esfuerzo y dijo:

—En primer lugar ese pobre Borromeo...

El rostro de Santiago se anubló.

—¡Oh! dijo, si yo hubiese estado allí...

—¿Qué hubieras hecho tú si hubieses estado allí?

—La cosa no hubiera pasado de ese modo.

—¿Le hubieras defendido contra los suizos, con quienes habia trabado desigual pelea?

—Le hubiera defendido contra todo el mundo.

—¿De suerte que no hubiera muerto?

—O yó hubiera muerto con él.

—En fin, tú no te hallaste allí, y el pobre diablo ha muerto en una mala posada, pronunciando el nombre de D. Modesto.

—Sí.

—¿Y avisaron al punto á D. Modesto?

—Llevó el aviso un hombre todo azorado, el cual puso en alarma al convento.

—Entonces D. Modesto mandó que le trageran su litera y se dirigió al *Cuerno de la Abundancia*. ¿no es verdad?

—¿De donde sabeis eso?

—¡Oh! no me conoces todavía, pobre-cillo; soy algo hechicero.

Santiago retrocedió dos pasos.

—No es esto todo, continuó Chicot, que á medida que hablaba iba viendo mas claro con la viva luz de sus palabras; han encontrado una carta en el bolsillo del muerto.

—Una carta, eso es.

—Y D. Modesto encargó á su querido Santiago que llevara esta carta á donde decían las señas del sobre.

—Sí.

—Y Santiago corrió al punto al palacio de Guisa.

—¡Oh!

—Donde no encontró á nadie.

—¡Dios mio!

—Mas que á M. de Mayneville.

—¡Misericordia!

—Y entonces M. de Mayneville acompañó á Santiago á la posada del *Bravo Caballero*.

—¡Señor Briquet, señor Briquet, exclamó Santiago, si sabeis eso!...

—¡Pardiez! ya ves como lo sé, exclamó Chicot con aire de triunfo por haber despejado aquella incógnita, tan importante para él, de las densas tinieblas donde habia estado envuelta desde el principio.

—En ese caso, replicó Santiago, ya veis, señor Briquet, que no soy culpable.

—No, dijo Chicot, no eres culpable, ni por accion ni por omision; pero lo eres por pensamiento.

—¿Yo?

—Sin duda, puesto que te parece hermosa la duquesa.

—¿A mí?

—Y te vuelves para verla todavía al través de los cristales.

—¡Yo!

El fraile se ruborizó y dijo con voz balbuciente:

—En verdad, se asemeja á una virgen María que estaba en la cabecera de la cama de mi madre.

—¡Oh! murmuró Chicot: ¡cuántas cosas pierden las gentes que no son curiosas!

Entonces hizo que Clemente le contara lo que él mismo acababa de contar, aunque esta vez con pormenores que él no podía saber.

—¡Ya ves, dijo Chicot cuando aquel acabó su narracion, qué pobre maestro de esgrima era el hermano Borromeo!

—Señor Briquet, exclamó Santiago, es preciso no hablar mal de los muertos.

—No, pero confiesa una cosa.

—¿Cuál?

—Que Borromeo tiraba menos bien que el que le ha matado.

—Es verdad.

—Esto es todo lo que tenia que decirte; con que buenas noches, Santiaguito, y hasta la vista, y si quieres...

—¿Qué, señor Briquet?

—Que yo seré quien en adelante te dé

lecciones de esgrima.

—Con mucho gusto.

—Ahora, retírate luego, porque te esperan con impaciencia en el priorato.

—Es cierto: gracias por el aviso, señor Chicot.

Y el fraile desapareció corriendo.

Chicot no había despedido sin fundado motivo á su interlocutor, pues ya había sacado de él cuanto quería saber, y por otra parte, le faltaba todavía averiguar una cosa.

Dirigióse, pues, aceleradamente á su casa, dejando todavía á la puerta del *Bravo Caballero* la litera, los conductores y el caballo. Subió silenciosamente á su azotea, y vió que todavía había luz en la casa de enfrente.

Desde entonces no apartó ni un momento su vista de aquella casa.

Vió en primer lugar por la abertura de una cortina pasar varias veces á Ernauton como quien espera con impaciencia.

Después vió volver la litera, vió partir á Mayneville, y por último, vió entrar á la duquesa en el aposento donde palpitaba

ba Ernauton, mas bien que respiraba.

Ernauton se arrodilló delante de la duquesa, la cual le dió á besar su blanca mano.

Despues levantó la duquesa al jóven, y le invitó á sentarse delante de ella á una mesa elegantemente servida.

—Es singular, dijo Chicot: esto comenzó como una conspiracion y acaba como una cita de amor.

Si, continuó Chicot, ¿pero quién le ha dado esa cita de amor?

Mme. de Montpensier.

Y aclarando sus dudas con una luz nueva murmuró:

—¡Oh! ¡oh! "Querida hermana, apruebo vuestro plan respecto á los Cuarenta y Cinco; pero permitidme que os diga que hareis á esos pícaros mas honor del que merecen."

—¡Cáspita! exclamó Chicot, vuelvo á mi primera idea; no se trata de amorios, sino de una verdadera conspiracion.

Mme. la duquesa de Montpensier ama á M. de Ernauton de Carmainges; vigilemos los amores de la duquesa.

Y Chicot vigiló hasta las doce y media de la noche, hora en que Ernauton salió embozado hasta los ojos, mientras que la duquesa de Motpensier subió á su litera.

—Ahora, murmuró Chicot bajando su escalera, falta saber qué probabilidad es esa de muerte que puede librar al duque de Guisa del heredero presuntivo de la corona, y quiénes son esas gentes que se suponían muertas y viven todavía.

¡Voto á cribas! ¿Por qué no he de seguir la pista á todo esto?



CAPITULO XI.

EL CARDENAL DE JOYEUSE.

A juventud tiene sus caprichos tenaces para el mal y para el bien, que equivalen al aplomo de las resoluciones de la edad madura. Cuando estos caprichos se dirigen al bien, producen las grandes acciones, é imprimen en el hombre que empieza á dar los primeros pasos en la carrera de la vida un movimiento que le lleva por una pendiente natural hacia cualquiera rasgo de heroismo.

Así, Bayardo y Duguesclin llegaron á ser grandes capitanes despues de haber sido los niños mas ariscos é intratables que han existido jamás, y así tambien aquel guarda de puerco á quien la naturaleza habia hecho el pastor de Montalto, y por su genio llegó á ser Sisto V., fué un gran Papa por haberse obstinado en desempeñar mal su oficio de porquero. De este modo, en fin, las peores naturalezas espartanas se desarrollaban en el sentido del heroismo, despues de haber comenzado por la obstinacion en el disimulo y la crueldad.

Aqui solo nos proponemos trazar el retrato de un hombre comun; y sin embargo, mas de un biógrafo hubiera hallado en Enrique Du-Bouchage á los 20 años la corteza de un grande hombre.

Enrique se obstinó en su amor y en su apartamiento del mundo; como se lo habia pedido su hermano, como se lo habia exigido su rey, permanecio algunos dias solo con su eterno pensamiento; pero como este pensamiento se hubiese hecho cada vez mas inmutable, se decidió una mañana á visitar á su hermano el cardenal, per-

sonaje importante, que á la edad de 26 años hacia ya dos cumplidos que era cardenal, y que de arzobispo de Narbona habia pasado al mas alto grado de las grandezas eclesiásticas, merced á la nobleza de su estirpe y á la sublimidad de su talento.

Francisco de Joyeuse, á quien ya hemos introducido en escena para aclarar la duda de Enrique de Valois respecto de Sila, Francisco de Joyeuse, jóven y mundano, dotado de talento y de hermosura, era uno de los hombres mas notables de la época. Ambicioso por naturaleza, pero circunspecto por cálculo y por posicion, podia tomar por divisa *nada es demasiado*, y justificar su divisa.

Unico acaso de todos los hombres de corte, y Francisco de Joyeuse lo era antes de todo, habia sabido proporcionarse dos apoyos en los dos tronos religioso y civil, de los cuales dependia como hidalgo francés y como principe de la iglesia. Sisto le protegia contra Enrique III, y Enrique III le protegia contra Sisto. Era italiano en Paris y parisiense en Roma, magnifico y hábil en todas partes. La espada sola de

Joyeuse, el gran almirante, daba á este último mas peso en la balanza; pero en ciertas sonrisas del cardenal se notaba que si carecia de esas pesadas armas temporales que, á pesar de su elegancia, manejaba tan bien el brazo de su hermano, sabia usar y aun abusar de las armas espirituales que le confiaba el soberano jefe de la iglesia.

El cardenal Francisco de Joyeuse se habia enriquecido rápidamente, primero con los bienes de su propio patrimonio y despues con los diferentes beneficios que obtuvo, pues en aquella época la iglesia poseia, y poseia mucho, y cuando sus tesoros estaban exhaustos, conocia las fuentes hoy agotadas, donde debia renovarlos.

No es, pues, extraño que Francisco de Joyeuse se diera buena vida y gastara mucho lujo y boato. Dejando á su hermano el orgullo de su casa militar, atestaba sus antecámaras de curas, obispos y arzobispos. Una vez cardenal, como era principe de la iglesia, y por consiguiente superior á su hermano, habia tomado pages á la moda italiana y guardias á la moda francesa; pero estos guardias y estos pages no

eran para él sino un medio mas de libertad, pues muchas veces hacia colocar en hilera guardias y pages al rededor de una gran litera, por cuyas cortinas asomaba la mano de su secretario, en tanto que él á caballo y con la espada al hombro corría la ciudad disfrazado con una peluca, con una gorguera enorme y con unas botas de caballero cuyo ruido le alegraba el alma.

El cardenal gozaba, pues, de gran consideracion, porque en ciertas elevaciones las fortunas humanas son absorbentes, y obligan, como si estoviesen compuestas solamente de átomos encorvados, á todas las demás fortunas unirse á ellas como satélites, y por esta razon el nombre glorioso de su padre y la fama reciente é inaudita de su hermano Ana reflejaban en él todo su esplendor y gloria. Además, como habia seguido escrupulosamente aquel precepto de ocultar su vida y esplayar su espíritu, era solo conocido por sus buenas cualidades, y á los ojos de su misma familia pasaba por un gran hombre, felicidad que no han alcanzado muchos empe-

radores llenos de gloria y coronados por toda una nacion.

A este prelado vino á acogerse y refugiarse el conde Du-Bouchage, despues de su esplicacion con su hermano, despues de su conferencia con el rey de Francia, aunque, como ya hemos dicho, dejó trascurrir algunos dias para obedecer el mandato de su hermano mayor y de su soberano.

Francisco habitaba en París una casa que era un verdadero palacio. El patio inmenso de aquella casa jamás se veia desocupado de gente de á caballo y de literas; pero el prelado, cuyo jardin confinaba con la orilla del rio, dejaba sus patios y sus antesalas llenarse de cortesanos, y como tenia una puerta de salida al rio y un barco que le trasladaba sin ruido tan lejos y tan suavemente como queria, acontecia con frecuencia que muchos esperaban al lado de esta puerta inutilmente al prelado, á quien una indisposicion grave ó una penitencia austera servia de pretesto para no recibir, de modo que podia decirse que su casa era la Italia en el seno de la buena ciudad del rey de Francia, y otra Ve-

necia entre los dos brazos del Sena.

Francisco era orgulloso, pero no vano: amaba á sus amigos como hermanos y á sus hermanos casi tanto como á sus amigos. Mayor de edad que Du-Bouchage, pues le llevaba cinco años, no le escaseaba consejos buenos ni malos, ni la bolsa, ni la sonrisa; pero como sabia llevar maravillosamente el traje de cardenal, parecia á Du-Bouchage hermoso, noble, casi temible, de suerte que le respetaba acaso mucho mas que el hermano mayor de ambos. Enrique, con su hermoso corazon y sus brillantes galones de militar, confiaba temblando sus amores á Ana, y tal vez no se hubiera atrevido á declararlos á Francisco.

Sin embargo, cuando se dirigió al palacio del cardenal su resolucion estaba tomada; iba á ver al confesor y despues al amigo.

Entró en el patio de donde salian en aquel mismo instante muchos caballeros cansados de haber solicitado inutilmente el favor de una audiencia.

Atravesó las antecámaras, las salas y has-

ta los dormitorios; pues aunque se le habia dicho, como á los demás, que su hermano estaba en conferencia, ni un solo criado se habia atrevido á cerrar una puerta delante de Du-Bouchage. Así pues, atravesó todas las habitaciones y llegó hasta el jardín, verdadero jardín de prelado romano, como se encuentran hoy en la Quinta Pánfila ó en el palacio Borghese.

Enrique se detuvo á la sombra de un corpulento árbol á tiempo que la reja que daba á la orilla del agua giró sobre sus goznes y entró un hombre embozado en una gran capa parda y seguido por un page. Este hombre vió á Enrique, que estaba demasiado absorto en su meditacion para pensar en él, y se deslizó entre los árboles á fin de no ser visto ni por Du-Bouchage ni por ningun otro.

Enrique no reparó en aquella entrada misteriosa, y solo al volverse fué cuando vió entrar al hombre en el palacio.

Despues de esperar diez minutos iba á entrar á su vez y á preguntar á un lacayo á qué hora podria ver á su hermano, cuando un criado, que al parecer venia bus-

cándole, apenas lo divisó se llegó á él y le suplicó que pasase á la librería donde el cardenal le esperaba.

Enrique se dirigió lentamente á esta invitacion porque adivinaba una buena lucha: halló á su hermano el cardenal, á quien un ayuda de cámara acomodaba un vestido de prelado algo mundano tal vez, pero elegante, y sobre todo, cómodo.

—Buenos dias conde, dijo el cardenal. ¿Qué noticias me traeis, hermano mio?

—Escelentes respecto á nuestra familia, dijo Enrique. Ya sabeis que Ana se ha cubierto de gloria en la retirada de Amberes, y que vive.

—¿Y, á Dios gracias, tambien vos estais sano y salvo, Enrique?

—Sí, hermano mio.

—Ya veis, dijo el cardenal, que Dios, tiene sus designios acerca de nosotros.

—Hermano mio, estoy tan agradecido á Dios, que he formado el proyecto de consagrarme á su servicio; vengo, pues, á hablaros seriamente de este proyecto que me parece ya maduro, y del cual ya os he dicho algunas palabras.

—¿Pensais todavía en eso Du-Bouchage? dijo el cardenal dejando escapar una ligera exclamacion que indicaba que Joyeuse iba á sostener una verdadera lucha.

—Todavía hermano mio.

—Es imposible, Enrique, replicó el cardenal. ¿No os lo han dicho ya?

—No he escuchado lo que me han dicho, hermano mio, porque una voz mas fuerte que habla dentro de mí me impide oír ninguna palabra que me separe de Dios.

—No estais tan ignorante de las cosas del mundo, hermano mio, dijo el cardenal con cierta serenidad, para creer que esa voz sea verdaderamente la del Señor; todo lo contrario, y me atrevo á asegurarlo: el sentimiento que os inspira, Enrique, es puramente mundano. Nada tiene que ver Dios en este asunto; no abuseis, pues, de su santo nombre, y sobre todo, no confundais la voz del cielo con la de la tierra.

—No confundo, hermano mio, quiero decir solamente que cierta fuerza irresistible me arrastra hácia el retiro y la soledad.

Enhorabuena; Enrique: fijemos los verdaderos términos de la cuestión. Tomando, pues, acta de vuestras palabras, voy á haceros el hombre mas feliz del mundo.

—Gracias, hermano mio, gracias.

—Escuchadme, Enrique. Es preciso que tomeis dinero, dos escuderos y viajeis por toda Europa como conviene á un hijo de la casa á que pertenecemos. Vereis países lejanos, la Tartaria, la Rusia misma; los Lapones, esos pueblos fabulosos que jamás visita el sol; os sepultareis en vuestros pensamientos hasta que el germen devorador que trabajaba en vos se estinga ó se sacie... Entonces volveréis.

Enrique, que se habia sentado, se levantó mas sério que lo habia estado su hermano, y dijo:

—Monseñor; veo que no me habeis comprendido.

—Sí, os he comprendido, Enrique. ¿No habeis dicho retiro y soledad?

—Sí, he dicho eso; pero por retiro y soledad entiendo yo el claustro, hermano mio, y no los viajes; viajar es gozar todavía de la vida, y yo quiero casi su-

frir la muerte, y sino es posible sufrirla, gustarla á lo menos.

—Permitidme que os diga, Enrique, que ese pensamiento es un absurdo, porque al fin el que quiere aislarse lo consigue á cualquiera parte donde vaya; pero puesto que os empeñais en hablar solo de claustro, acepto la palabra, y os diré que conozco religiosos benitos muy sabios y agustinos muy ingeniosos, cuyas casas son alegres, risueñas, gratas y cómodas. En medio de los trabajos de la ciencia ó de las artes, pasareis un año encantador en buena compañía, lo cual es mas importante de lo que os parece, y si al cabo de este año insistis en este proyecto, entonces, Enrique, os prometo no haceros la menor oposicion, y yo mismo os abriré la puerta que os conducirá dulcemente á la salvacion eterna.

—Decididamente no me comprendéis, hermano mio, dijo Du-Bouchage meneando la cabeza, ó mas bien, vuestra generosa inteligencia no quiere comprenderme; no es una mansion alegre, ni un retiro delicioso lo que busco, sino la clau-

sura rigurosa, negra y muerta; lo que quiero, en fin, es pronunciar mis votos, votos que no me dejen otra distraccion que la de cavar una sepultura y las oraciones divinas.

El cardenal frunció el ceño y se levantó de su silla.

—Sí, dijo, habia comprendido perfectamente, y queria con mi resistencia sin frases y sin dialéctica combatir la locura de vuestras resoluciones; pero puesto que me obligais á ello, escuchadme.

—¡Ah! hermano mio, dijo Enrique con aire de abatimiento, no trateis de convencerme, porque es imposible.

—Hermano mio, en primer lugar, os hablaré en nombre de Dios, de ese Dios á quien ofendeis diciendo que os ha inspirado esa feroz resolucion. Sois muy débil, puesto que os dejais abatir por el primer dolor. ¿Cómo quereis que acepte Dios propicio una victima casi indigna que lo ofrezcais?

Enrique hizo un movimiento.

—¡Oh! no quiero guardaros consideracion alguna, puesto que tampoco vos la

teneis con ninguno de nosotros, replicó el cardenal: ¿por ventura os olvidais del pesar que vuestra imprudente determinacion vá á causar á nuestro padre, á nuestro hermano mayor y á mí?...

—Permitidme, interrumpió Enrique cubriéndose de rubor sus mejillas; permitidme, monseñor, que os diga que estais equivocado. ¿Pues qué, el servicio de Dios es una carrera tan deshonrosa que deba toda una familia vestirse de luto porque la abraza uno de sus individuos? Vos, hermano mio, vos, cuyo retrato veo en esta sala, con ese oro, con esos diamantes y con esa púrpura, ¿no sois la honra y la alegría de nuestra casa, á pesar de haber escogido el servicio de Dios, como mi hermano mayor el de los reyes de la tierra?

—¡Niño! ¡niño! exclamó el cardenal con impaciencia, me hareis creer que habeis perdido el juicio. ¡Cómo! ¿Quereis comparar mi casa con un claustro; mis cien lacayos, mis batidores, mis gentiles hombres, y mis guardias con la celda y la escoba, que son las únicas armas y riquezas del claustro? ¿Estais loco? ¿No habeis

dicho ahora mismo que rechazais todas esas cosas superficiales, tan necesarias para mí, los cuadros, los vasos preciosos, la pompa y el ruido? ¿Teneis como yo el deseo y la esperanza de ceñir vuestra frente con la tiara de San Pedro? Hé aquí una verdadera carrera, Enrique; en ella se corre, se lucha, se vive; ¿es así la que habeis escogido? Lo que buscáis, lo que apeteceis, hermano mio, es la zapa del minero, es la azada del trapense, es la huesa del sepulturero, y en ese claustro, en esa vida que tanto anhelais, no hay aire, no hay alegría, no hay esperanza. ¿Y todo por qué? Me avergüenzo al decirlo: porque amais á una muger que no os ama. ¡En verdad, Enrique, que haceis grande agravio á vuestra estirpe!

—Hermano mio, exclamó el jóven pálido y brillando en sus ojos un fuego sombrío, ¿quereis mejor que me levante la tapa de los sesos de un pistoletazo, ó que me aproveche del honor que tengo de llevar una espada para hundirmela en el corazón? Por Dios, monseñor, vos, que sois cardenal y principe, dadme la absolución.

de ese pecado mortal: yo os aseguro que se hará todo tan pronto que no tengais tiempo para acabar ese indigno pensamiento de que deshonro á mi estirpe, lo que, gracias á Dios, no hará jamas un Joyeuse.

—Vamos, vamos, Enrique, dijo el cardenal atrayendo á su hermano hácia sí y estrechándolo en sus brazos, vamos hijo mio, amado de todos, olvida y sé clemente con los que te aman.—Yo te lo suplico, como egoista, escucha: cosa rara en este mundo, todos nos otros somos felices, los unos por la ambicion satisfecha, y los otros por las bendiciones de todo género que Dios se ha servido derramar sobre nuestra existencia; no echés, hijo mio, el veneno mortal del retiro sobre las alegrías de tu familia: piensa en las lágrimas de nuestro padre, piensa en que todos llevaremos en la frente la mancha negra de ese luto en que vas á sumergirnos. Por Dios, Enrique, cede á la razon; la vida del claustro no es la que te conviene. No, te digo que morirás en él: porque me contestarás, desdichado, con una sonrisa ¡ay! demasiado inteligible; no, yo

tediré que el claustro es mas fatal que el sepulcro, porque solo este estingue la vida y aquel estingue la inteligencia y encorva la frente en vez de levantarla al cielo: la humedad de las bóvedas pasa poco á poco la sangre y penetra hasta la médula de los huesos para hacer del enclaustrado una estatua mas de granito en su convento. Hermano mio, hermano mio, no olvides que es breve la vida y que no tenemos mas que una juventud.—Pues bien, los años de la hermosa juventud pasarán tambien, porque te hallas bajo el imperio de un gran dolor, pero á los treinta años te harás hombre, vendrá la sávia de la madurez y arrastrará ese resto de dolor gastado, y entouces querrás revivir; pero será demasiado tarde, porque entonces estarás triste, lacerado, tu corazon no tendrá ya fuego ni brillo tus ojos; las personas á quienes buscarás huirán de tí como de un sepulcro blanqueado, cuya negra profundidad temen todas las miradas. Enrique, te hablo como amigo, escucha mis consejos dictados por la prudencia y el cariño.

El jóven permaneció inmóvil y silencioso, lo cual hizo creer al cardenal que habia triunfado de su resolucion.

—Mira, dijo, apela á otro recurso, Enrique; ese dardo envenenado que llevas en tu corazon llévalo á todas partes, entre el ruido, á las fiestas, sientate con él á nuestros festines; imita al cerbatillo herido que atraviesa las selvas, los lianos y los montes tratando de arrancar de su costado la flecha retenida en los labios de la herida; algunas veces cae la flecha.

—Hermano mio, por piedad, dijo Enrique, no insistais mas; lo que os pido no es el capricho de un instante, la decision de una hora: es el fruto de una lenta y dolorosa resolucion. Hermano mio, en nombre del cielo os suplico que me concedais la gracia que os pido.

—Y bien, ¿qué gracia pedis? Sepamos.

—Una dispensa, monseñor.

—¿Para qué?

—Para abreviar mi noviciado.

—¡Ah! Ya lo sabia, Du-Bouchage: eres mundano hasta en tu rigorismo, pobre amigo. ¡Oh! sé la razon que vas á darme.

¡Oh! sí, eres un hombre de nuestro mundo, te asemejas á esos jóvenes que se alistan voluntariamente en la milicia, y quieren el fuego, las balas y las cuchilladas; pero no el trabajo de las trincheras ni el barrido de las tiendas.

—¡Por Dios! ¡Por Dios! dadme esa dispensa, hermano mio; os la pido de rodillas.

—Te lo prometo: voy á escribir á Roma. Un mes tardará en venir la respuesta; pero en cambio prométeme una cosa.

—¿Cual?

—Que durante ese mes no esquives ninguno de los placeres que te se presenten, y si dentro de un mes insistes en tus proyectos, Enrique, entonces te daré esa dispensa con mi propia mano. ¿Estas satisfecho? ¿Quieres algo mas?

—No, hermano mio, gracias; pero un mes es tan largo, y las dilaciones me matan.

—Entre tanto, ¿quieres comenzar á distraerte almorzando conmigo? Hoy tengo muy buena compañía.

El prelado acompañó estas palabras con una sonrisa que le hubiera envidiado el

mas mundano de los favoritos de Enrique III.

—Hermano mio, dijo Du-Bouchage escusándose.

—No admito excusas; aquí no teneis mas que á mí, puesto que llegais de Flandes, y vuestra casa no debe estar todavía arreglada.

Diciendo así, el cardenal se levantó, y abriendo una mampara que comunicaba con un gran gabinete suntuosamente amueblado, dijo:

—Venid, condesa, á ver si entre los dos persuadimos al conde Du-Bouchage á que se quede con nosotros.

En el momento de abrir el cardenal la mampara vió Enrique recostado sobre cojines al page que habia entrado con el caballero embozado por la reja que daba salida á la orilla del rio, en este mismo ropage, aun antes que el prelado hubiera denunciado su sexo, habia reconocido á una mujer.

Cierto repentino terror se apoderó de él, y mientras el mundano cardenal iba á buscar al hermoso page para traerlo de la

mano, Enrique se lanzó fuera de la habitación, de suerte que cuando Francisco entró acompañando à la dama, risueña con la esperanza de volver un corazón al mundo, la estancia estaba completamente vacía.

Francisco frunció el ceño, y sentándose delante de una mesa llena de papeles y de cartas, escribió precipitadamente algunas líneas diciendo:

—¿Quereis llamar, mi querida condesa?

El page tocó una campana de martillo, y al punto se presentó su ayuda de cámara de confianza.

—Que ahora mismo monte á caballo un correo, dijo Francisco, y lleve esta carta al gran almirante al castillo de Thierry.



CAPITULO XII.

EN QUE SE DAN NOTICIAS DE AUVILLY.

 El día siguiente á la escena que acabamos de referir, trabajaba el rey en el Louvre con el superintendente de hacienda, cuando vinieron á avisarle que acababa de llegar del castillo [de Thierry el primogénito Joyeuse, y le esperaba en el gran gabinete de audiencia para enterarle de un mensaje del duque de Anjou.

El rey dejó precipitadamente su tarea y corrió á recibir á aquel amigo tan querido.

Buen número de oficiales y de cortesanos guarnecían el gabinete; la reina madre había venido aquella tarde, escoltada de sus damas de honor y camaristas que, alegres y vivarachas, eran otros tantos soles acompañados siempre de satélites.

El rey dió á besar su mano á Joyeuse y dirigió una mirada de satisfacción por toda la asamblea.

En el ángulo de la puerta de entrada, y en su puesto acostumbrado, estaba Enrique Du-Bouchage, cumpliendo rigurosamente su servicio y sus deberes.

El rey le dió gracias y le saludó con un movimiento de cabeza amistoso, á que Enrique contestó con una reverencia profunda.

Estas inteligencias hicieron volver la cabeza á Joyeuse, que dirigió desde lejos una sonrisa á su hermano, sin saludarle empero demasiado ostensiblemente por temor de ofender la etiqueta.

—Señor dijo Joyeuse, vengo de parte del duque de Anjou, que acaba de llegar de la expedición de Flandes.

—¿Mi hermano está bueno, señor almirante?

—Tan bueno, señor, como lo permite el estado de su espíritu; sin embargo, no ocultaré á V. M. que monseñor sufre al parecer.

—Después de la desgracia que ha experimentado necesita distraerse, dijo el rey muy satisfecho de poder proclamar el descalabro acontecido á su hermano, al mismo tiempo que manifestaba compadecerle.

—Creo que sí, señor.

—Nos han dicho, señor almirante, que el desastre fué cruel.

—Señor...

—Pero que gracias á vos pudo salvarse buena parte del ejército. Os felicito, señor almirante, por vuestro generoso comportamiento. ¿Y ese pobre de Anjou desea vernos?

—Ardientemente, señor.

—Sí, si le veremos. ¿Sois de este parecer señora? dijo Enrique volviendo la cabeza hácia Catalina, cuyo corazón sufría todo lo que su rostro se obstinaba en ocultar.

—Señor, respondió, hubiera salido so-

la á recibir á mi hijo; pero ya que V. M. se digna reunirse á mi en este buen deseo, el viaje será para mi una partida de placer.

—Vendreis con nosotros, dijo el rey á los cortesanos: partiremos mañana y dormire en Meaux.

—Señor, si me lo permitis iré á anunciar á monseñor tan buena nueva.

—¡No, no! ¡Como se entiende, señor almirante, dejarme así tan pronto! Comprendo que un Joyeuse sea amado por mi hermano y deseado, pero tenemos dos... ¡á Dios gracias!... Du-Bouchage, si gustais, podeis partir para el castillo de Thierry.

—¿Señor, preguntó Enrique, me será permitido luego que anuncie el viaje de V. M. al duque de Anjou volverme á Paris?

—Haced lo que os plazca, Du-Bouchage, dijo el rey.

Enrique saludó y se dirigió hácia la puerta. Por fortuna Joyeuse le hacecha-ba y dijo:

—¿Me permitis, señor, que hable una

palabra á mi hermano?

—Hablad lo que querais. ¿Pero qué hay? preguntó el rey en voz baja.

—Nada, señor, sino que se dá demasiada prisa por despachar la comision, y el objeto de toda esa prisa es volverse pronto, lo cual contraria mis proyectos y los del cardenal.

—Anda, anda y échale una buena reprimenda á ese loco de enamorado.

Ana echó á correr tras su hermano y lo alcanzó en las antecámaras.

—¿Qué es eso? dijo Joyeuse. ¿Parece que llevas mucha prisa, Enrique?

—Sí, hermano mio.

—¿Sin duda para volverte pronto?

—Así es la verdad.

—¿Conque no piensas permanecer algun tiempo en el castillo de Thierry?

—Lo menos posible.

—¿Por qué?

—Donde hay diversion nada tengo que hacer yo, hermano mio.

—Todo lo contrario, Enrique; por lo mismo que el duque de Anjou trata de dar fiestas en la corte, debes quedarte en

el castillo de Thierry.

—Me es imposible, hermano.

—¿Sin duda por ese deseo de retiro, por esos proyectos de austeridad que aun no has abandonado?

—Sí.

—¿Y para eso has ido á pedir al rey una dispensa?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Yo que lo sé.

—Es verdad; le he pedido esa dispensa.

—Pues debo decirte que no la obtendrás.

—¿Por qué no, hermano mio?

—Porque el rey no tiene interés en privarse de un servidor como tú.

—En ese caso, mi hermano el cardenal hara lo que S. M. no quiera hacer.

—¡Y todo eso por una mujer!

—Ana, te suplico que no insistas mas.

—Bien, tranquilízate, no volveré á hablarte sobre este particular; pero en cambio prométeme esperarme en el castillo de Thierry en mi habitacion; hace mucho tiempo que no vivimos juntos, y necesito pasar algun tiempo en tu compañía.

—Hermano mio, tú vas al castillo de Thierry para divertirte, y yo, si permanezco allí, no haré mas que envenenar todos tus placeres.

—No por cierto; soy de un temperamento muy bueno y á propósito para batar en brecha todas tus melancolías.

—Hermano mio...

—Permitidme, conde, dijo el almirante con imperiosa obstinacion, permitidme que os recuerde que aquí represento á nuestro padre, y por lo tanto os intimó que me esperéis en el castillo de Thierry; allí encontrareis mi habitacion, que será la vuestra. Está en el piso bajo, sobre el parque.

—Si lo mandais, hermano, dijo Enrique con resignacion...

—Dadle el nombre que querais, conde, deseo su orden pero esperadme.

—Obedeceré, hermano mio.

—Y estoy persuadido de que no te enojarás por esto, añadió Joyeuse estrechando al jóven en sus brazos.

Este se desprendió quiza algo ásperamente del abrazo fraternal, pidió sus ca-

ballos, y partió inmediatamente para el castillo de Thierry, corriendo con la cólera de un hombre contrariado, es decir, que devoraba el espacio,

Aquella misma tarde subia antes de anocheecer la colina sobre la cual está situado el castillo de Thierry, con el Marne á sus pies.

Con solo pronunciar su nombre se abrieron delante de él las puertas del castillo que habitaba el príncipe; pero en cuanto á una audiencia, preciso le fué esperar mas de una hora.

El príncipe, decian unos, está en sus habitaciones; S. A. decian otros, está durmiendo; por último, el ayuda de cámara pretestaba que el príncipe estaba dando lección de música. Ninguno de los criados podia dar una respuesta positiva.

Enrique insistió para no tener que pensar ya en el servicio del rey, y entregarse desde entonces enteramente á su tristeza.

En vista, pues, de su obstinacion y como todos sabian que él y su hermano eran de la intimidad del duque, le hicieron pasar á uno de los salones del primer piso,

donde el príncipe iba á dignarse al fin recibirle.

Media hora trascurrió, y la noche estendía insensiblemente sus negras sombras.

El paso pesado y torpe del duque de Anjou resonó en la galería, y Enrique, que le reconoció, se preparó al ceremonial de costumbre; pero el príncipe, que al parecer tenía mucha prisa, dispensó á su embajador de aquellas formalidades tomándole la mano y abrazándolo.

—Buenas tardes, conde dijo. ¿Por qué os incomodais en venir á ver á un pobre vencido?

—El rey me envia, monseñor, para participaros que tiene muchos deseos de ver á V. A. y á fin de dejarle descansar de sus fatigas ha resuelto venir al castillo de Thierry mañana lo mas tarde.

—¿El rey vá á venir mañana? exclamó Francisco con un movimiento de impaciencia; pero casi al mismo tiempo añadió:

—Mañana, mañana; y nada hay dispuesto en el castillo ni en la ciudad para recibir á S. M.

Enrique se inclinó como hombre que trasmite una orden, pero que no tiene en-

cargo de comentarla.

—La prisa que tienen SS. MM. de venir á ver á V. A. no les ha permitido pensar en los inconvenientes.

—¡Bien, bien! exclamó el príncipe con volubilidad, aprovecharemos el tiempo; os dejo, pues, Enrique; gracias por vuestra celeridad, pues, segun veo habeis corrido mucho; descansad.

—¿V. A. no tiene alguna otra orden que comunicarme? preguntó Enrique respetuosamente.

—Ninguna. Acostaos. Os servirán en vuestro cuarto, conde. Yo no tengo mesa esta noche, estoy algo enfermo, inquieto, he perdido el apetito y el sueño, lo cual hace mi vida demasiado lúgubre y triste para que nadie participe de ella. A propósito, ¿sabeis la noticia que corre?

—No monseñor, ¿qué noticia?

—Auvilly ha sido comido por los lobos...

—¡Auvilly! exclamó Enrique con sorpresa.

—¡Sí!... Devorado... Es cosa particular; todos los que me rodean mueren mal. Buenas noches, conde, dormid bien.

Y el príncipe se alejó con rapidez.

CAPITULO XIII.

DUDA.

ENRIQUE bajó, y al atravesar las antecámaras encontró á varios oficiales conocidos que corrieron á él, ofreciéndose amistosamente á conducirle al aposento de su hermano, situado en uno de los ángulos del castillo.

La biblioteca era la habitacion que el duque habia designado á Joyeuse durante su permanencia en el castillo de Thierry.

Dos salones amueblados como se estila-

la en tiempo de Francisco I. se comunicaban entre sí, yendo á parar á la biblioteca, cuya última pieza daba á los jardines.

Joyeuse habia mandado colocar su lecho en la biblioteca, pues aunque era perezoso, tenia una imaginacion bien cultivada, y al mismo tiempo que con solo estender el brazo hallaba con que aumentar su saber, si abria la ventana respiraba las emanaciones de la naturaleza. Los hombres dotados de una organizacion superior necesitan goces mas completos que los que no se hallan en igual caso, y la brisa de la mañana, el canto de los pájaros ó el perfume de las flores añadian allí nuevo encanto á las poesías de Clemente Marot ó á las de Ronsard.

Enrique se decidió á conservar todo aquello en el estado en que se hallaba, no porque le conmoviera el sibaritismo poético de su hermano, sino al contrario, por indolencia, y porque le era indiferente estar allí ó en otra parte.

Pero como á pesar de la situacion de ánimo en que se encontraba el conde, es-

taba acostumbrado á no desentendar sus deberes para con el rey ó los príncipes de la familia real de Francia, preguntó en qué parte del castillo vivia el príncipe desde su regreso.

La casualidad envió á Enrique un excelente *cicerone*, á saber: el jóven abandonado que por indiscrecion reveló al príncipe el secreto del conde en la aldea de Flandes, donde por un momento hicieron alto nuestros personajes: el referido abandonado no habia dejado al príncipe desde su regreso, y podia poner al corriente á Enrique de cuanto deseara saber.

Cuando el príncipe llegó al castillo de Thierry, lo primero que hizo fué buscar el bullicio y la disipacion, ocupando los mejores aposentos, recibiendo por mañana y tarde, y persiguiendo durante el día á los ciervos por los bosques, ó paseándose por el jardin; pero así que supo la muerte de Auvilly, muerte cuya noticia llegó al príncipe no se sabe por qué conducto, se retiró á un pabellon situado en medio del jardin. El espresado pabellon, que era una especie de retiro inaccesible para todo el

mundo, menos para los mas allegados á la servidumbre del principe, estaba oculto bajo unos frondosos árboles, y apenas sobresalia sobre unas gigantescas carpas y por entre la espesura de los setos.

A este pabellon se habia retirado el principe hacia dos dias; los que no le conocian decian que era el pesar causado por la muerte de Auvilly el que le sumergia en aquella soledad, y los que le conocian opinaban que sin duda meditaba en aquel pabellon alguna obra vergonzosa ó infernal que saldria á luz el dia menos pensado.

Cualquiera de esas dos suposiciones era tanto mas probable, cuanto que el principe daba muestras de desesperarse siempre que un asunto ó una visita le sacaban de su retiro, al cual volvia tan pronto como evacuaba aquel ó despachaba esta, sirviéndole solamente dos ayudas de cámara viejos que le habian visto nacer.

—Entonces, dijo Enrique, si el principe está de tan mal humor, no pueden ser divertidas las fiestas.

Seguramente, respondió el abanderado,

porque todos querrán participar del dolor del príncipe, herido en su orgullo y en sus afecciones.

Enrique continuó preguntando sin querer, y tomando cierto extraño interés en sus preguntas; la muerte de Auvilly, á quien habia conocido en la corte, y vuelto á ver en Flandes, la especie de indiferencia con que el príncipe le habia anunciado la pérdida que habia sufrido, y hasta la reclusion á que, segun decian, se habia condenado desde que supo aquella muerte, todo esto se referia, segun él á la trama misteriosa y sombría sobre la cual estaban bordados hacia algun tiempo los acontecimientos de su vida.

—¿Y no se sabe, preguntó el abanderado, cómo ha llegado a noticia del príncipe la muerte de Auvilly?

—No.

—¿Pero al fin, insistió, algo contarán sobre ese triste acontecimiento?

—¡Oh! sí, dijo el abanderado; cierto ó falso, algo se dice.

—Pues bien, sepamos.

—Se dice que el príncipe estaba cazan-

do á orillas del río y que se habia separado de los demás cazadores, porque él es estremado en todo, lo mismo en la caza que en el juego, lo mismo en sus distracciones que en su dolor, cuando de repente se le vió venir con el rostro conternado.

Los cortesanos le preguntaron, pensando que no se trataba mas que de una simple aventura de caza.

Traia en la mano dos cartuchos de oro.
—¿Quereis creer una cosa, señores? dijo con voz alterada: Auvilly ha muerto devorado por los lobos.

—Sí, señores, continuó el príncipe al ver los ademanes con que todos espresaban su sorpresa, el pobre tocador de laúd tenia mas de músico que de jinete. Parece que se le desbocó el caballo y que cayó en un barranco, donde debió perecer, pues al dia siguiente dos viajeros que pasaban cerca de aquel barranco hallaron su cuerpo medio comido por los lobos, y la prueba de que esto ha pasado así y que los ladrones no han tenido la menor parte en la muerte del pobre músico, son es-

tos dos cartuchos de oro que tenia en su bolsillo y que han sido fielmente entregados.

—Y como no se habia visto á nadie traer esos dos cartuchos de dinero, prosiguió el abanderado, se supuso que habian sido entregados al príncipe por aquellos dos viajeros, que habiéndole encontrado y reconocido en la orilla del rio, le dieron la noticia de la muerte de Auvilly.

—Es extraño, murmuró Enrique.

—Tanto mas extraño, continuó el abanderado, cuanto que, segun se dice, no se si con razon ó sin ella, han visto al príncipe abrir la puertecita del parque, del lado de los castaños, y pasar por esta puerta como dos sombras. Luego el príncipe ha hecho entrar en el parque á dos personas, probablemente á los dos viajeros, y desde entonces ha emigrado á su pabellon sin que podamos verle sino á hurtadillas.

—¿Y nadie ha visto á esos dos viajeros? preguntó Enrique.

—Yo, dijo el abanderado; al ir á tomar la consigna de la noche para la guardia del castillo, encontré en la habitacion de

S. A. un hombre que me pareció extraño á la servidumbre, pero cuya fisonomía no pude ver, por haberse vuelto de espaldas al entrar yo y haberse echado hasta los ojos la capucha de su gabardina.

—¿La capucha de su gabardina decís?

—Sí; ese hombre parecía un campesino flamenco, y no sé porque, me ha recordado al que os acompañaba cuando nos encontramos allá abajo.

Enrique se estremeció, uniendo en el acto esta observacion al interés sordo y tenaz que le inspiraba aquella historia, y como él tambien habia visto á Diana y á su compañero confiados á Auvilly, no pudo ménos de creer que eran conocidos suyos los dos viajeros que habian comunicado al principe la muerte del desgraciado músico.

Enrique miró atentamente al abanderado y le preguntó:

—¿Y cuándo creisteis haber reconocido á ese hombre, qué idea os ocurrió?

—Hé aquí lo que pienso, respondió el abanderado; sin embargo no quisiera afirmar nada. El principe ha renunciado sin

duda sus proyectos sobre Flandes y al efecto sostiene sus espías: el hombre de la gabardina es un espía que en su escursión habrá sabido la desgracia ocurrida al músico y habrá traído dos noticias á la vez.

—Es muy verosímil, dijo Enrique reflexionando; ¿pero ese hombre qué hacia cuando le visteis?

—Le ví marchar á lo largo del vallado del jardin, desde vuestras ventanas podeis ver ese vallado, y dirigirse hácia los invernaderos.

—Entonces veriais á los dos viajeros, porque segun decís, eran dos.

—Dicen que han visto entrar á dos personas, pero yo no he visto mas que una sola: al hombre de la gabardina.

—¿Entonces, segun vos, el hombre de la gabardina habitará en los invernaderos?

—Es probable.

—¿Y esos invernaderos á dónde tienen salida?

—A la poblacion.

Enrique permaneció algun tiempo silencioso: su corazon latia con violencia, porque todos aquellos pormenores, indiferen-

tes para él en la apariencia, le inspiraban un interés inmenso.

Entretanto habia llegado la noche y los dos jóvenes estaban hablando á oscuras en el aposento de Joyeuse.

Cansado del viaje, aturdido con los extraños sucesos que acababan de contarle, y sin fuerzas para resistir las emociones que sentia, el conde se tendió sobre el lecho de su hermano y clavó maquinalmente la vista en el azul del cielo, que parecia estrellado de diamantes.

El joven abanderado estaba sentado sobre el antepecho de la ventana, y tambien se dejaba llevar de ese abandono de la imaginacion, de esa poesia innata en la juventud, ese letargo de bienestar que causa la frescura embalsamada de la noche.

En el jardin y la poblacion reinaba el mayor silencio; cerrábanse las puertas, encendianse las luces poco á poco, y los perros ladraban á lo léjos en las perreras á los criados que estaban encargados de cerrar de noche las cuadras.

De pronto se levantó el abanderado, hizo con la mano una seña para fijar la aten-

cion del conde, asomóse á la ventana, y llamando en voz baja á aquel, le dijo:

—Venid acá, conde, venid.

—¿Pues qué hay? preguntó Enrique saliendo repentinamente de su sueño.

—Ya tenemos ahí al hombre.

—¿Qué hombre?

—El de la gabardina, el espía.

—¡Oh! dijo Enrique saltando desde la cama á la ventana y apoyándose en el hombro del abanderado.

—Mirad continuó el abanderado; ¿le veis allá abajo? Va costeando el seto; esperad y vereis como vuelve á aparecer; fijad ahora la vista en aquel espacio iluminado por la luna; allí está, allí está.

—Efectivamente.

—¿No es verdad que es una aparicion fatídica.

—A no dudarlo, respondió Du-Bouchage, inmutándose tambien.

—¿Creeis que sea un espía?

—Ni lo creo ni lo dejo de creer.

—Mirad como se dirige del pabellon del príncipe al invernáculo.

—¿Está allí el pabellon? preguntó Du-

Bouchage señalando con el dedo al punto de donde al parecer venia el desconocido.

—¿Veis esa luz que oscila en medio de los árboles?

—Sí.

—Pues ese es el comedor.

—¡Ah! exclamó Enrique, miradle otra vez.

—Nada; está visto que se dirige al invernáculo para reunirse con su compañero. ¿Oís?

—¿El qué?

—El ruido de una llave al meterla en la cerradura.

—Es cosa muy extraña, dijo el conde, que á pesar de que esto nada tiene de particular...

—¿Os estremeceis? ¿no es eso?

—Sí, dijo el conde; ¿pero qué mas hay?

En aquel momento se oyó una especie de campana.

—Tocan á comer, dijo el abanderado. ¿Quereis acompañarnos, conde?

—No, gracias, nada necesito, y cuando tenga hambre llamaré.

—No espereis á eso, y venid á divertir-
ros en nuestra compañía.

—Me es imposible.

—¿Por qué?

—Porque casi me ha mandado. S. A. R.
que disponga me sirvan en mi aposento;
pero no quiero que por mí tardeis.

—Gracias, conde; buenas noches, y vi-
gilad bien á nuestro fantasma.

—Os respondo de que así lo haré, á no
ser, continuó Eurique temiendo haber di-
cho demasiado, á no ser que me acometa
el sueño, lo cual me parece mas pro-
bable y mas sano que andar acechando
sombras y espías.

—De seguro, dijo el abanderado rién-
dose.

Y se despidió de Du-Bouchage.

Apenas habia salido de la biblioteca, quan-
do Enrique se lanzó al jardín murmu-
rando:

—¡Oh! es Remigio, es Remigio; le co-
noceria hasta en las tinieblas del infierno.

Y conociendo el jóven que le tem-
blaban las rodillas, se llevó sus húmedas
manos á la frente, la cual despedia fuegos,

—¡Dios mio! dijo, ¿será engaño de mi pobre imaginacion, ó está escrito que ya duerma, ya esté despierto, sea de noche ó de día, he de ver esas dos figuras que han abierto en mi vida un surco tan hondo? Efectivamente, continuó como hombre que conocia era preciso dominarse, ¿por qué ha de estar aquí, y en este palacio, y al lado del duque de Anjou, Remigio? ¿Qué habrá venido á hacer? ¿Qué relaciones tiene con él el duque? ¿Cómo, en fin, habrá dejado á Diana, siendo, como era, su inseparable compañero? No, no es él.

Luego disipó su duda como por instinto una convicción tan íntima y profunda, que murmuró desesperado apoyándose en la pared para no dar con su cuerpo en tierra.

—Es él, es él.

Apenas acababa de formular este pensamiento, que dominó todos los demás volvió á sonar el ruido de la cerradura, y aunque era casi imperceptible, lo oyó.

Entonces recorrió todo su cuerpo un estremecimiento inesplicable, y se puso á escuchar de nuevo.

Tal era el silencio que reinaba en su derredor, que oía los latidos de su propio corazón.

Unos cuantos minutos trascurrieron sin que viese aparecer lo que esperaba.

Sin embargo, el oído le decía que alguien se acercaba, porque oía crujir la arena.

De pronto se abrió la línea negra que formaban los ojaranzos; y le pareció que en aquel fondo sombrío se movía un grupo mas sombrío todavía.

—Ya vuelve, murmuró Enrique. ¿Venrá solo ó acompañado?

El grupo avanzaba por la parte en que la luna plateaba un espacio de terreno vacío, debiendo recordar que cuando el hombre de la gabardina atravesaba aquel espacio en dirección opuesta, fué cuando Enrique creyó conocer desde la ventana á Remigio.

Aquella vez vió Enrique perfectamente dos sombras, sin que le quedase el menor asomo de duda.

Un frío mortal penetró su corazón, convirtiéndole en una estatua de mármol.

Las dos sombras andaban con velocidad, si bien con paso firme, llevando la primera una gabardina de lana, y el conde creyó conocer á Remigio, lo mismo que antes.

La que iba detras no podia ser analizada, porque iba completamente envuelta en una capa de hombre.

Sin embargo, Eurique creyó adivinar lo que nadie hubiera podido ver, y exhaló una especie de lastimoso rugido.

En seguida, así que los dos misteriosos personajes desaparecieron detras de los ojaranzos, el jóven corrió tras ellos y fué penetrando de bosquecillo en bosquecillo en pos de los que se habia propuesto conocer.

—¡Oh! decia sin dejar de andar, ¿me habré engañado. ¡Dios mio! ¿Será posible?



CAPITULO XIV.

CERTEZA.

HENRIQUE se deslizó á lo largo del seto de ojaranzos por la parte en que daba la sombra, teniendo la precaucion de no hacer ruido, ora al pisar la arena, ora al tropezar con las hojas.

Teniendo como tenia que andar y mirar por él, no podia ver bien; pero sin embargo, en el aire del cuerpo, en el traje y en los ademanes conoció de nuevo que el hombre de la gabardina era Remigio.

En cuanto al otro, penetraban en su mente simples conjeturas, que eran para él mas espantosas que la misma realidad.

El camino, cubierto á uno y otro lado de ojaranzos, iba á parar á un gran seto de espinos y á una pared de álamos que separaba del resto de los jardines el pabellon del duque de Anjou, envolviéndolo con una cortina de verdura, en medio de la cual, como ya hemos dicho, desaparecia enteramente, estando como estaba aislado en un ricon del castillo. Habia alli magnificos estanques, sombríos bosques atravesados por calles tortuosas, y árboles gigantescos, sobre cuya copa vertia la luna olas de argentada luz, mientras que bajo esos mismos árboles ara tan densa la sombra que no podia penetrarla la vista.

Al acercarse á aquel seto conoció Enrique que iba á abandonarle el valor, porque el infringir con tanta osadía las órdenes del principe y ser tan indiscreto y leal temerario no era propio de un caballero y honrado, sino de un espia ó de un hombre celoso que estuviese decidido á todo.

Empero al tiempo de abrir la barrera

que separaba el jardín principal de otro mas pequeño, el hombre hizo un movimiento que dejó á descubierto su rostro, y este rostro era efectivamente el de Remigio. Entonces cesaron los escrúpulos del conde, y llevó adelante su resolución á riesgo de cuanto pudiera sobrevenir.

Cuando volvió á cerrarse la puerta, Enrique saltó por cima de los travesaños y siguió á los que iban á visitar al príncipe.

Estos apresuraron el paso y Enrique se encontró en una calle de castaños de Indias, á cuyo extremo se veia el pabellon alumbrado débilmente. No podia, pues, seguir con la misma facilidad que antes á los que se habia propuesto acechar, porque con solo volverse podian verle.

Ademas, le asaltó otro motivo de terror al ver que el duque salia del pabellon, sin duda para recibir á Remigio y su compañero.

Enrique se ocultó detrás del árbol mas grueso que vió cerca y esperó.

Nada pudo ver sino que Remigio saludó en voz baja, que su compañero hizo

una reverencia de muger, y no un saludo de hombre, y que, sumamente gozoso el duque, dió su brazo á este último como podia hacerlo con una dama.

En seguida se dirigieron los tres hácia el pabellon, desapareciendo bajo el vestibulo, cuya puerta cerraron tras sí.

—Es preciso acabar de una vez, dijo Enrique, y situarme en un sitio mas cómodo desde donde pueda ver hasta la menor seña sin que me vean á mí.

Y se decidió por un bosquecillo situado entre el pabellon y las espalderas, y en cuyo centro habia una fuente: aquel asilo era impenetrable, pues no podia creerse fuera á sufrir el príncipe, y mucho menos de noche, la frescura y humedad que naturalmente se respiraba enderredor de aquella fuente.

Enrique se ocultó detrás de la estatua colocada en el pedestal de la fuente, alargando el cuerpo todo lo que pudo, y desde allí vió cuanto pasaba en el pabellon, cuya ventana principal se abria hácia donde él estaba.

Como nadie podia, ó por mejor decir,

no debía penetrar hasta allí, los de dentro no habían tomado precaucion alguna.

En medio del aposento habia una mesa servida con lujo y llena de vinos esquisitos encerrados en frascos de cristal de Venecia.

Delante de la mesa habia dos sillas, como esperando á dos convidados, y el duque se dirigió hácia una de ellas, indicando la otra al compañero de Remigio, cuyo brazo habia soltado, é invitándole al parecer á que se quitase la capa, pues por muy cómoda que fuese para una correría nocturna, era muy incómoda terminada esa correría, y cuando su objeto era cenar.

Entónces la persona á quien se habia hecho la invitacion echó la capa sobre una silla, y la luz de las bujías alumbró de lleno el rostro pálido y majestuosamente bello de una muger, á quien desde luego conocieron los espantados ojos de Enrique.

Era la dama de la casa misteriosa de la calle de los Agustinos, la viajera de Flandes, Diana, en fin, cuyas miradas penetraban como la punta de un puñal.

A la sazón iba vestida con la ropa pro-

pia de su sexo, teniendo puesto un traje de brocado, y ostentando ricos diamantes en la garganta, los cabellos y las muñecas.

Con aquellos adornos resaltaba mas y mas la palidez de su rostro, y á no ser por el brillo que despedían sus ojos, hubiérase creído que el duque habia evocado la sombra de aquella muger, mas bien que á la muger misma, por medio de algun misterioso conjuro.

En cuanto á Enrique, si no se hubiera apoyado en la estatua sobre que se habia recostado cruzando los brazos mas frios que el mármol, habria caído en el pilon de la fuente.

El duque estaba enagenado de gozo, y devoraba con la vista á aquella maravillosa criatura, que se habia sentado enfrente de él, y apenas tocaba los manjares que le servian. De vez en cuando alargaba el cuello Francisco para besar la mano de su muda y pálida convidada, quien acogia aquellos besos como si su mano fuese de alabastro, cuya transparencia y blancura tenia.

De vez en cuando tambien se estremecia Enrique, se llevaba la mano á la frente, enjugábase el frio sudor que de ella goteaba, y se preguntaba á si mismo:

—¿Está viva ó muerta?

El duque hacia los mayores esfuerzos y desplegaba toda su elocuencia para desar-
rugar aquella frente austera.

Remigio servia á aquellas dos personas, pues el duque habia alejado á todo el mundo, y tocando de vez en cuando con el codo á su ama al pasar por detrás de ella, parecia que la reanimaba con aquel contacto, recordándola que vivia, ó por mejor decir, la situacion en que se hallaba.

Entonces aparecia en la frente de la jó-
ven una ola de bermellon , chispeábanle los ojos, y se sonreia como si algun mago hubiese tocado por medio de un oculto resorte á aquel autómatas dotado de inteligencia, produciendo la luz en el mecanismo de los ojos, el colorido en el de las mejillas y la sonrisa en el de los labios.

En seguida volvia á quedarse inmóvil.
Sin embargo de esto, se acercó á ella el

príncipe y trató de animar á su nueva conquista con apasionados discursos.

Entonces Diana, que de vez en cuando miraba qué hora era en el magnífico reloj colgado sobre la cabeza del príncipe en la pared opuesta, hizo al parecer un esfuerzo sobre sí misma, y conservando la sonrisa en los labios, tomó una parte mas activa en la conversacion.

Enrique, oculto en su bosquecillo, se mordía los puños de rabia y maldecía todo lo creado, desde las mugeres hasta el mismo Dios.

Parecíale una cosa horrible é inicua que una muger tan pura y severa se entregase como otra cualquiera al príncipe por ser príncipe, y al amor porque lo doraban en aquel palacio.

El horror que le causaba Remigio era tan grande, que hubiera sido capaz de abrirle las entrañas sin conmoverse, á fin de ver si aquel monstruo tenia sangre y corazón de hombre.

Tal fué el parasismo de rabia y desprecio que acometió á Enrique, mientras el duque de Anjou se gozaba en aquella deliciosa cena.

Diana llamó al que servia la mesa, y acalorado el principe con los vapores del vino y las galanterias que habia dicho, se levantó de la mesa para ir á abrazar á Diana.

Toda la sangre de Enrique se agolpó á las venas, y se llevó la mano al costado, primero por si tenia una espada, y despues al pecho, por si encontraba un puñal.

Diana, con una sonrisa estraña, y que seguramente nunca habia visto Enrique en ningun rostro humano, le detuvo diciendo:

—Monseñor, permitidme que antes de levantarme de la mesa parta con V. A. esa fruta que se me antoja comer.

Y alargando la mano hácia un canastillo de filigrana de oro que contenia veinte albérchigos magníficos, cogió uno.

En seguida desató de la cintura un puñal muy bonito, cuya hoja era de plata y el mango de ma'aquita, dividió el albérchigo en dos partes, y ofreció una al principe, quien la tomó llevándosela ansiosamente á la boca, como si besára la de Diana.

Aquella accion apasionada le causó [tal impresion, que oscureció su vista una nu-

be al tiempo de morder la fruta.

Diana le miraba con sus claros ojos y su innoble sonrisa.

Remigio, recostado en una columna de madera esculpida, le miraba tambien con aire sombrío.

El príncipe se pasó la mano por la frente, se enjugó algunas gotas de sudor, y se tragó el pedazo que habia mordido.

Aquel sudor era síntoma, sin duda alguna, de una indisposicion repentina, pues mientras Diana comia la otra mitad del alberchigo, el príncipe dejó caer lo que le quedaba de la suya sobre el plato, y haciendo un esfuerzo para levantarse, invitó al parecer á su bella convidada á que saliese con él á tomar el aire en el jardín.

Diana se levantó, y sin pronunciar una palabra, tomó el brazo que le ofrecia el duque.

Remigio los siguió con la vista, pero sobre todo al príncipe, quien se repuso del todo con el aire libre.

Sin] dejar de andar, enjugó Diana la hoja de su puñal en un pañuelo bordado de

oro y lo metió en una vaina de escamilla.

De ese modo llegaron muy cerca del bosquecillo en que estaba escondido Enrique.

El príncipe apretaba amorosamente contra su corazón el brazo de la joven diciéndole:

—Me siento mejor, y sin embargo, tengo la cabeza muy pesada; está visto, señora, que amo demasiado.

Diana cogió unas cuantas flores de un jazmin, una rama de clemátida y dos lindas rosas que entapizaban todo un lado del zócalo de la estatua detrás de la cual estaba Enrique asustado.

—¿Qué haceis, señora? preguntó el príncipe.

—He oído asegurar, monseñor, le contestó, que el perfume de las flores es muy buen remedio para los mareos, y estoy cogiendo un ramillete con la esperanza de que dándooslo yo, tendrá el mágico influjo que deseo.

Pero mientras reunía las flores del ramillete, dejó caer una rosa, que el príncipe se apresuró á recoger con galantería.

Rápido fué el movimiento de Francis-

co; pero no tanto sin embargo, que Diana no tuviese tiempo para verter en la otra rosa algunas gotas de algun licor que llevaba en un frasquito de oro y que sacó del pecho.

En seguida tomó la rosa que el príncipe habia recogido, y prendiendosela en la cintura, dijo:

—Cambiemos; esta es para mí.

Y en cambio de la rosa que recibia de manos del príncipe, le alargó el ramillete.

El príncipe lo tomó presuroso, lo respiró con sumo gusto, y enlazó su brazo á la cintura de Diana; pero aquella presion voluptuosa acabó sin duda de turbar el sentido á Francisco, porque se le doblaron las piernas, y tuvo que sentarse en un banco de piedra que alli habia.

Enrique, sin perder de vista á aquellos dos personajes, miraba tambien á Remigio, quien aguardaba en el pabellon qué fin tendria aquella escena, devorando con los ojos uno por uno todos los pormenores.

Cuando vió que el príncipe se tambaleaba, se acercó hasta el umbral del pabellon, mientras Diana se sentó por su parte junto á Francisco.

El aturdimiento de este duró aquella vez mucho mas tiempo que la primera: con la cabeza inclinada sobre el pecho, el principe no podia coordinar sus ideas, casi no existia, y sin embargo, el movimiento convulsivo de sus dedos sobre la mano de Diana indicaba que por instinto proseguia en su amorosa quimera.

Al fin levantó lentamente la cabeza, y como su boca se encontraba á la altura del rostro de Diana hizo un esfuerzo para besar á su hermosa convidada; pero la jóven se levantó como si no hubiese advertido aquel movimiento.

—¿Estais malo, monseñor? dijo. Mejor será que entremos en el pabellon.

—¡Oh, sí, entremos! exclamó el principe trasportado de alegría; sí, venid conmigo.

Y se levantó tambaleando: entonces, en vez de apoyarse Diana en su brazo, él fué quien se apoyó en el brazo de esta, y gracias á este apoyo, pudo andar con menos dificultad, olvidando al parecer su fiebre y mareo; y enderezándose de pronto besó á la jóven casi por sorpresa, en el cuello.

Esta se estremeció como si en vez de la impresion del beso hubiera sentido un hierro ardiendo, y gritó:

—¡Remigio, trae una luz!

Remigio entró en el comedor y encendió en las bugías que ardian sobre la mesa una antorcha que tomó de un velador, acercándose con presteza á la entrada del pabellon con su luz en la mano.

—Aquí me teneis, señora, dijo.

—¿A dónde va V. A? preguntó Diana cogiendo la antorcha y apartando la cabeza.

—¡Oh! ¡A mi aposento, á mi aposento!.. Y vos me guiareis, ¿no es verdad, señora? replicó el principe cada vez mas enagenado.

—Con mucho gusto, monseñor, respondió Diana.

Y levantando en el aire la antorcha, empezó á andar delante del principe.

Remigio abrió una ventana situada en el fondo del pabellon, y por ella salió una bocanada de aire que, dando en la antorcha que llevaba Diana, arrojó con una especie de furia toda la llama y el humo so-

bre el rostro de Francisco, quien estaba colocado precisamente en la corriente del aire.

De este modo llegaron los dos amantes, pues por tales los tenia Enrique, despues de atravesar una galeria, hasta la cámara del duque, y desaparecieron detrás de la colgadura sembrada de flores de lis que servia de puerta.

Enrique vió cuanto hemos referido con una rabia, que cada vez iba aumentándose; sin embargo, tan grande era esa rabia, que estaba á punto de cesar, pudiendo decirse que solo le quedaban fuerzas para maldecir la suerte que le habia impuesto una pena tan cruel.

Habia salido de su escondite, y aniquilado, con los brazos caidos y anublados los ojos, se disponia á regresar medio muerto al aposento que le habian señalado en palacio, cuando se abrió de pronto la puerta por donde acababa de ver desaparecer á Diana y el príncipe, y precipitándose en el comedor, la jóven arrastró consigo á Remigio, quien de pié é inmóvil solo aguardaba á que su ama volviese.

—Ven, le dijo, ven; ya está hecho todo....

Y ambos salieron precipitadamente al jardín como si estuviesen ébrios, locos ó furiosos.

Pero al verlos Enrique recobró todas sus fuerzas y saliéndoles al encuentro, los fugitivos le hallaron de pronto en la calle, de pié, con los brazos cruzados, y mas terrible en su silencio que hombre alguno lo estuvo nunca amenazador. Efectivamente, Enrique habia llegado á un grado de desesperacion, que hubiera asesinado á todo el que hubiese sostenido que las mugeres no son unos monstruos salidos del infierno para mancillar á la especie humana.

Así es que cogió á Diana por un brazo y la detuvo, á pesar del grito de terror que lanzó la jóven y del cuchillo que Remigio le puso al pecho rozándole la carne.

—¡Oh! sin duda no me conoceis, dijo rechinándole los dientes de un modo espantoso; yo soy el jóven que os amaba, y á quien vos no quisisteis corresponder porque para vos no habia porvenir, sino pasado. ¡Ah! sois tan hipócrita como hermo-

sa... Y tú infame embustero, al fin te conozco, y os maldigo á ambos; si, uno de vosotros me inspira desprecio y el otro horror.

—¡Dejadnos pasar! gritó Remigio con voz sofocada por la ira; dejadme pasar; jóven insensato y si no...

—Bien, respondió Enrique, acaba tu obra, y aniquila mi miserable cuerpo, ya que tambien has introducido la muerte en mi alma.

—¡Silencio! murmuró Remigio furioso hundiendo mas y mas la hoja del cuchillo, oyéndose rasgar la carne del jóven.

Pero Diana rechazó con violencia el brazo de Remigio, y cogiendo el de Du-Bouchage, le miró cara á cara.

Su palidez rayaba en un color livido, sus hermosos cabellos le caian sobre los hombros en completo desórden, y el contacto de su mano sobre la muñeca de Enrique era tan frio para este último como el de un cadáver.

—¡Caballero, le dijo, no juzgueis temerariamente de las cosas de Dios!... Yo soy Diana de Meridor, querida del Sr. de Bussy, á quien el duque de Anjou dejó que ma-

tasen de un modo miserable, á pesar de que pudo salvarle. Hace ocho dias que Remigio dió de puñaladas á Auvilly, cómplice del príncipe, y en cuanto á este, acabo de envenenarle con una fruta, un ramillete de flores y una antorcha. Paso, caballero, paso á Diana de Meridor, que desde aquí se dirige al convento de las Hospitalarias.

Dijo, y soltando el brazo de Enrique, volvió á tomar el de Remigio.

Enrique cayó de rodillas y luego de espalda, siguiendo con la vista el grupo que formaban los asesinos, los cuales desaparecieron por entre los bosques como una vision infernal.

Una hora habia trascurido, cuando agobiado de cansancio el jóven, lleno de terror y con la cabeza hecha un volcan, consiguió reunir fuerzas para arrastrarse hasta su aposento; pero tuvo que repetir diez veces la operacion de escalar la ventana.

Dió algunos pasos por la habitacion, y despues de sendos tropezones, fué á caer encima de su lecho.

Todos dormian en palacio.



CAPITULO XV.

FATALIDAD.

 las nueve del día siguiente un sol magnífico despedía sus dorados rayos sobre las arenosas calles del castillo de Thierry.

Multitud de trabajadores, buscados la vispera, empezaron desde el amanecer á arreglar el jardín y los aposentos destinados á albergar al rey á quien se esperaba.

Nadie, sin embargo, se movía en el pabellón donde descansaba el duque, pues el día anterior había prohibido á los dos criados

que le despertasen, de suerte que tenían que aguardar á que llamára.

Las nueve y media serian cuando entraron en el pueblo á escape dos correos de gabinete anunciando la llegada de S. M.

Los regidores, el gobernador y la guarnicion formaron filas para que pasase entre ellas la régia comitiva

A las diez apareció el rey en el declive de la colina á caballo, pues habia tomado uno en la última parada, lo cual hacia siempre que entraba en las poblaciones, pues se preciaba de buen ginete. Seguiale la reina madre en litera escoltada por cincuenta caballeros lujosamente vestidos y bien montados.

Una compañía de guardias mandada por Crillon, ciento veinte suizos, igual número de escoceses al mando de Larchand y toda la servidumbre con mulas y baules formaban un ejército cuyas filas seguian las pintorescas vueltas del camino que hay que subir para ir desde el rio á la cumbre de la colina.

La comitiva entró en la poblacion en medio del repique de las campanas, las sal-

vas de artillería, y los acordes sonos de la música.

Los vecinos prorrumpieron en vivas, pues el rey era una cosa tan rara en aquel tiempo, aun visto de cerca, que parecia que habia conservado un reflejo de la divinidad.

En vano buscó el rey á su hermano entre la multitud, pues solo vió á Enrique Du-Bouchage en la verja del palacio; así es que apenas entró preguntó cómo estaba el duque de Anjou al oficial que tomó á su cargo recibir á S. M., y este le contestó:

—Señor, hace unos cuantos dias que S. A. habita el pabellon del jardin, y hoy no le hemos visto. Sin embargo, como ayer estaba bien de salud, es probable que hoy esté tambien.

—¿Tan apartado está ese pabello, dijo Enrique con disgusto, que no se oyen allí los cañonazos?

—Señor, se aventuró á decir uno de la servidumbre del duque, acaso S. A. no esperaria tan pronto á V. M.

—Eres viejo y loco, dijo Enrique enfadado. ¿Crees que el rey se presenta en una

casa sin avisar antes al que la ocupa? El duque sabe desde ayer mi llegada.

Temiendo contristar á todo el mundo si ponía el rostro sério cuando precisamente deseaba que le tuvieran los franceses por un rey amable y bondadoso, añadió:

—Puesto que no sale á recibirnos, iremos nosotros á buscarle.

—Enseñadnos el camino, dijo Catalina desde el fondo de su litera.

Toda la escolta se dirigió al jardín; pero en el momento que los guardias que iban delante llegaban al seto de ojaranzos, se oyó un grito penetrante y lúgubre.

—¿Qué es eso? dijo el rey volviéndose hacia su madre.

—¡Dios mio! murmuró Catalina queriendo leer en todos los semblantes qué significaba aquel grito.

—¡Príncipe mio! ¡Pobre señor duque! gritó el otro criado de Francisco asomándose á una ventana con muestras del más vivo dolor.

Todos corrieron hacia el pabellon, aun el mismo rey, quien llegó cuando levantaban del suelo al duque de Anjou: su

ayuda de cámara habia entrado, aunque sin órden, para anunciar la llegada del rey, y al ver al príncipe tendido en la alfombra de su dormitorio, lanzó el grito que puso en alarma á toda la comitiva.

Frio el príncipe y tieso, no daba mas señales de vida que un movimiento extraño de los párpados y cierta contraccion de los labios.

El rey se paró en el umbral de la puerta, y toda la comitiva se colocó detrás de él.

—¡Hé aquí un pronóstico malo si los hay! murmuró.

—Retiraos, hijo mio, le dijo Catalina, yo os lo ruego.

—¡Pobre Francisco! dijo Enrique alegrándose de que le despidiesen y de no presenciar el espectáculo de aquella agonía.

Toda la turba de cortesanos y guardias se deslizó tras el rey, y Catalina se arrojó junto al príncipe sin mas compañía que la de los dos ancianos criados.

—¡Es cosa extraña! murmuró.

Y en tanto que enviaron á la poblacion en busca del médico del príncipe y salia para París un correo de gabinete á fin de

apresurar la llegada de los médicos de cámara que se habían quedado en Meaux con la reina, examinaba ella, si no con tanto saber, á lo menos con la misma perspicacia que hubiera podido hacerlo Miron, los síntomas de aquella enfermedad extraordinaria que costaba la vida á su hijo.

Como Catalina era mujer de experiencia, lo primero que hizo fué interrogar friamente y sin atemorizarlos á los dos criados, quienes se arrancaban los cabellos de desesperacion y se maltrataban el rostro.

Ambos respondieron que el principe entró en el pabellon la noche antes de regresar de palacio, á donde tuvo que ir de mala gana á fin de dar una audiencia al conde Du-Bouchage, enviado del rey. En seguida añadieron que terminada aquella audiencia, mandó le prepararan una delicada cena, dió orden de que ninguno se presentase sin que él llamase, y por último, encargó terminantemente que no le despertaran por la mañana, ó que nadie entrase en su aposento sin permiso suyo.

—Sin duda esperaria á alguna querida, dijo Catalina.

—Así lo creemos, señora, respondieron los criados con humildad; pero la discrecion nos impidió asegurarnos de ello.

—Sin embargo, cuando quitásteis la mesa, ¿no observasteis si mi hijo habia cenado solo ó acompañado?

—Como monseñor habia mandado que nadie entrase en el pabellon, no quitamos la mesa, señora.

—¿Conque es decir que nadie ha entrado aquí?

—Nadie, señora.

—Retiraos.

Obedecieron los criados, y Catalina se quedó absolutamente sola.

Entonces, dejando al principe en el lecho en la misma postura en que habia sido colocado, empezó á investigar minuciosamente uno por uno los sintomas ó rastros que se presentaban á su vista confirmando sus sospechas ó temores.

La frente de Francisco tenia un color negruzco; al rededor de sus ensangrentados ojos aparecia un círculo azul, y en los

lábios un surco semejante al que deja el azufre derretido en carne viva. Esto mismo observó Catalina en las ventanas y punta de la nariz.

—Registremos ahora, dijo mirando en torno del príncipe.

Y lo primero que vió fué la antorcha casi enteramente consumida que la noche antes encendió Remigio.

—Esta antorcha ha estado ardiendo mucho tiempo, dijo, de consiguiente Francisco ha debido permanecer en este aposento algunas horas... ¡Ah! veamos ese ramillete que está sobre el tapiz.

Catalina lo cogió precipitadamente, y notando que todas las flores permanecían frescas, escepto una rosa que estaba ya seca y algo negra, murmuró:

—¿Qué es esto? ¿Qué han vertido sobre las hojas de esta flor?.... Si no me engaño, conozco yo un licor que marchita de este modo las rosas.

Y arrojó al suelo el ramillete temblando.

—Esto explica el surco de la nariz y el color negruzco de la frente; ¿pero y los labios?

Catalina corrió al comedor y conoció que los criados no habían mentido, pues nada indicaba que se hubiese tocado al servicio de la mesa después de concluida la cena.

Lo que más llamó la atención de Catalina fué la mitad de un albérbigo que había en el borde de la mesa, y que tenía impreso un medio círculo de dientes.

Aquella fruta, tan encarnada por dentro, se había puesto negra ni más ni menos que la rosa, adquiriendo un color esmaltado, de pardo violeta; y donde más se distinguía la acción corrosiva era en el sitio por donde debió pasar el cuchillo al tiempo de partirla.

—Ya tenemos lo de los labios, dijo, pero Francisco solo ha tomado un bocado de esa fruta; y no ha tenido mucho tiempo en la mano este ramillete, cuyas flores todavía están frescas: el mal, pues, tiene remedio aun, porque el veneno no ha debido penetrar mucho... Pero si solo ha obrado en la superficie, ¿de qué nace esa parálisis tan completa? ¿Por qué es tan rápida la descomposición? Sin duda hay algo más que ver.

Y diciendo Catalina estas palabras, miró en su derredor, viendo colgado de un palo color de rosa, á que lo ataban de noche con una cadena de plata, el papagayo encarnado y azul que tanto queria Francisco.

El pobre pájaro estaba muerto, agarrotado y con las alas erizadas.

Catalina fijó la vista con ansiedad en la antorcha de que ya se habia ocupado, para asegurarse por su completa combustion que el príncipe habia entrado temprano en el pabellon.

—¡El humo! dijo para sí Catalina. La antorcha estaba envenenada, y mi hijo no tiene remedio.

En seguida llamó, y la cámara se llenó de oficiales y criados.

—¡Miron! ¡Miron! decian unos.

—¡Un sacerdote! decian otros.

Pero Catalina aplicaba mientras á los labios de Francisco un frasquito que siempre llevaba en su bolso, examinando á la vez las facciones de su hijo para ver los efectos que producía el contra veneno.

El duque abrió los ojos y la loca, pero

ni se vió de sus ojos una mirada ni se oyó una voz de su boca.

Catalina, muda y con ceñudo rostro, se alejó de la cámara diciendo por señas á los dos criados que la siguieran antes de que hubiesen podido hablar con nadie.

Entonces los condujo á otro pabellon, donde se sentó clavando en ambos la vista.

—El señor duque de Anjou, les dijo, ha sido envenenado anoche en la cena, y vosotros sois los que habeis servidos esa cena.

Al oir estas palabras se pusieron aquellos dos hombre tan pálidos como la muerte.

—Que nos den tormento, esclamaron, pero que no se nos acuse.

—Sois unos necios. ¿Creeis que si yo sospechara de vosotros no se hubiera hecho ya lo que decís? Bien sé que vosotros no habeis asesinado á vuestro amo, pero otros le han envenenado, y es preciso que yo sepa quiénes son sus asesinos. ¿Quién ha entrado en el pabellon?

—Un viejo muy mal vestido á quien monseñor hacia dos dias que recibia.

—¿Pero y la muger?

—Nosotros no la hemos visto. ¿De que muger habla V. M.?

—Aquí ha venido una muger que ha hecho un ramillete...

Los dos criados se miraron con tal sencillez, que Catalina conoció eran inocentes.

—Que vayan á buscar al gobernador, dijo entonces, y al intendente de palacio.

Los dos ayudas de cámara se precipitaron hácia la puerta; pero Catalina los detuvo en el umbral diciendo:

—Oid antes una palabra; solo vosotros y yo sabemos lo que acabo de deciros; yo no seré quien lo revele, y así si alguien llega á tener la mas minima noticia de lo que os acabo de contar, será por uno de vosotros; pero ambos morireis ese dia. ¡Idos!

Catalina interrogó tambien, aunque no tan á las claras, á los dos gobernadores, diciéndoles que el duque habia recibido por conducto de cierta persona una mala noticia que hubo de afectarle profundamente, que aquello era consecuen-
cia de su enfermedad, y que preguntando de nuevo á la indicada persona, sin duda se re-

pondria el duque de su alarma.

Los gobernadores mandaron registrar la ciudad, el jardin y sus contornos; pero nadie supo decir el paradero de Remigio y Diana.

Enrique era el único que estaba en el secreto, pero no habia peligro que lo revelase.

Comentada la noticia durante todo el dia, exajerada y truncada, corrió por el castillo de Thierry y la provincia, esplicando cada cual, segun su carácter é inclinaciones, la desgracia acaecida al duque.

Pero ninguno, escepto Catalina y Du-Bouchage, sospechó que el duque era hombre muerto.

El desventurado príncipe no recobró la voz ni los sentidos, ó por mejor decir, no dió la menor señal de inteligencia.

En cuanto al rey, lleno de impresiones á cual mas lúgubres, que era lo que mas temia en el mundo, de buena gana hubiera querido regresar á Paris; pero la reina madre se opuso á semejante marcha, y la corte no tuvo otro remedio sino quedarse en el castillo.

Los médicos acudieron en tropel, y Miron fué el único que adivinó la causa del mal y comprendió lo grave que era; pero era muy buen cortesano para que fuese á decir la verdad, sobre todo, así que consultó con la vista á Catalina.

Así es que viendo que todo el mundo le hacia preguntas, respondió que efectivamente el duque habia sufrido grandes pesadumbres y sostenido un choque violento.

Con esto no se comprometia, lo cual es difficilísimo en semejantes casos.

Cuando Enrique III le pidió contestase afirmativa ó negativamente á esta pregunta.

—¿Vivirá el duque?

—Dentro de tres dias lo diré á V. M. respondió el médico.

—¿Y á mi qué me decis? le preguntó Catalina en voz baja.

—A vos, señora, es diferente; o sresponderé sin titubear.

—¿Qué?

—Pregúnteme V. M.

—¿Cuando morirá mi hijo. Miron?

—Mañana á la noche habra ya muerto, señora.

—¡Tan pronto!

—¡Ah! señora, murmuró el médico, la dosis era demasiado fuerte para que así no suceda.

Catalina se llevó un dedo á los labios, miró al moribundo, y repitió en voz baja su palabra de mal agüero, á saber:

—¡Fatalidad!

CAPITULO XVI.

LAS HOSPITALARIAS.

EL conde pasó una noche terrible, en un estado que se parecía mucho al delirio y la muerte.

Sin embargo, cumpliendo fielmente con sus deberes, apenas oyó anunciar la llegada del rey se levantó y le recibió en la verja, como ya hemos dicho; pero después de rendir homenaje á Enrique, saludar á la reina madre y dar la mano al almirante, volvió á encerrarse en su apo-

sento, no decidido á miriar, sino á poner en ejecucion su preyecto, que nada era bastante á echar por tierra.

Así es que, á eso de las once de la mañana, es decir cuando de resultas de haberse esparcido la noticia fatal, se dispersó todo el mundo dejando al rey enteramente aturdido con aquel acontecimiento, Enrique fué á llamar á la puerta de su hermano, quien habia pasado parte de la noche de servicio, y acababa de retirarse á su cámara.

—¡Ah! ¿Eres tú? preguntó Joyeuse medio dormido: ¿qué hay?

—Vengo á despedirme de ti, hermano, respondió Enrique.

—¿Cómo á despedirte? ¿Pues qué, te vas?

—Sí, hermano, porque ya nada me detiene aquí.

—¿Cómo nada?

—Sin disputa; como no se celebran las funciones á que queriais concurrir, estoy libre de mi promesa.

—Te engañas, Enrique, respondió el gran almirante; pues así como ayer te encargué permanecieses aquí, hoy no te permito que te vayas.

—Sea, hermano; pero en ese caso tendré el sentimiento, por la primera vez de mi vida, de desobedecer tus mandatos y faltarte al respeto, porque desde ahora te digo que nada me impedirá abrazar la carrera religiosa.

—¿Pero y la dispensa que debe venir de Roma?

—La esperaré en un convento.

—¡De seguro estás loco! exclamó Joyeuse levantándose estupefacto.

—Al contrario, querido hermano, yo soy el mas cuerdo de todos, puesto que soy el único que sé bien lo que me hago.

—¿Pero no nos prometiste aguardarias un mes?

—Es imposible, hermano.

—Pues siquiera ocho días.

—Ni una hora.

—Mucho debes sufrir, pobre Enrique.

—Al contrario, por lo mismo que he dejado de sufrir veo que el mal no tiene remedio.

—Pero al fin esa muger no será de bronce; quizá podamos enternecerla, y yo la ablandaré.

—Nadie puede hacer cosas imposibles, Ana; además, aun cuando se dejase ablandar, ahora soy yo quien no consentiría en amarla.

—¡Esa es otra!

—Te lo digo como lo siento, hermano.

—Cómo, ¿conque si ella te quisiese, tú no la querrias á ella? ¡Eso es de rabia, voto á Dios!

—¡Oh! no, te aseguro que no, exclamó Enrique haciendo un movimiento como de horror; nada puede haber ya entre nosotros.

—¿Que quieres decir con eso? preguntó Joyeuse con sorpresa: ¿quién es esa muger? Vamos, Enrique, habla, pues ya sabes que siempre nos hemos confiado nuestros secretos.

Enrique temió haber dicho demasiado, y aun, con dejarse llevar del sentimiento que le animaba, abierto una puerta por donde pudiera penetrar el ojo escudriñador de su hermano hasta descubrir el terrible secreto que encerraba su corazón. Cayó, pues, en el exceso contrario, y como sucede siempre en semejantes casos, queriendo recoger las palabras imprudentes que

habia soltado, pronunció otras muchas mas imprudentes.

—Hermano, dijo, no tienes que ostigar-me; esa muger nunca será mia, porque pertenece á Dios.

—Todo eso es pura patraña; esa muger será una beatona, y te ha mentido.

—No, hermano, no ha mentido, pues es hospitalaria; no hablemos de ella, y respetemos á cuantos se refugian en brazos del Señor.

Como Ana tenia sumo dominio sobre si, supo no manifestar á Enrique la alegría que le causaba aquella revelacion.

Asi es que prosiguió:

—Todo eso es nuevo, puesto que nunca me has hablado de ello.

—Efectivamente, es nuevo, porque hace poco tiempo que ha tomado el velo; pero estoy seguro de que su resolucion es tan irrevocable como la mia. De consiguiente, no me detengas por mas tiempo, hermano, dame un abrazo con el mismo cariño que siempre, y deja que te dé las gracias por lo bondadoso que has sido para conmigo, la paciencia con que has sufrido mis mo-

lestias, y el afecto entrañable que siempre has profesado á un pobre loco como yo.

Joyeuse miró á su hermano sin decir una palabra, como un hombre enternecido que cuenta con su enternecimiento para persuadir á otro; pero Enrique conservó su firmeza, respondiendo únicamente con su eterna melancólica sonrisa.

Joyeuse abrazó á su hermano y le dejó marchar, diciendo para sí:

—Vete, que por mucha prisa que tengas, no tardaré en atraparte.

Y se fué en busca del rey, á quien encontró almorzando en la cama con Chicot al lado.

—¡Buenos dias , buenos dias! dijo Enrique á Joyeuse; me alegro mucho de verte, Ana; temia fueses tan perezoso que te quedaras todo el dia en cama. ¿Cómo está mi hermano?

—¡Ah! señor, nada sé, y venia á hablaros del mio.

—¿De cuál de ellos?

—De Enrique.

—¿Insiste en encerrarse en un convento?

—Mas que nunca.

—¿Y está decidido á profesar?

—Sí, señor.

—Hace bien.

—¿Cómo, señor?

—Sí, porque es el camino mas derecho de ir al cielo.

—¡Oh! dijo Chicot al rey, mas pronto se llega por el que ha tomado su hermano.

—Señor, ¿me permite V. M. que le haga una pregunta?

—No una, sino veinte, Joyeuse, porque me fastidio en el castillo de Thierry, y tus preguntas me distraerán algo.

—Señor, ¿conoce V. M. todas las religiones del reino?

—Tanto como la heráldica, querido.

—¿Tiene la bondad V. M. de decirme qué son hospitalarias?

—Son una comunidad muy distinguida, rigida y severa, que se compone de veinte señoras canonesas de San José.

—¿Y profesan?

—Sí, pero se necesita un favor especial, y que las proponga la reina.

—¿Será una indiscrecion preguntar á V. M. dónde está situado el convento?

—No: está en la calle de la Cabecera de San Leandro, en la Cité, detrás del claustro de Nuestra Señora.

—¿En París?

—En París.

—Gracias, señor.

—¿Pero por qué diablos me preguntas todo esto? ¿Ha variado tu hermano de modo de pensar y en vez de meterse á capuchino, quiere ser hospitalaria?

—No, no le creo tan loco que quiera hacer lo que dice V. M.; pero sospecho que se le ha ido la cabeza por alguna de esa comunidad, y quisiera descubrir quién es para hablarle.

—Juro á Dios, dijo el rey con aire de un bienaventurado, que hace siete años conocí á una superiora muy linda en ese convento.

—Pues bien, señor, quizá será la misma.

—No lo sé, porque también yo me hice después religioso, ó poco menos.

—Señor, dijo Joyeuse, deme V. M. una carta para esa superiora y licencia por dos días.

—Si me dejas, exclamó el rey, me voy á quedar solo aquí.

—¡Ingrato! dijo Chicot encogiéndose de hombros, ¿y yo no soy nadie?

La carta, señor, si V. M. no lo lleva á mal, dijo Joyeuse.

El rey exhaló un suspiro y se puso á escribir.

—Pero tú nada tienes que hacer en París, dijo Enrique entregando la carta á Joyeuse.

—Perdonadme, señor, pero tengo que ir escoltando á mi hermano, á lo menos vigilándole.

—Tienes razon, vete, y vuelve pronto.

Joyeuse no esperó á que le repitieran el permiso, pidió caballos sin estrépito, y seguro de que Enrique se habia ya marchado, se dirigió á galope á su destino.

Sin quitarse siquiera las botas de montar, hizo el jóven que le condujesen á la calle de la Cabecera de San Leandro.

Dicha calle iba á parar á la del Infierno y á la de los Marmosetes, paralela á ella.

Un edificio oscuro y venerable, detrás de cuyas paredes se distinguian las elevadas copas de algunos árboles, ventanas escasas y enrejadas, y una puerta, que mas

bien podia llamarse postigo: tal era el aspecto que por fuera presentaba el convento de las hospitalarias.

En la clave de la bóveda del pórtico habia una inscripcion, torpemente grabada á cincel, que decia:

MATRONÆ HOSPITES.

El tiempo habia medio corroido la piedra, y con ella la inscripcion.

Joyeuse empujó el postigo, y mandó que llevasen sus caballos á la calle de los Marmosetes, temiendo no hiciese demasiado ruido su presencia en la del convento.

Entonces llamó á la reja del torno, diciendo:

—Tened la bondad de avisar á la señora superiora que el duque de Joyeuse, gran almirante de Francia, desea hablar con ella de parte del rey.

El rostro de la religiosa que se habia presentado en la reja se enrojeció debajo de su toca, y el torno volvió á cerrarse.

Cinco minutos despues se abrió una puerta, y Joyeuse entró en el locutorio.

Una muger hermosa y de elevada estatura hizo á Joyeuse una profunda reveren-

cia, y el almirante contestó con otra religiosa y mundana á la vez.

—Señora, dijo, el rey sabe que debeis admitir ó haber admitido en clase de novicia á una persona con quien tengo que hablar: tened, pues, la bondad de ponerme en relaciones con ella.

—¿Quereis decirme como se llama, caballero?

—Lo ignoro, señora.

—Entonces, ¿cómo quereis que acceda á vuestra peticion?

—Nada mas fácil: ¿á quién habeis admitido de un mes á esta parte?

—Ora me designeis positivamente esa persona, ora me la indiqueis únicamente, dijo la superiora, no podré satisfacer vuestro deseo.

—¿Por qué?

—Porque de un mes á esta parte no he recibido á nadie á no ser esta mañana.

—¿Esta mañana?

—Sí, señor duque; y bien comprendéis que llegando, como llegais, dos horas despues que ella, vuestra venida tiene visos de persecucion, y no puedo daros permiso

para que la habléis.

—Os lo suplico, señora.

—Es imposible caballero.

—Me contento con que me enseñéis esa dama.

—Os digo que es imposible... además, vuestro nombre ha bastado para que os abra la puerta de mi convento; pero para hablar con alguna, escepto yo, se necesita que el rey lo mande por escrito.

—Aquí teneis una órden de S. M., señora, respondió Joyeuse dándole la carta de Enrique.

La superiora la leyó, é inclinándose dijo:

—Hágase la voluntad de S. M., aun cuando contraria la de Dios.

Y se dirigió hácia el patio del convento.

—Ahora, señora, dijo Joyeuse deteniéndola con política, ya veis que el derecho está de mi parte; pero temo equivocarme: quizá no sea esa dama la que yo busco; ¿quereis, pues, tener la bondad de decirme cómo es que ha venido aquí, por qué y quién la acompañaba?

—Todo eso es inútil, señor duque, replicó la superiora; no os equivocais; esa da-

ma que ha llegado al convento esta mañana al cabo de quince días que hace la estamos esperando, esa dama que me ha recomendado una persona que ejerce sobre mí una autoridad omnímoda, esa dama es la persona á quien necesita hablar el señor duque de Joyeuse.

Dicho esto, la superiora hizo otra reverencia al duque y desapareció.

Al cabo de diez minutos volvió acompañada de una monja hospitalaria, cuyo rostro ocultaba enteramente un tupido velo.

Aquella monja era Diana, que ya se habia puesto el hábito de la orden.

El duque dió gracias á la superiora, ofreció un escabel á la tapada, se sentó, y la superiora se marchó cerrando las puertas del sombrío y oscuro locutorio.

—Señora, dijo entonces Joyeuse sin mas preámbulos, vos sois la dama de la calle de los Agustinos, esa muger misteriosa á quien mi hermano, el conde Du-Bouchage ama perdidamente.

La hospitalaria inclinó la cabeza para responder, pero no habló.

Aquello le pareció á Joyeuse una impo-

lítica, y como tenia prevencion contra su interlocutora continuó:

—Ya sabeis señora, que no basta ser bella ó pasar por tal, no tener corazon, producir una pasion miserable en el alma de un jóven que lleva mi apellido, y decir á ese jóven: «Tanto peor para vos, si es que teneis corazon, pues yo no le tengo ni quiero tenerlo.»

—Yo no he dicho eso, caballero, y estais mal informado, contestó la hospitalaria con un tono de voz tan noble é interesante, que Joyeuse depuso su enfado momentáneamente.

—La poca ó mucha exactitud en las palabras, nada hace al caso, señora; lo cierto es que habeis rechazado el amor de mi hermano, reduciéndolo á la desesperacion.

—Ha sido inocentemente, caballero, pues siempre he procurado alejar de mí al señor Du-Bouchage.

—Eso se llama coqueteria, señora, y el resultado constituye la falta.

—Nadie tiene derecho para acusarme, caballero, de nada soy culpable, y si os enfureceis contra mí, no responderé.

—¡Oh! ¡oh! dijo Joyeuse acalorándose mas y mas, habeis perdido á mi hermano, y creeis justificaros con esa majestad provocadora; no, no: el paso que doy debe probaros mi intencion; estoy sério, os lo juro, y ya veis en el temblor de mis manos y labios que necesitais emplear muy buenos argumentos para ablandarme.

La hospitalaria se levantó y dijo con la misma sangre fria:

—Si habeis venido aquí para insultar á una muger, insultadme, caballero; pero si habeis venido para hacer que mude de dictámen, retiraos, porque perdeis el tiempo en balde.

—¡Ah! está visto que no sois criatura humana, exclamó Joyeuse desesperado, sino un demonio.

—Habia dicho que no responderia, pero ahora hago mas, me retiro.

Y la hospitalaria dió un paso hácia la puerta; pero Joyeuse la detuvo exclamando:

—¡Ah! esperad un momento: hace mucho tiempo que os busco para que vaya á dejaros ir de ese modo, y puesto que al fin he conseguido dar con vos, puesto

que al fin me he confirmado, al ver vuestra insensibilidad en la idea que ya se me habia ocurrido, de que sois una criatura infernal, enviada por el enemigo de los hombres para perder á mi hermano, quiero ver ese rostro en que Satanás ha escrito sus negros designios; quiero ver el brillo de esa mirada fatal que estravia los ánimos. ¡Fuera esos tapujos del diablo!

Y haciendo Joyeuse la señal de la cruz con una mano á manera de exorcismo, arrancó con la otra el velo que cubria el rostro á la hospitalaria; pero muda esta, impasible, sin encolerizarse, sin reconvenirle siquiera, fijó su dulce mirada en el que la estaba ultrajando con tanta crueldad, y dijo:

—¡Oh! señor duque, lo que habeis hecho es indigno de un caballero.

Joyeuse se sintió herido en el corazon: tanta mansedumbre apaciguó su cólera; tanta hermosura trastornó su razon.

—Seguramente, murmuró al cabo de un gran rato de silencio, seguramente sois bella, y no es extraño que Enrique se haya enamorado de vos; pero Dios os ha con-

cedido la hermosura para esparcirla como un perfume sobre una existencia enlazada á la vuestra.

—Caballero, no habeis hablado con vuestro hermano, ó si habeis hablado, no ha creído á propósito depositar en vos su confianza, pues de otro modo os hubiera contado que he hecho eso que decís: he amado, y no volveré á amar; he vivido, y debo morir.

Joyeuse no cesaba de contemplar á Diana, y la llama de sus penetrantes miradas se infiltró hasta el fondo de su alma lo mismo que esos chorros de fuego volcánicos que derriten el bronce de las estatuas con solo pasar cerca de ellas.

Aquel rayo devoró la parte material en el corazon del almirante: solo quedó en él oro puro, y crugia como el crisol con la violencia del metal fundido.

—¡Oh! sí, volvió á decir en voz mas baja y fijando en ella mas y mas sus ojos, en los cuales estaba pintado el fuego de la rabia, ¡oh! sí, Enrique ha debido enamorarse de vos... Por piedad, señora, os suplico de rodillas que ameís á mi hermano.

Diana permaneció fría y silenciosa, y el duque prosiguió:

—No reduzcais una familia á la agonía, no perdais el porvenir de nuestra raza, no hagais que uno muera de desesperación y los otros de sentimiento.

Diana no respondia, y continuaba mirando tristemente al hombre que se inclinaba ante ella en ademan suplicante.

—¡Oh! exclamó al fin Joyeuse apretándose con furia el corazón con una mano crispada, ¡oh! compadeceos de mi hermano y de mí, á quien devoran vuestras miradas... Adios, señora, dios.

Se levantó como un loco, corrió, ó mas bien, arrancó los cerrojos de la puerta del locutorio, y se dirigió desatinado á donde se hallaban sus criados, los cuales le estaban esperando en el rincón de la calle del Infierno.

CAPITULO XVII.

S. A. MONSEÑOR EL DUQUE DE GUISA.

EL domingo 10 de Junio á las once poco mas ó menos de su mañana hallábase reunida toda la corte en la cámara situada antes de llegar al gabinete en que, desde su encuentro con Diana de Meridor, estaba agonizando el duque de Anjou de un modo lento y fatal.

Ni la ciencia de los médicos, ni la desesperacion de su madre, ni las rogativas que el rey mandó hacer habian conjurado aquel acontecimiento supremo.

Miron declaró al rey aquella misma mañana que el mal no tenía remedio, y que Francisco de Anjou iba á espirar de un momento á otro.

El rey fingió gran sentimiento, y volviéndose á los que estaban presentes, dijo:

Esta desgracia vá á dar muchas esperanzas á mis enemigos.

A lo cual contestó la reina madre:

Nuestro destino está en las manos de Dios, hijo mio.

Chicot que se mantenía humilde y contrito al lado de Enrique III, añadió con voz baja:

—Señor, ayudemos á Dios en sus obras siempre que podamos.

El enfermo perdió, á eso de las once y media, el color y la vista; su boca, que habia estado abierta hasta entonces, se cerró; el flujo de sangre, que habia asustado hacia algunos dias á cuantos lo presenciaron, como antiguamente el sudor de sangre de Carlos IX, se contuvo de pronto, y se enfriaron todas las estremidades de su cuerpo.

Enrique estaba sentado á la cabecera del lecho de su hermano.

Catalina, colocada en el hueco que quedaba entre la cama y la pared, tenía cogida una mano helada del moribundo.

El obispo del castillo de Thierry y el cardenal de Joyeuse rezaban el oficio de difuntos, que todos los circunstantes repetían de rodillas y con las manos cruzadas.

A eso del medio día abrió los ojos el enfermo, al mismo tiempo que el sol rasgaba una nube é inundaba el lecho de una aureola de oro.

Francisco, que hasta entonces no había podido mover ni un dedo, y cuya inteligencia había sido velada como el sol que acababa de aparecer, levantó un brazo hacia el cielo como asustado.

Miró en su derredor, oyó rezar, sintió su mal y su debilidad, y adivinó por último su situación, quizá porque entreveía ya ese mundo, oscuro y fatídico á que van ciertas almas cuando dejan la tierra.

Entonces lanzó un grito y se golpeó la frente con una fuerza que estremeció á cuantos se hallaban presentes.

En seguida, frunciendo las cejas como si acabase de leer en su pensamiento uno

de los misterios que envolvían su vida, murmuró:

—¡Bussy! ¡Diana!

Nadie sino Catalina oyó esta última palabra, porque el moribundo la articuló con voz sumamente débil.

Con la última sílaba de aquel nombre exhaló Francisco de Anjou su último suspiro.

En aquel mismo momento, por una coincidencia extraña, el sol, que doraba el escudo de armas de Francia y las flores de lis de oro, desapareció; de suerte que aquellas flores de lis, tan brillantes hacia un segundo, se volvieron tan sombrías como el azul sobre el cual formaban antes una constelación casi tan resplandeciente, como la que vá á buscar en el cielo el hombre que sueña.

Catalina dejó caer la mano de su hijo.

Enrique III. se estremeció y se apoyó temblando sobre el hombro de Chicot, quien temblaba también por el respeto que á todo cristiano infunden los muertos.

Miron acercó una patena de oro á los labios de Francisco, y al cabo de tres segundos de exámen, dijo:

—Monseñor ha muerto.

De cuyas resultas salió de las antecámaras un prolongado gemido, como para formar acompañamiento con el salmo que recitaba el cardenal á media voz:

Cedan iniquitatis meæ ad vocem deprecationis meæ.

—¡Ha muerto! repitió el rey persignándose en el fondo de su sillón. ¡Hermano mio! ¡Hermano!

—El único heredero del trono de Francia, murmuró Catalina, quien separándose del difunto, se acercó al hijo que le quedaba.

—¡Oh! dijo Enrique, el trono de Francia es demasiado vasto para un rey que no tiene posteridad: la corona es muy ancha para una cabeza sola... Sin hijos ni herederos, ¿quién me sucederá en el sόlio?

Apenas habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando se oyó un gran ruido en la escalera y las salas, y Nambu se precipitó en la cámara mortuoria anunciando:

—S. A. monseñor el duque de Guisa.

Inmutado el rey al oír esta respuesta dada á la pregunta que se habia hecho á sí mismo,

se levantó sumamente pálido y miró á su madre.

Catalina estaba mas pálida aun que su hijo; mas al oir anunciar la horrible desgracia que una casualidad presagiaba á su raza, cogió al rey la mano y se la apretó como diciéndole:

—Ahí tienes el peligro... mas nada temas, que yo estoy á tu lado.

El hijo y la madre comprendieron su mutuo terror y su misma amenaza.

El duque entró en la cámara seguido de sus ayudantes, con la frente erguida, pero buscó con la vista, algo turbado, ó al rey ó el lecho mortuario de su hermano.

Enrique III, de pié, y con esa magestad suprema de que solo él sabia revestirse en ciertos momentos, porque era de una indole tan estraña como poética, detuvo al duque en su marcha con un gesto de soberano, que queria decir contemplase en el lecho el régio cadáver desfigurado por la agonía.

El duque se encorvó hincándose lentamente de rodillas, imitándole en seguida cuantos le rodeaban.

Enrique III fué el único que permaneció

en pie con su madre, y en
 sus ojos brillo por última
 vez una mirada de orgullo.

Chicot sorprendió esta mirada
 y murmuró en voz baja este
 versículo de los salmos..

Dejiciet potentes de sede et ex-
 tabit humiles,

—; Derribará del trono al poder
 y enalzará al humilde!

Fin del 6º y último tomo

15.000

6 tonnes e 3 vol

1/2 pint de ipoc

— LUL

— SXIX

— VAR

— OFI

— AN

— CAD

